

THE UNTOLD STORY OF THE HEROES AND VILLAINS OF MORTAL KOMBAT—
AND HOW THEY BECAME THE MOST POWERFUL WARRIOR IN THE UNIVERSE



First
Time in
Print!



TM

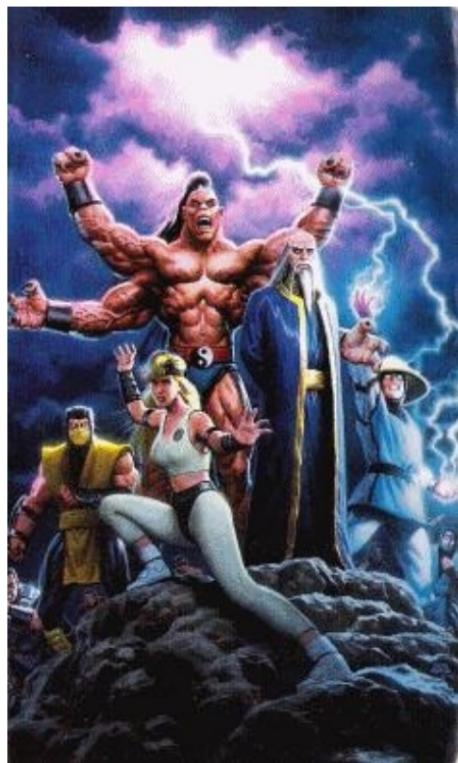
MORTAL KOMBAT®

A novel by Jeff Rovin

Based on characters created by Ed Boon & John Tobias
for Midway® Manufacturing Company

Mortal Kombat

jeff rovin



Comienza el Gran Torneo...

"He decidido", dijo Shang Tsung, "tomarme el año libre. Ya no soy joven, Kung Lao, y sentí que sería mejor para este año al menos dejar que alguien más peleara en mi nombre. "

El trueno se hizo más fuerte cuando una forma grande y descomunal comenzó aemerger de la oscuridad. Tenía una forma vagamente humana, pero medía más de dos metros y medio de alto y tenía, al parecer, no el complemento habitual de extremidades, sino más.

La entidad de piel de bronce rugió, la parte superior de sus cuatro brazos poderosamente musculosos golpeando su gran pecho, los dos inferiores extendiéndose con impaciencia hacia Kung Lao. Los músculos de cada uno de los cuatro antebrazos se tensaron contra las muñequeras de hierro con las que habían estado esposados, y cada uno de los tres gruesos dedos de las dos manos inferiores se curvó, anhelando el combate.

Los ojos de Shang Tsung brillaron con malicia. "Kung Lao: me gustaría presentarte a mi campeón. Sin embargo, si puedes hablar de ahora en adelante, eres libre de llamarlo por su nombre de pila: Goro".

MORTAL KOMBAT®

MORTAL KOMBAT®

A novel by Jeff Rovin

Based on characters created by Ed Boon & John Tobias
for Midway® Manufacturing Company



BOULEVARD BOOKS, NEW YORK

Nota del autor

Además de los personajes que aparecen en el videojuego Mortal Kombat, la mayoría de los dioses, dragones, héroes, alquimistas, perros y personajes populares descritos o mencionados en esta novela provienen de la rica mitología e historia de China. Los lectores interesados pueden obtener más información consultando textos como *Great Civilizations: China* de Ian Morrison y el maravilloso *Alchemy, Medicine and Religion in the China of AD 320*, en particular la traducción de James R. Ware.

Las raíces de una cosa pueden estar bien equilibradas, pero sus ramas pueden estar desviadas.

- *El Nei P'ien de Ko Hung*

320 d.C.

PRÓLOGO

En el principio de los tiempos, nada estaba en todas partes y era todo.

No había materia ni cambio. Es imposible decir si esto duró un brevísimo momento o incontables eternidades, porque el tiempo no existió.

Y entonces apareció P'an Ku.

Se dice que la deidad simplemente quiso existir. Ciento o no, el nacimiento del dios marcó el comienzo de todas las cosas físicas, el comienzo del crecimiento, el cambio y la decadencia: el comienzo del tiempo. En lo que pudo haber sido un instante o un eón, el propio P'an Ku se hizo fuerte, envejeció y murió.

Tras la muerte del dios, las partes de su cuerpo, como niños remendados, cobraron vida. Poseídos de voluntades y espíritus propios, se desprendieron del todo. Su ojo izquierdo se convirtió en el sol, su ojo derecho en la luna. Envuelto alrededor de su corazón, que comenzó a latir de nuevo, su carne se transformó en la tierra viva, los ríos se formaron de su sangre, y su cabello se convirtió en los bosques, desde los árboles más altos hasta las hierbas más perezosas. El último aliento de P'an Ku rodeó el globo de su piel y se convirtió en viento; su último y poderoso gemido se convirtió en un trueno. Su alma grande y noble se instaló en la bóveda de los cielos, tomó forma y sustancia, y se convirtió en el dios supremo de seis brazos y cuatro patas T'ien.

Simplemente por el acto de pensarlo, T'ien creó a los otros dioses, y los dioses, una manada de seres poderosos y egoístas, pronto se aburrieron y crearon seres en la carne de P'an Ku. Sus poderes creativos individuales produjeron todo tipo de animales de cuatro patas, alados y marinos, criaturas que lucharon y comieron, amaron y sufrieron, vivieron y murieron. Pero al poco tiempo, la simple rutina y los deseos de las variadas razas de bestias no lograron mantener entretenidos a los dioses, por lo que crearon personas.

Algunos de los dioses simplemente se divertían y divertían con las travesuras de las nuevas y complejas criaturas que habían forjado. Otros los encontraron convincentes, ya que mientras sus acciones eran muy parecidas a las de los animales que los precedieron, muchos tenían la voluntad y el deseo de ser diferentes... más espirituales, más como los dioses que los habían creado.

Desde su lugar en los cielos, T'ien miró con interés y compasión las acciones de la humanidad recién nacida. Entonces, con un soplo de sus fosas nasales, envió los vientos que movieron las nubes que llevaron las lluvias que nutrieron los campos de arroz que alimentaron a la gente de la Tierra. Y sus súbditos humanos lo reverenciaban por esto. Buscando y encontrando el origen de los vientos, una historia que se contará en otro momento, declararon el monte Ifukube en la región de Guangdong en el sureste

China para ser su montaña sagrada.

T'ien no se enojó cuando se descubrió su hogar, ya que los dioses habían despertado la curiosidad de los humanos. Pero envió mensajes en sueños, y en estas visiones invitó a un grupo selecto de hombres y mujeres sabios a venir y vigilar su montaña, para asegurarse de que ningún mortal se acercara a los picos más bajos donde vivían los dioses menores... o intentara encontrar un camino más allá de ellos a su propia morada.

Si alguien tenía éxito en tal empresa, T'ien juró que para castigar a los impertinentes detendría los vientos que alimentaban a las masas.

Quince almas atendieron el llamado, viendo de diferentes regiones de la tierra y asentándose en cuevas en las estribaciones de Ifukube. Volviendo a ellos nuevamente en sueños, el dios maestro hizo inmortales a sus sumos sacerdotes y les dio leyes que desembolsaron a los sacerdotes menores. Y a través de los siglos, aunque los peregrinos venían a adorar la montaña y rendir homenaje al dios, y los transeúntes miraban con asombro desde una gran distancia, nadie se atrevía a escalarla.

Con el tiempo, la montaña que perforaba las nubes retumbó de vez en cuando con el disgusto de Tien, a veces brillando roja con su ira, de vez en cuando ardía con el brillo reflejado de su satisfacción. Cuando estaba en paz, anclaba la tranquila belleza de un arco iris.

Hace cinco mil años, el rico y agradecido Emperador Amarillo del Reino Florido erigió el primer templo dedicado a un dios. No se sintió lo suficientemente digno de honrar al propio T'ien, por lo que erigió el Santuario de Shang Ti, Dios de las Montañas y los Ríos. Pronto, otros gobernantes construyeron templos a diferentes dioses, aunque nunca a T'ien. Y se convirtió en una ley tácita de que, si bien la forma de ocho miembros de T'ien podía representarse en arcilla y en tinta, su rostro nunca se reproduciría ni se describiría con palabras. ¿Cómo podrían los humanos esperar capturar y transmitir el resplandor, la sabiduría y la naturaleza eterna de los ojos y la boca de Tien, el porte de la gran cabeza?

Sin embargo, los artistas y las personas santas debatieron sobre el aspecto que debe tener T'ien, y algunos trataron de describirlo representando los hermosos y mágicos rasgos de los dioses menores, publicando estas pinturas en las aldeas y permitiendo que todos, desde eruditos hasta poetas y trabajadores, escribieran. verso junto a ellos, ideas sobre cómo los individuos podrían imaginarse a T'ien en su mente, o podrían contemplar su imagen al contemplar las muchas formas en que el dios nutre el mundo:

Mira estos ojos e imagínalos profundos.

La vida llega cuando se abren, la muerte cuando lloran.

¿Hay dos labios que hablen palabras más poderosas
En cuyas alas las almas puedan volar más alto que los pájaros?

Su nariz mueve el aire que todo lo nutre,

Las semillas en la primavera; la escarcha en el otoño.

A lo largo de los siglos, la religión de T'ien creció, y honrarlo a través del arte oblicuo y la poesía se convirtió tanto en una pasión como en una recreación entre muchas personas. La mayoría aceptó que no solo estaba prohibido conocer el rostro de T'ien, sino que su rostro era probablemente incognoscible, como el rostro resplandeciente del sol o el lado oculto de la luna.

La mayoría aceptó esto... pero no todos.

Además, se preguntaban por el dios mucho más antiguo, cuyo corazón latía en el centro de nuestro mundo.

Los sacerdotes de las muchas sectas que honraban a T'ien llegaron a creer que el cámaras del corazón irradiaban auras que eran blancas, negras, azules o rojas.

La cámara azul era el pasaje a nuestro mundo.

El blanco se abrió al reino de T'ien.

El negro era el pasaje a la morada de los muertos.

Y el rojo: el rojo

era la puerta de entrada al Outworld, hogar de los mayores misterios de todos.

PARTE UNO

Chu-jung en el distrito de Tan-Yang: 480 d.C.

CAPÍTULO UNO

"¿Pero por qué tienes que hacer esto?" Chen se lamentó mientras agarraba la mano de su sobrino. brazo a través de la manga de su túnica marrón. "¿Siquiera lo sabes?"

Los hermosos rasgos de Kung Lao se retorcieron infelizmente. "Lo sé, tía Chen", dijo. Se detuvo, caminó hacia la puerta de su choza de bambú y deslizó su brazo suavemente desde el hombro hasta la muñeca en un esfuerzo por desalojarla. "Voy a aprender".

"¿También caminarías hacia el lago para aprender a ahogarte?" preguntó ella, aferrándose rápidamente. "¿Te arrojarías desde el techo del templo en Jackichan para descubrir que no puedes volar?"

Kung Lao frunció el ceño. "No es lo mismo. He visto personas ahogarse, y Sé que no soy un pájaro o una mariposa. Pero nunca he visto un dios".

"¡Y no lo harás!" ella gritó. "Morirás antes de llegar incluso al anillo más bajo de los dioses".

"¿Cómo lo sabes", preguntó, "si nadie lo ha intentado nunca? Los sacerdotes no murieron".

"Los sacerdotes no intentan escalar la montaña", dijo, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos entrecerrados y caían por sus mejillas arrugadas y curtidas por el clima. "Además, los santos fueron convocados. Tú no. Terminaste de hacer las entregas de agua, te detuviste en la plaza del pueblo y decidiste: 'Ah... es hora de que yo, humilde Kung Lao, que lleva agua del pozo a la baldes de mi gente, vayan y hablen con T'ien'".

"Fue más que eso", dijo ese joven alto y de constitución poderosa, con el ceño cada vez más profundo.

"Sí", dijo ella. "¡Locura del tamaño del monte Ifukube!"

"No, mi tía", respondió Kung Lao. Agarró la larga cola de cabello negro que colgaba por su espalda y la sostuvo frente a su tía. "Dime, ¿qué ves?"

Ella lo miró extrañada. "Ya veo... el cabello de mi sobrino loco".

"¿Qué más?" Él agitó el extremo hacia ella.

"Veo una tela blanca atada alrededor del extremo, en lugar de la negra que Usualmente uso." Ella lo miró a los ojos. "No entiendo-"

Sacudió la cabeza. "No puedo explicarlo".

Chen tomó las manos del joven y las apretó con fuerza. "¿Por qué tienes que ser el hijo de tu padre", preguntó, "bendecido con la curiosidad pero sin control, sin querer escuchar la razón? Lo perdí, perdí a tu tío. ¡No quiero perderte a ti!"

"Y no lo harás", prometió. "Mi padre se apresuró, yo no. ¿No fue así?

¿Quién le advirtió que no mezclará esos polvos y les prendiera fuego?

"Sí", dijo ella. "Y después de enterrar lo que quedaba de él, ¿no regresaste a las colinas, recogiste más de esas rocas, las moliste y las quemaste?"

"Lo hice", admitió. "Aprendí del ejemplo de Padre las proporciones correctas a usar. Y ahora nuestro pueblo tiene una forma de defenderse de los invasores. Los monjes del templo de la Orden de la Luz ya no tienen que temer los ataques de fanáticos y magos. Tenemos magia de ¡Nuestros propios! Crecemos aprendiendo, y aprendemos audazmente".

Tocando la mejilla húmeda de la mujer que lo crió cuando su madre murió al dar a luz a su hermano pequeño Chan, Kung Lao se volvió y siguió caminando hacia la puerta. Pero la diminuta mujer se mantuvo firme, clavando los tacones de sus sandalias en el suelo de tierra, y él la arrastró dos pasos antes de detenerse".

"¡Tía Chen!" él dijo.

"¡No te perderé!" ella gritó, agarrando su hombro y tirando hacia atrás bruscamente, sacudiendo la pluma amarilla de pavo real de su cabello gris trenzado.

Suspirando, Kung Lao lo recogió y lo reemplazó suavemente. Luego miró a la mujer menuda que lo sujetaba como una serpiente enroscada. Parecía empequeñecida por su *haol*, un vestido suelto de seda blanca con aberturas a los lados y mangas largas y estrechas. Siempre usó este, su vestido de novia, en el aniversario del asesinato de su esposo, Paipu, un recaudador de impuestos que fue asesinado a golpes en un pueblo que no quiso pagar a su señor príncipe. El pueblo fue destruido por su impertinencia, aunque eso no trajo de vuelta a Paipu.

Kung Lao no tenía ningún deseo de pelear con ella, y menos en este día. Pero lo que había leído en el pueblo le hizo darse cuenta de que el tiempo del miedo había llegado a su fin. Que era el amanecer de una era para que los mortales hicieran algo más que postrarse ante los altares de sus dioses. Que era hora de hacer algo más que simplemente aceptar los mitos y la tradición que los monjes del templo de la Orden de la Luz repartían.

Al menos háblame", dijo su tía. "Dime por qué necesitas ir *allí*.

¿Por qué no puedes comenzar esta búsqueda de los santuarios de los otros dioses?"

"Si te lo digo", preguntó Kung, "¿me dejarás ir?"

"Trataré de hacerte cambiar de opinión", admitió, "pero si hablas, te prometo... que no te agarraré de nuevo".

El joven consideró su propuesta y luego asintió".

Chen soltó a Kung y él echó hacia atrás los hombros, estirando su forma larga y musculosa en toda su altura. "Estoy convencido, tía Chen, de que T'ien es uno de los dioses menores".

El rostro redondo de la mujer pareció alargarse, como tinta corriendo bajo la lluvia. Pasaron varios segundos antes de que pudiera hablar. "Tú... estás loco. Y si los monjes te escuchan, estarás descansando junto a tu padre antes del anochecer".

"No lo creo", dijo Kung Lao. "Creo que fui elegido para saber esto". Él

miró a través de la contraventana abierta hacia el brillante sol de la mañana y sonrió, sus dientes blancos brillaron en medio del tono rosado de sus mejillas llenas, sus grandes ojos marrones también sonrieron. —Al amanecer —dijo en voz baja, casi con reverencia—, cuando hube terminado mi trabajo y fui a ver si había versos nuevos en la plaza, vi un trozo de tela que decía:

No puede morir, pero no vive, es cierto.
Él es más que todo, y todo es P'an Ku".

Kung Lao miró a su tía. "¿Habías escuchado ese nombre antes?"

Ella sacudió su cabeza.

"Yo tampoco", dijo. "Pero mientras caminaba a casa, me di cuenta de que iba a no descansar hasta saber quién o qué es P'an Ku".

"¿Por qué?" ella preguntó. "Podría ser por cualquiera... cualquier cosa. 'Él no puede morir, pero no vive'. Eso podría referirse a esas ramas de árboles parecidas a piedras que la gente ha encontrado. P'an Ku podría ser el nombre de la persona que los descubrió, o el pueblo en el que se encontraron. Tal vez el escritor estaba diciendo que T'ien es mayor que una vida tan petrificada".

"Eres inteligente", sonrió Kung Lao, "pero hay más en la historia. Cada mañana, me encuentro con Li, la chica de los huevos, nos sentamos y hablamos".

Chen se animó. "¿Li está interesado en tí?"

"Estamos interesados el uno en el otro", dijo Kung Lao con un dejo de impaciencia, "pero ese no es el punto. Esta mañana, después de leer ese verso, la llevé para mostrárselo. Y no pudo". no lo veo."

"¿Por qué no?"

"Para ella, el papel era simplemente un papel en blanco. Pensó que me estaba burlando de ella, así que llamamos al Dr. Chow, que regresaba de una llamada. Él también vio solo un papel en blanco y dijo enfáticamente que había nada sobre eso".

"El Dr. Chow bebe vino de arroz, pero dos personas no estuvieron de acuerdo contigo".

"No olí nada de vino", dijo Kung Lao, "pero eso no es importante. imagina la escritura. estaba allí" .

Chen pensó por un momento, luego se dirigió hacia la puerta. "Llévame a la plaza. Quiero ver este periódico".

"No hay necesidad", dijo Kung Lao. Ya lo has visto.

Ella se detuvo y lo miró con curiosidad. Volvió a colgar su cola frente a ella.

"La banda", dijo ella, y alcanzó la tela que sujetaba su cabello. Se la quitó, miró un lado de la tela del tamaño de una frente, luego el otro, y luego los dos de nuevo. "Li y el Dr. Chow tienen razón", dijo. "No hay nada escrito en él".

"Pero lo hay", insistió Kung Lao, barriendo su fino cabello hasta los hombros detrás de él, "y tengo la intención de averiguar qué significa... y por qué nadie más puede hacerlo".

Míralo."

Quitó suavemente el paño de las manos de su tía y volvió a hacer su cola. Chen lo miró con ojos tristes.

"Si te vas", dijo, "nunca te volveré a ver".

"Por supuesto que lo harás, madre", dijo, usando el honorífico que indicaba su respeto por ella. "Volveré antes de que termine el mes".

"Tu hermano te extrañará".

"Mi hermano", Kung Lao sonrió, "estará demasiado ocupado construyendo más de su puentes de bambú y hierro a través de barrancos y ríos para darse cuenta de que me he ido".

"No. Cuando regrese del Río Amarillo, se afigirá".

"Y recuperarse", dijo Kung Lao, "cuando empiece a trabajar en el canal de Hangchow".

Chen comenzó a llorar mientras pasaba el dorso de sus dedos regordetes por la mejilla y la barbilla de su sobrino. "Hijo mío, ¿por qué debes tratar de conocer a los dioses? ¿Por qué no puedes disfrutar de ser humano? Tómate un tiempo para recostarte boca arriba en un campo y ver la puesta de sol. Corteja a Li, lee, cuida las plántulas mientras crecen. Te encantaba pintar—"

Kung Lao se acercó a su tía. "Preferiría saber cómo y por qué se mueve el sol que ver cómo se pone. En cuanto a los demás, el amor se desvanece y los árboles mueren.

Las pinturas se desvanecen o se convierten en reliquias pintorescas. El conocimiento es todo lo que realmente podemos transmitir, todo lo que podemos construir".

El joven se dio la vuelta y sacó una túnica azul de un gancho de madera junto a la puerta, deslizándola sobre la túnica que tenía puesta. La segunda túnica era más corta que la primera y le llegaba solo hasta las rodillas. Estaba bordado con dragones verdes y amarillos y enredaderas marrones espinosas, y tenía una capa roja en la espalda.

Besando a su tía en la frente, pero evitando mirarla a los ojos, Kung Lao se despidió de ella. Luego se volvió y empujó la puerta de bambú para abrirla. Se abrió con unos viejos goznes de cuero y salió a la brillante luz del sol.

"Estás equivocado", dijo Chen, corriendo hacia la puerta, con lágrimas rodando por sus mejillas mientras lo veía irse. "Tu padre murió hace dos años, pero lo amo tanto como siempre. El amor sobrevive... el arte inspira... y los árboles arrojan semillas a la tierra para crecer de nuevo. Aprenderás, hijo mío, que Estoy en lo cierto."

Kung Lao la miró y sonrió de nuevo. "Entonces eso también es conocimiento, tía Chen. De una forma u otra, volveré como un hombre más sabio".

"Si es que vuelves", dijo Chen.

Se dio la vuelta y cerró la puerta, sus sollozos ahogados cuando Kung Lao se volvió lentamente de la pequeña cabaña. Hizo una pausa para sacar un par de melocotones del árbol, los metió en los bolsillos profundos de su abrigo y luego caminó hacia el mar, lamentando el dolor que estaba causando, pero consolado por el hecho de que lo que estaba a punto de hacer lo habría llenado. su padre con orgullo.

No se dio cuenta de los ojos que lo observaban desde detrás de la Templo de la Orden de la Luz, ojos que eran tan claros y marrón pálido como para

parece dorado...

CAPITULO DOS

La nación es llamada Chung Kuo, la Nación Central, por sus nativos; también se la conoce como China, en honor a la familia dinástica de los emperadores Ch'in que buscaron unificar la tierra y sus habitantes en el 221 a . dinastía anterior a ellos.

Después de la unificación bajo Ch'in, China fue gobernada por la dinastía Han, por quien Kung Lao tenía poca consideración. Ellos y sus príncipes habían desalentado muchos de los avances realizados por la gente bajo el Ch'in, aislando a la nación del resto del mundo y de lo que estaba sucediendo allí.

China es tan vasta, decían sus emisarios, tan rica en recursos y gente, ¿qué necesidad tenemos de los demás?

Eran tontos, se dijo Kung Lao. Pero ahora, mientras caminaba tierra adentro, hacia el oeste, a través de una llanura salpicada de manchas de arena amarilla depositadas por una inundación de hacía mucho tiempo, tuvo que admitir que la geografía de su tierra natal era tan variada como vasta. Había leído relatos sobre las tierras heladas y los extraños habitantes de las montañas del Tíbet, y había visto con sus propios ojos los sofocantes pantanos de las tierras que bordean el Mar de China. Cuando era niño, y sus padres se mudaron a Chu-jung, viajaron por la cuenca Szechwan del río Yangtze y cruzaron las cadenas de las grandes montañas, incluida la cadena del monte Ifukube. Recordó las criaturas extrañas y fascinantes que había visto aquí: los faisanes de cola larga, los antílopes parecidos a cabras, los monos de nariz chata, los osos gigantes blancos y negros comiendo bambú del Bosque Nuboso.

Se preguntó por qué estos gloriosos animales se encontraban solo aquí, por qué solo los dioses podían tenerlos. Su padre había dicho: *Es porque son dioses, hijo mío. Hicieron estos animales para su propio disfrute.* Pero esa respuesta no había satisfecho a Kung Lao.

¿Por qué los dioses serían tan egoístas? ¿Por qué no querían elevar y educar a sus otros hijos, a quienes les habían dado mentes y almas?

Aprendió a mezclar pinturas usando tierra y aceites, y pintó cuadros de estas bestias y dioses... incluso se atrevió, una vez, a representar el rostro de T'ien, que había destruido rápidamente. Si se hubiera descubierto, su familia habría sido expulsada del pueblo. Tuvieron la suerte de haber llegado cuando el aguador anterior había muerto, sin hijos; Kung Lao no quería ser responsable de costarle el sustento a su padre.

Y, sin embargo, Kung Lao sabía que su padre a menudo se preguntaba acerca de los dioses. Se sentaba afuera por la noche y contemplaba las estrellas mientras fumaba su pipa. Una vez, Kung Lao incluso había visto a su padre ponerse de pie, estirar los brazos hacia la luna y decir: *¿Por qué no podemos alcanzarte... abrazarte? ¿Por qué los pájaros no van hacia ti? ¿Por qué eres uno solo y no muchos, o eres una de las estrellas, acércate a nosotros para traer luz a la noche oscura?*

A veces, el anciano Lao acompañaba a un mendigo, un hombre vestido con una capa negra de lana y cuero hecha jirones. Kung Lao nunca vio su rostro ni escuchó su voz, pero miraba desde el interior de la casa mientras los dos compartían un cigarrillo por la noche. O si había fruta en los árboles o vegetales en la tierra, el anciano Lao le daría un poco al hombre. Kung Lao nunca supo de qué hablaban los dos hombres, ni preguntó: si su padre hubiera querido que lo supiera, se lo habría dicho.

Kung Lao nunca le había dicho a su tía la razón por la que sospechaba que su padre se había obsesionado con los polvos commovedores. El niño había visto una vez un dibujo que su padre había guardado, de rocas, botes y sillas volando hacia los cielos en una bola de fuego.

El anciano Lao quería *ir* allí. Quería encontrar y aprovechar una fuerza que le permitiera volar libre de la tierra.

Lo hiciste a tu manera, pensó Kung Lao mientras se dirigía hacia las lejanas y soñadoras estribaciones de la cordillera de Ifukube. *Yo lo haré mío.*

Cansado, pero no dispuesto a detenerse cuando el sol se puso y el día se convirtió en noche, Kung Lao recogió una rama que yacía en la base de un árbol muerto y solitario. Pateó las ramitas quebradizas con la punta de su sandalia y usó la rama como un bastón mientras continuaba adelante, hacia el resplandor que se desvanecía rápidamente en el oeste.

Y mientras caminaba, los ojos casi dorados todavía lo miraban, no desde detrás de él, pero desde un acantilado muy por delante.

CAPÍTULO TRES

Atrapado en una lluvia oscura y cortante en la noche del cuarto día de su viaje, Kung Lao se apoyó contra las rocas mojadas de la colina. Dejó su bastón contra la piedra húmeda y cubierta de musgo y se protegió los ojos con las manos, mirando a su alrededor, buscando un nicho, un árbol o una roca que pudiera proporcionarle refugio.

Pero no había nada en el camino embarrado de las colinas bajas, salvo la pared de roca escarpada a su izquierda y el acantilado inclinado y bordeado de matorrales a su derecha. Tampoco había nada para comer. Los melocotones y algunas larvas que se retorcían lo habían ayudado a pasar el primer día, y logró capturar y cocinar un faisán en el segundo, una cosa antigua y muda que parecía agradecer el cuello roto que le había dado. Unas pocas bayas fueron todo lo que tuvo el tercer y cuarto día, y ahora su energía estaba seriamente faltando. Tenía hambre, y no sabía qué era peor: el estómago que se arrastraba y lo llamaba, o la cabeza que estaba liviana y no respondía lo suficientemente rápido cuando lo llamaba.

Suspiró y escurrió su larga cola negra.

Si tan solo fuera el hambre, se dijo a sí mismo mientras trataba de concentrarse en su entorno. Tenía la carne fría porque la blusa y la falda de lana estaban empapadas por la lluvia, y le dolía la espalda por la caminata y ahora por la escalada que había hecho. Aunque estaba obligado por la tradición a llorar a su padre todos los días durante tres años, sabía que si se detenía para arrodillarse ahora y orar, nunca se volvería a levantar. Pidiendo perdón al anciano Lao, se apoyó en el acantilado y, mientras la fría lluvia le golpeaba la cara y los relámpagos rasgaban el cielo, dijo unas palabras en memoria de su padre.

"Fue escrito por el gran filósofo y alquimista Ko Hung", dijo, "No encontrarse con el desastre puede compararse con el destino de las aves y los animales que pasan por alto las partidas de caza, o con la hierba y los árboles que quedan sin quemar cuando un gran conflagración ha pasado por su camino.' No estuviste entre los afortunados, padre, y sin embargo tuviste más suerte que la mayoría, porque tenías una mente inquisitiva y un alma de buscador. Te amaré y te reverenciaré siempre".

Inclinando la cabeza hacia el norte, hacia el lugar de nacimiento de su padre cerca de Shenyang, Kung Lao se quedó en silencio por un momento, luego tomó su bastón y decidió intentar continuar por este tosco camino.

Se preguntó: *¿Qué opción tengo, después de todo?* No había nada detrás de él y todavía había la promesa de algo por delante: si no las misteriosas cuevas de los sacerdotes, al menos, tal vez, comida o un compañero de viaje o una cabaña o un arroyo. Había estado llenando su bolsa de agua de la montaña limpia y fresca.

aguas desde que se había ido, y si fuera necesario, podría usar su túnica para tratar de atrapar un pez. Ciertamente, un chapuzón en el río no podía mojar más su ropa.

Siguió adelante, guiado por los relámpagos, dando pasos vacilantes cuando llegó a un tramo embarrado, usando su bastón para sentir el camino antes de continuar. No sabía qué tan lejos había ido o qué tan alto había escalado cuando, de repente, un estallido crepitante de un relámpago explotó ante él, reverberando en su pecho e iluminando a un hombre en una elevación más adelante.

¿O era un hombre?

Kung Lao se detuvo. En el breve vistazo que había tenido, la figura parecía más grande por una cabeza que cualquier otra que hubiera visto. Y sus ojos brillaban dorados bajo el ala de su sombrero cónico de paja.

Un relámpago volvió a brillar y vio al hombre con más claridad. La figura estaba de pie con los brazos a los costados, la barbilla en alto, la espalda erguida y los hombros orgullosos: el porte de un noble... o de un dios. El dobladillo de su túnica blanca y luminosa y los pliegues sueltos de sus calzas blancas flotaban en el viento en suaves ondas, y la larga faja azul alrededor de su cintura ondeaba suavemente a su lado, entrelazándose en cámara lenta como las algas en el mar, de alguna manera no afectadas por la conducción. lluvia.

El viajero se secó los ojos empapados de lluvia con la manga andrajosa de su blusa. Entrecerrando los ojos al frente, se dio cuenta de que el aguacero no tocó al hombre en absoluto. La lluvia pareció evaporarse mientras caía cerca de él... o eso, o el vapor de alguna manera salía del hombre mismo. Kung Lao no podía estar seguro.

Un relámpago partió de nuevo los cielos y, apoyándose en su bastón, el viajero se inclinó levemente. Como campesino, estaba acostumbrado a errar por el lado de la cortesía: sabía de granjeros que habían perdido la cabeza por no reconocer a un hombre de rango o nobleza. Sin embargo, no era exactamente por eso que se había inclinado ante este hombre. La figura inspiraba respeto, y era más que la ropa fina y la estatura que Kung Lao había visto en sus breves y deslumbrantes atisbos. Incluso ahora, en la oscuridad, Kung Lao podía sentir literalmente la presencia del hombre, que era a la vez convincente, aterrador y extrañamente familiar.

Kung Lao contó el tiempo en latidos del corazón y luego en truenos. La magnífica figura no habló y Kung Lao no dijo nada; solo se quedó de pie con la cabeza gacha, esperando mientras temblaba por el viento que azotaba el sendero de la montaña, sus pies casi entumecidos por el barro frío que se filtraba alrededor de las correas de cuero de sus sandalias.

Finalmente, los ojos de la majestuosa figura cambiaron de dorado a un azul brillante y helado, y habló.

"Kung Lao", dijo con una voz resonante pero extrañamente etérea, mientras aunque se elevó desde todas las direcciones a la vez. "Vendrás conmigo."

El agua lavó las mejillas redondas y rojas del joven mientras miraba en la oscuridad. "Señor", dijo el joven, "¿cómo es que me conoces?"

"Te conozco desde hace muchos, muchos años", declaró la voz. "He observado

tú desde que eras un niño".

Un relámpago estalló detrás de la figura, y Kung Lao vislumbró brevemente un sudario que estaba allí y luego no estaba allí, una capa de lana negra y una capucha con flecos de cuero. Incluso después de todos estos años, Kung Lao lo reconoció y levantó una mano temblorosa, señalando.

"El mendigo-"

"Tu padre no fue el elegido", dijo. "Lo estabas. Lo entendiste la dualidad de todas las cosas".

"¿Hice?" dijo Kung Lao.

La gran cabeza asintió, y esos brillantes ojos de color blanco azulado parecieron atravesar el alma de Kung Lao. "Una vez pusiste tu oído en un árbol para tratar de escuchar el latido del corazón de la tierra. ¿Te acuerdas, Kung Lao?"

"Lo hago", dijo.

"Esa noche, el cielo fue dividido por un solo rayo, que golpeó y destruyó el árbol. Y tuviste miedo".

"Sí", dijo Kung Lao, "terriblemente". De repente se dio cuenta de que la lluvia estaba parando, aunque la fría oscuridad permanecía.

"Para calmar tus miedos, comenzaste a pensar en el relámpago", dijo la imponente figura, "y te diste cuenta de que el destello que destruía también proporcionaba luz... que hay dos lados en todo. Oscuridad, luz. Miedo, coraje.

Vida, muerte", una sonrisa pareció brillar en la fuerte mandíbula de la figura, "mendigo, dios".

Las delgadas cejas de Kung Lao se elevaron. "Tú... tú eres un... un..."

Incluso mientras Kung Lao hablaba, la figura comenzó a brillar contra el cielo oscuro y rápidamente fue envuelta por chisporroteantes bocanadas de fuego blanco. La luz helada cegó a Kung Lao, y se llevó el dorso de las manos a los ojos y observó a través de los dedos cómo las bolas de luz se convertían en una, se hacían más largas y más nítidas y luego flotaban, ondulando como una serpiente reluciente, a la altura de los hombros. tierra.

"Acércate." La sonora voz de la figura resonó por todas partes.

"¡Yo - yo no puedo!"

"Piensa, Kung Lao. Viste mi mensaje en la plaza del pueblo, y creíste contra el testimonio de otros que era real. Ahora debes aprender más sobre nosotros y sobre el gran P'an Ku. Pero debes venir a mí. Debes tener la fuerza.

Todavía protegiéndose los ojos pero completamente incapaz de moverse, Kung Lao se dijo a sí mismo: *Todo tiene dos lados. El miedo a lo desconocido y el coraje de descubrir.* Concentrándose en dar un paso a la vez, levantó un pie del barro con un ruido sordo, lo puso delante de él, luego levantó el otro pie y lo puso delante del primero. Se acercó a la luz lentamente y, mientras lo hacía, tuvo un fugaz recuerdo de lo que había sido ser un bebé aprendiendo a caminar.

Un paso y luego otro y luego otro, caminó hacia el cerrojo mientras se retorcía y azotaba frente a él. Estaba a menos de un brazo de distancia, podía sentir el hormigueo del calor que se elevaba en oleadas desde el rayo, se obligó a cubrir los dos últimos pasos...

Cuando el joven alcanzó el relámpago terrestre, comenzó a enroscarse a su alrededor, debajo de sus brazos, alrededor de su cintura y bajando por sus piernas, tragándolo y levantándolo de sus pies y luego llevándolo repentinamente al cielo con una velocidad y furia que causó su mente y sus sentidos giran.

Y cuando finalmente descansó después de lo que pudo haber sido un momento o toda una vida, contempló un edificio que lo atrajo, le dio la bienvenida y lo ennoblecio...

CAPÍTULO CUATRO

Los largos y difíciles años de trabajo de Shang Tsung casi habían llegado a su fin.

Había pasado más de diez años en la isla de Shimura en los mares de China Oriental, en las ruinas de un antiguo templo de Shaolin en las laderas del monte Takashi. Años estudiando pergaminos que sus agentes habían robado a alquimistas y magos de todo el mundo. Años trabajando con minerales y líquidos, fuego y sangre. Años tratando de encontrar el encantamiento y la fórmula que abriría la puerta entre nuestro mundo, el Reino Madre, y el reino de los demonios, el Mundo Exterior.

Había tantos cuentos... tantos mitos... tantos rumores. El filósofo griego del siglo IV a.C. Jocles había escrito en un pergamo que el mundo de los mortales y los "lugares oscuros" se formaron cuando la diosa Gea murió, su cuerpo se convirtió en nuestro mundo y sus malvados hijos por nacer fueron arrojados al frío vacío para crear la oscuridad. alcanza. Eso correspondería a la leyenda de P'an Ku, aunque Shang Tsung nunca había leído que P'an Ku había sido responsable del Outworld.

¿Podría ser así? pensó mientras se arrodillaba en el oscuro y sucio suelo de mármol de su laboratorio. Shang Tsung continuó rociando una bolsa de polvo negro a su alrededor en un círculo, una mezcla que incluía los huesos triturados del muerto y el polvo de fósforo de las paredes de las cuevas de los sacerdotes idiotas en las estribaciones del monte Ifukube. *¿Podría ser, se preguntó, que incluso el primer y más grande dios estuviera sujeto a un Yin y un Yang?* El Yin era eso que es negativo y oscuro y femenino; el Yang era lo positivo, luminoso y masculino; y la interacción de estas cualidades fue lo que influyó en los destinos de los acontecimientos y las criaturas, desde el insecto más pequeño hasta los humanos que se creían más importantes.

Había tantas ideas, filosofías y religiones. El escriba egipcio Am-ho-tep escribió que podía atravesar la barrera entre este mundo y el "mundo de los dioses" alimentándose de un moho de las paredes de las tumbas y tomándose de la mano con los recién muertos. El alquimista japonés Mosura Radon afirmó haber llegado al "lugar muerto" bebiendo una poción que le permitía permanecer consciente mientras soñaba e ir a donde quisiera. Un escriba del rey sirio Enkmisha juró que el potentado estaba sumergido hasta la cintura en un charco de sangre de siete criaturas diferentes y convocado por un demonio compuesto por todas esas criaturas: el cuerpo de un caballo, los cuernos de un buey, las alas de un águila, los pies de un lobo, la cola de una serpiente, los ojos de un gato y la voz de un humano.

Tantas teorías, pensó Shang Tsung. Él sonrió; junto con su

ojos oscuros y hundidos y pómulos altos y hundidos, la sonrisa hacía que su rostro pareciera incongruentemente parecido a una calavera. En cuestión de minutos, esperaba saber cuál de las teorías, si alguna, era cierta y cuál era falsa.

Después de completar el círculo, Shang Tsung se puso de pie. Alto y delgado, con su pelo negro y brillante que le caía lacio por la espalda, el hechicero estudiaba su obra. No hubo interrupciones en el círculo. Esa era una advertencia común en los escritos de todos los magos: *dale espacio a un demonio para empujar un solo cabello*, había advertido un chamán africano, *y te pinchará el ojo y te dejará ciego con él*.

Sin interrupciones, y los ingredientes proporcionados correctamente de acuerdo con un consenso entre los alquimistas que había leído. A su lado, dentro del círculo, había un brasero encendido, las brasas rojas bajo la llama diáfana, el atizador de hierro brillando casi al rojo vivo. Fuera del templo en ruinas, el sol se deslizaba por debajo del horizonte y la luna llena ya estaba en el cielo. Era el momento adecuado: los dos ojos de P'an Ku estaban encima de él, mirando hacia abajo.

Todo estaba listo, incluido Shang Tsung. Años antes, había dejado su puesto como recaudador de impuestos, fingió su muerte matando y desfigurando a otro hombre, y cambió su nombre para hacer lo que había hecho el hermano de su esposa, Wing Lao: experimentar... buscar... buscar conocimiento. .

Wing había tenido suerte. Tenía un trabajo que ocupaba poco tiempo y niños que podían ayudarlo, por lo que era libre de pasar las noches en casa, experimentando. Desde que podía recordar, Shang había tratado de hacer lo mismo, impulsado por sus primeros recuerdos, recuerdos de sueños atormentados, de pesadillas que le decían que se levantara, estudiara, explorara, comprendiera. Visiones de lo que parecían ser vidas anteriores pasadas inhalando vapores de poción, estudiando detenidamente escritos a la luz de las velas, cavando en tumbas y matando por almas frescas.

De vez en cuando había llegado a estudiar pergaminos antiguos, visitar templos distantes o pasar tiempo con hierbas, minerales y raíces, mezclándolos para ver qué hacían. Pero cuando Wing murió en una explosión, su desgracia también fue la desgracia de Shang. Los dos hijos de Wing ahora eran huérfanos, y en lugar de entregar a los niños a los sacerdotes del templo, la esposa de Shang insistió en que ellos mismos criaran a su sobrino entrometido Kung y a su hermano pequeño Chan.

Shang Tsung se llenó de bilis al pensar en las amargas discusiones que tuvieron sobre los chicos. No se trata de dinero, ya que los niños no eran más que trabajadores y continuaron trabajando como acarreadores de agua para el pueblo. Discutieron sobre su investigación. Chen insistió en que profundizar en los asuntos de los dioses y los muertos no solo era peligroso para él, sino que creaba un ambiente poco saludable para los niños. Luego, hace cinco años, solo dos meses después de la muerte de Wing, esperó hasta que su esposo salió a recolectar impuestos en el pueblo de Amiko. Mientras él no estaba, ella vendió sus herramientas y frascos, polvos y pergaminos. Al regresar en las primeras horas de la noche, Shang vio lo que había hecho y se fue: robó los pergaminos de la biblioteca del templo.

colocándolos en su carro y cabalgando hasta que llegó a la orilla del Mar de China Oriental. Allí, compró un bote y navegó a un área perpetuamente oculta en la niebla. Aunque los pescadores de Zhanjiang le habían advertido que no se aventurara en la región, sabía que podría ocultar lo que anhelaba: aislamiento. Ningún marinero responsable navegaría en la niebla, y la superstición mantendría alejados a los lugareños.

Había zarpado tarde en la mañana, y era tarde en la tarde del día siguiente cuando remando duro y las corrientes misericordiosamente cooperativas llevaron a Shang a la vista de su nuevo hogar. Cuando alcanzó un ojo casi sobrenaturalmente claro en la niebla, el sol ya estaba detrás del pico central de la isla, y la sombra irregular de la montaña arrojó al resto de la isla a una profunda oscuridad. Cuando desembarcó en las arenas extrañas, calientes y rojizas, Shang experimentó una sensación de aislamiento más profunda e inquietante que nunca antes. No era solo que la isla pareciera deshabitada, sin pájaros dando vueltas en sus orillas o insectos en los troncos de los árboles muertos o peces cerca de la superficie, sino que también tenía un aire de lo que solo podía describir como *maldad*. Las sombras no solo eran oscuras, parecían drenar el color y la salud de todo lo que tocaban. El aire era húmedo y frío y, a veces, ¿un truco de la niebla que difuminaba la luz del sol? – Shang Tsung podría jurar que la perspectiva no era geométrica ya veces líquida. Las cosas parecían más cerca o más lejos de lo que en realidad estaban, incluso los objetos a sus pies. Los árboles que parecían rectos desde la distancia estaban torcidos y nudosos cuando se paró junto a ellos. Las rocas y los acantilados que parecían grumosos y dentados desde lejos, eran lisos de cerca. Solo en las ruinas del templo las líneas, las curvas y los espacios parecían correctos y precisos. Era como si el lugar hubiera sido construido como una fortaleza, un bastión espiritual para luchar contra alguna influencia corruptora, aunque, por la condición del lugar y el estilo arquitectónico de la dinastía Chou, la batalla obviamente se había perdido o se había dado por vencida muchos siglos antes. .

Shang Tsung respiró hondo. El tiempo de reflexión e investigación había llegado a su fin. A la vez eufórico y asustado, estiró una mano larguirucha hacia su derecha y envolvió sus dedos alrededor del mango de marfil del atizador.

Cayendo de rodillas, tocó la punta de metal brillante del polvo, y cuando un muro de llamas se elevó a su alrededor, pronunció frases que el confiable Am-ho-tep afirmó haber usado:

A la tierra más allá, más allá, deseo ir.
Desde el mundo lúgubre de este y ahora.
Al reino eterno donde el caos es orden, Donde
la oscuridad es luz y moran los demonios.
Abre tus brazos, Señor de las profundidades
Para abrazar a tu súbdito. Escucha mi oración.

En el momento en que la última palabra salió de sus labios, Shang vio que las llamas se extendían rápidamente desde una pared hasta el mar. Se agitaron con una furia que nunca había imaginado posible mientras rodaban una y otra vez en la distancia, sin consumir el templo pero borrándolo, quemando más allá de donde la isla habría terminado si él hubiera visto tierra en lugar de fuego. En unos momentos, el fuego se extendió no solo hasta donde podía ver, sino hasta donde podía imaginar.

Y entonces Shang Tsung no solo olió un olor rancio y húmedo en sus fosas nasales, sino que lo *sintió*. Sintió una presencia, miró hacia arriba y vio masas de amarillo y rojo, nubes o montañas. Y en medio de ellos, en algún lugar lejano, vio un par de esferas blancas que crecieron y luego desaparecieron, dejando solo oscuridad sobre las llamas.

CAPÍTULO CINCO

"¿Otro?"

"Si señor."

"*Ninguno que ya hayamos visto... ningún otro fracaso*".

"No, Señor".

"¿Estás seguro?"

"Si señor."

Una mano casi invisible se estiró y agarró al pequeño demonio amarillo por un cuerno. Levantó en el aire al corpulento diablillo que forcejeaba, sus piececitos y sus dedos de uñas afiladas salían de debajo de su túnica roja.

"¿Muy seguros?"

"Sí, Señor", dijo el demonio con toda la autoridad que pudo reunir, que no era mucha, en este momento. Sus grandes ojos blancos como nubes se abrieron más, reflejando los fuegos que ardían en las rocas y las aguas, en las cuevas y fosas a su alrededor. "Señor, lo vi y creo que este es *el indicado*. El que enviaste... no uno de los pretendientes engañados".

El feroz e impensablemente anciano Shao Kahn, Señor del Mundo Exterior, maestro de las Furias y rey de las artes oscuras, acercó al demonio retorciéndose.

"*Ruthay*", dijo con una voz profunda y ardiente, "*el hijo de mi hermana, ¿sabes lo que haré si te equivocas?*"

Gotas de sudor sanguinolento brotaron de la carne amarilla, fina como un pergamino, del demonio. Juntó sus manos temblorosas y las extendió en señal de súplica. "Sí, Señor. Tú... tú..."

Una explosión blanca salió de la boca de la forma oscura que era el señor de los demonios. La nube fina y clara tocó las manos de largos dedos de Ruthay y les tiñó la piel de azul. Las manos dejaron de temblar cuando el aliento helado las congeló juntas.

"*Te congelaré, regente Ruthay, y luego te encerraré sobre una llama lenta y dejaré que te derritas. Cuando seas un charco, te quitaré el fuego y te dejaré como una masa inmóvil y sin espinas por toda la eternidad*". Shao Kahn se inclinó, sus ojos negros brillando con el rojo más apagado y profundo. "Repito: ¿estás seguro?"

"Él... él... él..." Ruthay tragó saliva. "... Él está en el t-templo en Sh Shimura, LL-Señor".

Los ojos del rey demonio se ennegrecieron de nuevo. Hubo un indicio de dientes puntaigudos y amarillos mientras respiraba acaloradamente sobre las manos de Ruthay, descongelándolas, y el rastro de una sonrisa cuando el monarca gigante depositó a su regente en el suelo. El sonido de una capa masiva pero invisible crujiendo llenó el valle titánico cuando el malvado señor se sentó. La luz roja de los innumerables fuegos iluminaba tenuemente un trono tallado en el

cara de la pared del valle.

"Quítate del camino", ordenó Shao Kahn.

Ruthay asintió vigorosamente y se inclinó mientras él retrocedía. El sudor rojo corría en ríos largos y lluviosos mientras observaba el suelo duro y agrietado frente a él. El rey de las tinieblas se movió, levantando un brazo que se recortaba contra la llama roja detrás de él y era tres veces más grande que el cuerpo de Ruthay. Un dedo poderoso se extendió y una lengua de fuego salió volando de la uña larga y ganchuda. Golpeó el suelo y apareció un charco de llamas, del tamaño de la cara gorda y aterrizada de Ruthay.

En medio de la llama había una diminuta figura arrodillada, el polvo oscuro de un hombre al que Ruthay apenas podía ver. El regente miró de la mota al gobernante demoníaco, cuyos ojos oscuros volvían a enrojecerse. La túnica de Ruthay estaba empapada de sudor y pesaba el doble que antes. Si Shao Kahn no hablaba pronto, el regente sería un charco incluso si tuviera razón, incluso si esta fuera la forma mortal del demonio que había sido enviado a través de la grieta cinco siglos antes. Esa brecha había sido creada por un tonto llamado Am-ho-tep, quien tropezó con las palabras correctas pero no con la fórmula correcta después de toda una vida de intentos.

Polvo de momia en lugar de polvo de huesos, pensó Ruthay mientras sacudía su cabeza redonda, cuyo músculo abultado y rojo era visible bajo su carne tensa. *La estupidez de los humanos.*

Los elegantes labios de color negro azulado del rey demonio formaron lo que ahora definitivamente era una sonrisa. "Shang", dijo. "Me preguntaba qué fue de ti. Te enviaron lejos hace diez vidas humanas".

Aunque la diminuta figura habló con una voz aún más baja, Ruthay volvió la cabeza. pequeña oreja en forma de protuberancia hacia el suelo y fue capaz de escuchar su respuesta.

"Yo-no recuerdo nada-"

"Te acordaste", le gruñó Shao Kahn al hombre bicho que aún estaba arrodillado. "En sueños. Cada vez que moría tu forma mortal, te llevabas algo de lo que él había aprendido contigo. Este aprendizaje te llegó mientras dormías, tal como lo planeé".

"Tú... lo planeaste", dijo Shang. "¿Estoy?" Hizo una pausa, como si no pudiera captar bastante lo que estaba pasando. "¿Estoy en el Mundo Exterior... Señor... Kahn?"

Ruthay sonrió, en parte porque el pequeño ser era tan patético, pero más porque la criatura había recordado el nombre del maestro. *El era el indicado*; el Señor no lo castigaría. Ruthay ya había estado contemplando cómo sería la eternidad en el fondo de una jaula.

Los ojos oscuros de Shao Kahn se enrojecieron. "Estás al pie del trono de Outworld", retumbó Kahn, "ante el Maestro de la Muerte y las regiones mágicas de Shokan. Fuiste mi regente, Shang, una figura audaz y de confianza enviada en una misión".

"Sí", dijo Shang. "Una misión para abrir un portal entre los reinos. Para permitirte enviar las hordas de demonios y... conquistar a la Madre

Reino."

"Eso es correcto", dijo Shao Kahn, su sonrisa se ensanchó, los afilados dientes brillaron con saliva sanguinolenta. "P'an Ku nunca tuvo la intención de que las cosas fueran así, que hubiera dos reinos. Su cuerpo formó uno, y la muerte que dejó su cuerpo formó otro: nuestro reino. La vida y la muerte deben unirse para que todas las dualidades puedan final. Solo debe haber un camino en el cosmos. Solo debe haber mi camino".

"Ahora recuerdo todo, Señor", dijo Shang. "Pero te he fallado.

Este portal", abrió los brazos, "no es lo suficientemente grande. Yo, lo hice para esta miserable forma humana que habito".

Una risa burbujeó desde algún lugar profundo dentro del titán. "No me has fallado", respondió Shao Kahn. "Usando tu pequeña mente y forma humana, has hecho un comienzo. Uno tardío", dijo, "pero bueno".

"¿Que debo hacer?" preguntó Shang.

Shao Kahn se inclinó más cerca. "Debes recolectar almas. Son restos del espíritu de P'an Ku, divididos y debilitados pero reparables. Debes encontrar una manera de reunirlos en la isla, usarlos para agrandar el portal".

Los ojos del rey demonio eran una masa arremolinada de negro y rojo mientras cambió y cayó sobre su regente. El demonio regordete se inclinó de nuevo y se estremeció.

"Ven aquí", ordenó Shao Kahn.

"Si señor."

El demonio más pequeño avanzó con pies planos y gruesos hacia su amo. Mientras se acercaba, grandes manos invisibles lo agarraron por la cintura y lo sostuvieron por encima del pequeño círculo.

"Shang", dijo Shao Kahn, "enviaré a Ruthay a través de la abertura que has hecho, para mostrarte cómo usar las almas que recolectas. Él morará dentro del círculo que has dibujado a tus pies y podrá ayudarte. también en otros asuntos".

El gigante liberó al demonio, que cayó en las llamas y rugió de dolor al volverse uno con ellos. Entonces, el señor oscuro abrió su mano y la pasó sobre el mar de fuego que ardía alrededor de Shang Tsung. Las llamas se retorcieron y murieron y el humo se alejó del demonio en forma mortal.

"Hace cinco siglos", dijo Shao Kahn, "te envié esa isla en un mar de fuego, y desde entonces ha estado envuelta en niebla. Ahora la niebla es espesa nuevamente. Deja que oculten lo que haces allí... escóndelo de los ojos de los niños del Reino Madre". Las puntas de la boca del rey demonio se torcieron hacia abajo. "Siempre estaré observando, pero no podrás verme. . Por mucho tiempo que tardes, habrá quienes intenten detenerte. Los monjes y sacerdotes de la Orden de la Luz se opondrán a ti, como lo hicieron conmigo cuando construyeron ese templo. El engendro divino de T'ien, mi hermano, intentará detenerte. Y hay uno, un simple mortal, que ha sido engañado por el Dios del Trueno para difundir mentiras sobre la dignidad de los gusanos y los humanos... y para oponerse a ti". Shao

Los ojos de Kahn ardían completamente rojos mientras miraba a su sirviente. *"Si me fallas... si permites que te detengan, mi retribución será tan amarga como eterna. ¿Lo entiendes, Shang Tsung?"*

"Lo entiendo, Lord Kahn, y estoy decidido a tener éxito. No a preservarme, sino para servirte".

La boca del gigante sonrió una vez más. *"Hice bien en elegirte, mi antiguo regente. Haz lo que te he pedido y tu recompensa será un principado: gobernar las regiones de Shokan y toda su magia".* Y luego Shao Kahn volvió a fruncir el ceño. *"Recuerda, sin embargo, que para mantener abierto el portal entre los reinos, como te ordeno, costará almas humanas. Si no son almas que has ganado, entonces debes sacrificar una parte de tu propia alma para evitar que cierre. El tiempo tiene muy poco significado para mí, y seré paciente contigo, pero no para siempre. Solo tienes hasta que esta forma mortal muera para tener éxito".*

Con eso, la mano pasó una vez más sobre Shang Tsung, y el gigante se sentó. atrás, una sombra inmóvil pero viva en un mundo de llamas.

CAPÍTULO SEIS

Qué extraño era, pensó Kung Lao mientras terminaba sus oraciones matutinas y se sentaba con las piernas cruzadas en el acantilado, saboreando el aire frío antes del amanecer, con las manos juntas bajo la barbilla, los pulgares hacia arriba y los ojos cerrados. *Haber sido traído aquí por mi mente y espíritu, pero ser reconocido durante quince años por mi fuerza y mis habilidades en artes marciales.*

Ahí estaba, como siempre: la dualidad de las cosas. Aunque en todos los sentidos, esto uno había resultado más extraño que la mayoría.

No parecía haber pasado una década y media desde que vio por primera vez a Rayden, o, al menos, la forma humana de dos metros de altura que asumió el temible dios del trueno cuando descendió de las nubes alrededor del monte. Ifukube para moverse entre los mortales. Kung Lao solía preguntarse cómo se vería Rayden en su forma normal, si era el único gran relámpago que lo había llevado primero más allá de las cuevas de los sacerdotes al reino de los dioses, o si era *todo* relámpago, en todas partes. Ahora no parecía importar. Lo importante no era cómo apareció Rayden, sino cuán noble era su espíritu: el carácter y la fuerza que se mostraban cada año en este momento, cuando llegó en carne y hueso para luchar.

Y peleó, pensó Kung Lao, con sus famosos Lightning Throws, su Torpedo Attack aerotransportado y la capacidad de teletransportarse, el mismo talento que le había permitido ir y venir, y vigilar a Kung Lao durante todos esos años en Chu. -jung.

Abriendo los ojos momentos antes de que el orbe rojo del sol se alzara sobre el lejano horizonte, el monje de la Orden de la Luz, el sacerdote más honrado de todos, se levantó suavemente del suelo sin usar las manos ni las rodillas, sino solo la fuerza de sus piernas. Con su túnica blanca pura agitándose con la suave brisa, sostuvo sus brazos hacia el sol naciente mientras cambiaba de naranja brillante a dorado y amarillo. Recordó el oro de los ojos de Rayden la primera vez que los había visto, cómo había habido calor y luego fuego helado en ellos: el sol y la luna en un solo ser.

la dualidad

En este caso, sin embargo, eran el legado de P'an Ku, el dios cuyo cuerpo se convirtió en la tierra, el sol y la luna. Solo entre los dioses, Rayden llevaba la memoria del dios padre; incluso T'ien no tenía el conocimiento que tenía Rayden.

Y luego Rayden se lo pasó a él. En el lugar justo detrás de él, el Templo del Dios del Trueno en los picos orientales del monte Ifukube. Durante casi un año, bajo techos de relámpagos helados, se sentaron en sillas de oro macizo,

detrás de pilares tallados en la ladera de la montaña por antiguos monjes, y el dios había transmitido todo lo que sabía sobre P'an Ku. En caso de que algo le sucediera, el Dios del Trueno quería que alguien supiera el origen del mundo. Alguien que captaría la magnitud del cuento y que se lo enseñaría a otros. Alguien que elevaría a los monjes y sacerdotes que lo escucharon y los inspiraría a llevar la historia a otros.

Si algo le pasara alguna vez a Rayden, reflexionó Kung Lao. Era posible, ¿no? Especialmente ahora que el horror estaba sobre ellos. El horror del mal que tenía que existir donde había bien.

Cuando el sol estaba completamente alto, calentaba la cabeza de la que Kung Lao había afeitado su cola juvenil hacía mucho tiempo. Calentó las mejillas que aún sentían el toque de su tía, a pesar de los años que habían estado separados, años durante los cuales había anhelado ir con ella pero sabía que no podía, porque su antigua vida estaba muerta. Ella solo hubiera querido que él se quedara, y eso no podía hacerlo.

Pero, sobre todo, el sol calentaba el amuleto que Kung Lao llevaba colgado del cuello, un suave orbe blanco engastado en una reluciente forma dorada en constante cambio, suspendido de un simple collar de cuero. El amuleto había sido forjado por Rayden eras antes y se lo dieron los sumos sacerdotes de la Orden de la Luz, quienes le dijeron que era un pedazo del sol y un pedazo de la luna, las dos partes dicotómicas de P'an Ku. Los sumos sacerdotes le habían entregado a Kung Lao el amuleto cuando lo llevaron a sus cuevas y se hicieron cargo de su entrenamiento cuando Rayden terminó. Pasó su segundo año en la montaña entre ellos, subsistiendo con caldo y pan en las cuevas calentadas por el fuego y aprendiendo que estos hombres santos no eran como sus hermanos en pueblos como Chu jung. Eran genuinamente espirituales, interesados en el estudio y el conocimiento, no en controlar a la población a través del miedo y el ritual.

Ese segundo año se dedicó al adoctrinamiento de Kung Lao en los caminos de la Orden de la Luz, su primera exposición a los escritos recopilados de eruditos y figuras sagradas de diferentes épocas y de todo el mundo, y su introducción a la abrumadora, emocionante y mística prueba. de Mortal Kombat, el gran torneo que se lleva a cabo en el Templo Shaolin en las laderas del monte Takashi en la isla de Shimura en los mares de China Oriental.

Al comienzo de su tercer año, Kung Lao había regresado aquí al Templo del Dios del Trueno para reflexionar uno por uno sobre los escritos de filósofos y artistas marciales recopilados por los sumos sacerdotes; reflexionar y escribir sobre la saga de P'an Ku; y registrar sus propios pensamientos en pergaminos. A través de los sacerdotes, distribuyó estos escritos a los peregrinos que venían a adorar, aconsejándolos en todo, desde la espiritualidad hasta la medicina y el arte. Ellos, a su vez, los llevaron a los templos que se habían corrompido por la política local y los pequeños desacuerdos, que habían perdido de vista los objetivos de la Orden de la Luz.

También había otra tarea que Kung Lao tendría, una que Rayden había mencionado pero nunca explicó, y Kung Lao sabía que no debía presionar.

a él. Cuando el Dios del Trueno estuviera listo para contárselo, entonces sabría...

Solo una vez al año Kung Lao se aventuraba desde aquí, y eso era para enfrentar sus habilidades físicas cada vez más formidables contra luchadores de todo el mundo. Y ese momento era ahora.

Kung Lao respiró profundamente. Cada año, antes de cada batalla, pensaba en la derrota pero nunca en la muerte. El amuleto le dio fuerza y lo protegió de la destrucción, y la ventaja que solo él y el inmortal Rayden tenían. Pero este año fue diferente. Este año, puede que no sea posible conservar el título de Gran Campeón. Este año hubo un nuevo competidor; y por todo lo que Kung Lao había visto y oído, sabía que este año era posible que perdiera.

Kung Lao se volvió y miró hacia el templo. Le molestaría ser golpeado, pero le molestaría más profundamente si el amuleto cayera en manos de alguien malvado. Deseaba poder devolverle el amuleto a Rayden, pero sabía *que eso no era posible*: lo que un dios ha dado a los mortales nunca se puede devolver, porque ya no es deísta. Incluso tocarlo haría que el dios ya no fuera un dios, sino un mortal.

No había otra opción, aunque su decisión bien podría resultar en perder algo más que el torneo. Lo que Kung Lao estaba a punto de hacer bien podría costarle la vida. Y con su muerte, la era de la iluminación que Rayden esperaba también podría llegar a su fin.

Caminando a través de la cornisa hacia el acantilado contiguo a la entrada del templo, Kung Lao inclinó los codos a los costados, se enfrentó a la roca, ordenó sus pensamientos y, con un estallido relámpago, envió los nudillos de su puño izquierdo y luego su puño derecho, contra la piedra gris. Fragmentos de roca volaron en todas direcciones mientras la expresión de Kung Lao permanecía sin cambios, la carne de sus manos sin sangre. Volvió a doblar los codos y una vez más sus puños volaron, haciendo estallar más pedazos de piedra.

Una tercera serie de golpes completó la tarea. Cuando Kung Lao terminó, se quitó suavemente el amuleto que llevaba alrededor del cuello, lo colocó en el nicho que había abierto, recogió los pedazos de roca y los volvió a colocar con cuidado para que el precioso talismán quedara completamente oculto. Miró la roca durante un largo momento, dijo una oración en silencio y luego, lentamente, muy lentamente, caminó hacia el templo.

Sintiendo como si una parte esencial de él hubiera muerto, pero sabiendo que había hecho lo correcto, Kung Lao comenzó a reunir sus pocas pertenencias para el viaje de una semana al monte Takashi.

CAPÍTULO SIETE

La isla de Shimura era un lugar extraño, escondido detrás de la niebla que parecía mantener a raya la luz del sol, las aves marinas e incluso las aguas turbulentas. Una masa imponente en un mar liso como el cristal, Shimura estaba iluminada por el sol brumoso y parecía estar siempre fría. Al menos, así le pareció a Kung Lao. Nunca se molestó en preguntar qué pensaban los demás participantes, ya que era una mala idea hablar con ellos. Eran personas con las que tenía que luchar. Llegar a conocerlos como individuos solo haría más difícil atacarlos como oponentes. Cuando tenía que golpear la muñeca de alguien, posiblemente rompiéndola, no quería saber que esa era la mano que la persona usaba para ganarse la vida como sastre o para crear belleza como pintor. La gente venía aquí para competir en el mayor torneo del mundo, para poner a prueba sus habilidades contra oponentes dignos, y eso era todo lo que Kung Lao necesitaba saber.

Durante el torneo, el dueño de la isla, el curioso Shang Tsung, envió juncos a remo a la orilla para recoger a los participantes. Los botes llegaron dos veces al día durante los dos días previos al comienzo de los partidos, y se erigieron cabañas temporales con comida y bebida para uso de los combatientes mientras esperaban, así como un establo para caballos y mulas.

Kung Lao llegó a pie la noche anterior al comienzo de Mortal Kombat. Había hecho el viaje trece veces y conocía bien los caminos, aunque esta vez le resultó más agotador mantener el ritmo. Sabía por qué: no era que fuera mayor, porque el vencedor de Mortal Kombat no envejeció durante el año intermedio, y Kung Lao no había envejecido durante una docena de años más uno. Experimentó esta fatiga inusual porque había dejado atrás su amuleto. Eso no presagiaba nada bueno para la competencia que se avecinaba, aunque Kung Lao decidió luchar más duro que nunca contra adversarios en su mayoría familiares, todos los cuales eran más viejos que nunca.

Pero este año fueron los adversarios desconocidos los que lo preocuparon. A su manera espectacular pero curiosamente velada, Rayden había llegado a Kung Lao apenas dos días antes. Apareciendo en un estallido de relámpagos que disparó desde un cielo despejado, el Dios del Trueno solo había dicho: "Una imagen de T'ien estará presente en Takashi, y no como un amigo".

Dado que las únicas imágenes de T'ien mostraban criaturas de múltiples miembros, Kung Lao se preguntó si algo más que la magia negra habitual estaría en marcha, si el misterioso Shang Tsung tenía algo nuevo guardado en su extenso y resplandeciente templo. No lo sorprendería. Durante trece años, Shang Tsung se había enfrentado a Kung Lao en la ronda final de Mortal Kombat, y Kung Lao había ganado todas las veces. Después de perder, Shang Tsung entregaría al ganador la bendición de la victoria de Shaolin y luego se iría sin decir una palabra más. Y

cada año que regresaba Kung Lao, su anfitrión parecía considerablemente mayor: más delgado y mucho más arrugado, sus ojos menos brillantes y su cabello más blanco.

Kung Lao se sentó en la orilla, primero bajo el sol poniente y luego bajo las estrellas, y esperó el bote. Miró la banda blanca que se había atado alrededor de la muñeca, la tela que había encontrado en la plaza del pueblo hacía tantos años. Si no podía tener su amuleto, quería esta ficha, el mensaje invisible que lo había enviado en su viaje al monte Ifukube.

Observó la niebla iluminada por la luna, ondulante y brillante sobre el mar. Nunca le había molestado a Kung Lao que ganara el Kombat con la ayuda del amuleto.

Muchos de los participantes venían armados con magia, algunos en forma de talismanes, otros en forma de golpes impulsados por una fuerza de otro mundo, que el amuleto era necesario solo para estar a la altura de ellos. El propio Shang Tsung tenía reservas de energía que eran formidables y no de este mundo, con llamas y niebla a su disposición. Sin el relámpago y el sol cegador de Rayden almacenados en el amuleto, Kung Lao nunca podría haber derrotado a Shang Tsung una vez, y mucho menos trece veces.

No debes pensar así, se advirtió. Aunque participaría sin magia por primera vez, Kung Lao todavía tenía sus habilidades y sus propios recursos internos. Y eso siempre había representado mucho. Si no podía cansar a Shang Tsung, o sobrevivir a sus ráfagas de fuego y niebla cegadora, tendría que derrotarlo rápidamente, antes de que esos poderes pudieran ejercerse.

La proa del juncos con su distintiva cabeza de dragón atravesó la niebla y se acercó a la orilla como una serpiente marina. Corcoveaba y se balanceaba sobre las olas, el mar parecía silbar cada vez que la proa afilada del barco lo lanzaba hacia arriba, la espuma se elevaba más allá de la nariz del dragón, como volutas de humo.

Kung Lao se levantó y recogió su maleta de cuero, sin reconocer ni mirar a los otros dos combatientes que se habían trasladado de las cabañas a la orilla. Cuando el bote se acercó a la orilla, giró de estribor hacia adentro y un par de figuras con capas negras bajaron una tabla a la arena. Con sus rostros ocultos bajo capuchas, las figuras trabajaron rápidamente mientras parecían moverse lentamente, como si estuvieran fuera de nuestro marco de tiempo, pero de alguna manera habitando en él.

Aunque estaba más cerca de la tabla, Kung Lao permitió que los otros dos hombres abordaran primero, una cortesía que nunca había podido sacudir. Tan pronto como hubieron abordado, e incluso antes de que se levantara el tablón, el barco emprendió el regreso hacia la isla. El torneo fue eficiente, desde el momento en que el primer invitado llegó a la costa hasta el instante en que partió el último.

Después de seis días de viaje, me sentí bien al sentarme y que me llevaran. Kung Lao se sentó en una estera en la cubierta oscilante, disfrutando del movimiento cuando el juncos se acercó y fue tragado por la niebla, luego rápidamente se asentó y navegó veloz y uniformemente en el mar en calma cuando emergió. El barco se convirtió en un

muelle semicircular que, visto desde lo alto del templo, sugería el motivo de la cabeza de dragón de la proa. O tal vez fue un truco de la luz de las linternas que se alineaban en el muelle. Kung Lao había descubierto que la isla estaba llena de ilusiones como esa, aunque no podía explicarlas.

Al llegar a la orilla, las tripulaciones de los barcos no desembarcaron, aunque parecieron desvanecerse. Los recién llegados fueron recibidos por jóvenes vestidos con capas blancas, que llevaban sus maletas por el largo y siniuso camino de montaña hasta el templo. Los combatientes montaban mulas delante de ellos y notaron que el camino no parecía torcer tanto en la subida como lo parecía desde la orilla. Los animales conocían el camino y no necesitaban que los pincharan, algo que siempre asombraba a Kung Lao, ya que las mulas no eran especialmente inteligentes ni cooperativas. Sospechaba encantamiento aquí también, durante un año le había pedido a Rayden que enviara un rayo durante la escalada y había visto, en el destello, no la cabeza de una mula, sino la semejanza de un dragón.

La recurrencia de la imagen no sorprendió a Kung Lao. La nación honró muchos tipos de *pulmones* o dragones. Había dragones imperiales, que simbolizaban al Emperador y eran los únicos a los que se les permitía tener cinco garras en cada pata; el resto tenía cuatro. Los dragones celestiales montaban guardia sobre la morada de los dioses, los dragones espirituales ayudaban a T'ien y sus deidades a cuidar de los vientos y las lluvias, los dragones terrestres cuidaban el suelo, los ríos y los mares, y los feroces dragones del tesoro custodiaban la riqueza que pertenecía a dioses y demonios. El dragón de la isla de Shimura, con su cabeza de caballo y volantes afilados que se enroscaban en su largo cuello y cabeza, era un dragón del tesoro.

Cuando el templo y el palacio quedaron a la vista, encaramados en el borde de un acantilado bajo de la montaña, la luz de la luna le dio un aspecto fantasmal y Kung Lao sintió un escalofrío.

Algo era diferente esta vez, y no era solo la ausencia de su amuleto. Sintió una presencia ominosa que nunca antes había sentido: un nuevo combatiente, tal vez. Miró hacia las dos pagodas altas que eran las viviendas del palacio, sus ojos buscando en las ventanas abiertas y buscando sombras en las persianas corridas. Pero no encontró nada fuera de lo común. Su mirada se desplazó hacia el imponente palacio de mármol y oro que había entre ellos, con sus multitudes de princesas de jade de tamaño natural y dragones de tesoros de marfil iluminados por antorchas, sus arqueros de alabastro y gigantescos corceles de ónix y carros de guerra, y luego a los más antiguos, oscuros y bajos. -Templo tumbado al frente.

Kung Lao no vio nada en ninguna parte, pero definitivamente había algo allí. Algo poderoso y algo peligroso.

Algo que no es de este mundo.

CAPÍTULO OCHO

Exteriormente, Shang Tsung estaba tan tranquilo como siempre mientras pronunciaba las palabras que mantuvo cerrada la puerta de su laboratorio. Interiormente, sin embargo, estaba en agonía.

Su cabello blanco, largo y seco colgaba en una sábana por su espalda, y su piel, una vez tan suave como los mares que rodeaban su isla, era una malla de líneas finas y pliegues frágiles. Aunque su postura todavía era erguida y sus ojos tan claros como siempre, era obvio que vivía bajo un gran peso.

"Voy a ser admitido", dijo en el susurro más suave. "Abre, abre, abre".

Una fila de cerrojos se abrió en el interior de la puerta, y la enorme losa de piedra se movió hacia adentro, lentamente, sobre bisagras del tamaño de los antebrazos de Shang Tsung.

Shang se deslizó dentro, se volvió y dijo: "Estoy dentro. Cierra, cierra, cierra".

En ese momento, la puerta dejó de abrirse y comenzó a moverse en la otra dirección. Cuando se cerró, la fila de siete gruesos cerrojos se cerró por sí solo, uno tras otro.

Shang Tsung se giró y se enfrentó al brasero que ardía sin arder en medio del viejo círculo que había creado en el suelo en el centro de la habitación.

Allí, en el portal entre el Reino Madre y el Mundo Exterior, el tiempo se detuvo. La llama estaba congelada, como una fronda roja, y aún proporcionaba iluminación aunque no consumía combustible. El círculo de polvo también estaba donde lo había hecho, aunque estaba cubierto con una película de color ámbar, reptante, grasa y opaca, la esencia del pobre demonio que Shao Kahn había enviado allí trece años antes.

Shang Tsung se acercó al círculo, y tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca como para que el calor de su cuerpo activara el polvo, el tiempo se reanudó. La llama crepitó de nuevo, las motas de polvo que habían estado suspendidas en el aire comenzaron a moverse... y la habitación se llenó de un gemido a la vez miserable y loco.

"¡Shaaaaang!"

"Buenas noches, Ruthay".

"¿Cuándonnnnnnnnnnn?"

"Hoy, Ruthay", dijo el mago cuando llegó al círculo. "Gracias a ti... hoy".

"Tooooayyyy", la voz suspiró, luego se rió y luego sollozó. "¿Puedo... volver... hoy?"

"Eso espero", dijo Shang Tsung solemnemente mientras entraba al portal sagrado. "Espero que sí."

Durante trece años había sido motivo del orgullo más obstinado. Después

recordando quién era y prometiendo servir a Shao Kahn, Shang Tsung había ido al continente, usó una astilla de bambú para degollar a los viajeros solitarios y, con un hechizo mágico proporcionado por Ruthay, atrapó sus almas y las llevó a la isla. para comenzar a agrandar la brecha entre los mundos. Pero para su sorpresa y decepción, la brecha no pudo ampliarse.

En este tiempo antes de que el aislamiento, el encarcelamiento y la nostalgia lo volvieran completamente loco, Ruthay le había dicho que no todas las almas podían usarse para abrir la puerta lo suficiente como para acomodar a Shao Kahn y sus hordas de demonios y furias. Solo algunos de ellos funcionarían.

¿Por qué no me dijeron esto antes? Shang Tsung recordó haberle gruñido al demonio.

Porque sólo la experiencia enseña algunas lecciones, había respondido Ruthay.

El tonto de un demonio no tenía razón en muchas cosas, pero había tenido razón en eso. Incluso Ruthay no sabía que solo se podían usar almas seleccionadas.

No fue hasta que Shang Tsung desembarcó, esperó meses para encontrar y matar a un guerrero, un maestro y un hombre santo, y envió sus almas a través de la puerta, que él y Ruthay supieron que solo las almas de los grandes luchadores podrían usarse para expandir el portal.

Por desgracia, se dio cuenta de que encontrarlos llevaría tiempo. Usando un polvo explosivo, Shang Tsung destruyó una cocina flotante que se abría paso a lo largo de la costa y capturó las almas de los siete cocineros que se ahogaban.

Ocultándolos y convirtiéndolos en sus esclavos, puso a las entidades sobrenaturales a trabajar en la reconstrucción del antiguo Templo Shaolin en la isla y luego lo amplió para incluir un palacio y las pagodas gemelas.

Mientras trabajaban, usando magia para excavar, cortar y colocar las piedras, Shang se concentró en encontrar un medio para traer a él a los luchadores más audaces del mundo, para llevarlos a la isla Shimura, donde sus almas podrían ser apresuradas, aún frescas, a la isla. templo y solía debilitar irreparablemente la barrera entre las dimensiones.

A él se le ocurrió la idea de Mortal Kombat, y debería haber funcionado.

A través de los sueños, Shang se puso en contacto con guerreros en tierras conocidas y desconocidas: los convocó, los guió al Mar de China Oriental y los enfrentó entre sí para encontrar las almas más fuertes en el Reino Madre. La idea era que él ganaría y, al ganar, tomaría la vida y el alma del guerrero que había sobrevivido a los otros combates y salía victorioso, el segundo más poderoso, solo superado por él.

Pero luego se encontró y se enfrentó al maldito sumo sacerdote de la Orden de la Luz, Kung Lao, tal como Shao Kahn insinuó que lo haría.

Solo pensar en el nombre, como lo había hecho ahora, fue suficiente para que su corazón se llenara. con rabia, su alma devastada e incompleta para quemar.

Su primer partido había sido el más feroz. Por supuesto que lo había sido, Shang

Tsung volvió a pensar. Kung Lao no conocía los poderes especiales de Shang, su habilidad para lanzar lanzas de fuego y espirales de humo, y Shang también era más joven entonces, trece años más joven, y más poderoso. Kung Lao se había abierto camino a través de diez partidos cada vez más violentos y difíciles antes de enfrentarse finalmente a su anfitrión.

Shang Tsung todavía podía ver vívidamente al magullado pero casi insoportablemente orgulloso Kung Lao parado allí, con el pie izquierdo hacia la izquierda para apoyarse, el pie derecho apuntando hacia adelante, listo para golpear, la mano derecha cerrada en un puño y ladeada a su lado, el antebrazo izquierdo en ángulo frente a él, la mano rígida.

Y Shang recordó cómo evolucionó la lucha en el espléndido Salón de los Campeones, en el palacio recién terminado. Recordaba cada movimiento y cada matiz.

Kung Lao había dado un paso adelante y, mientras lo hacía, Shang se dio la vuelta y juntó las manos. Una luz blanca cegadora había estallado entre los hombres, chisporroteando en el aire durante varios largos segundos.

Shang cerró los ojos. Incluso hoy, trece años después, todavía podía sentir el maravilloso calor del estallido, el brillo que iba a iluminar su camino hacia el campeonato: Kung Lao había pateado a ciegas y Shang hizo una voltereta de pie hacia la izquierda, fuera del camino, sus

manos aún humeaban por la bola de fuego. Todavía incapaz de ver, Kung Lao cruzó los antebrazos a la defensiva, frente a su cara, pero Shang saltó por encima de ellos y clavó un talón en la sien de su oponente.

Kung Lao luego cayó de espaldas, y Shang aterrizó con una rodilla en el pecho de Kung Lao.

¡No puedes bloquear lo que no puedes ver! recordó reírse, confiado en la victoria. Antes de que su enemigo pudiera recuperarse, Shang torció los dedos de su mano derecha y clavó la palma en la base de la nariz de Kung. Los ojos del joven guerrero se habían puesto en blanco cuando su preciosa sangre de hombre santo salpicó el duro suelo de mármol. Y mientras lo miraba rociar en todas direcciones, Shang pudo sentir que el alma de Kung Lao se liberaba de sus amarras.

Shang se había levantado entonces, mirando a Kung Lao mientras trataba de levantar la espalda del suelo. Con una mueca de desdén, Shang pisoteó una vez el vientre de su enemigo, quitándole el aire.

No te muevas de nuevo, había dicho Shang. *Saborea la ceguera para que no tengas que mirar mientras te quito la vida mal engendrada.*

Luego, cuando Shang se había acercado a él, Kung Lao extendió la mano repentinamente, agarró la pierna izquierda de su adversario detrás de la espinilla y empujó con fuerza su palma izquierda en la rodilla derecha de Shang. La pierna del atacante se había doblado y cayó, Kung Lao simultáneamente rodó hacia un lado, lanzó ambas piernas al aire y atrapó a Shang con un bloqueo de tijera mientras caía. Kung Lao luego enganchó sus pies y apretó cuando Shang golpeó el suelo y trató de soltarlo.

Shang Tsung hizo una mueca al revivir el dolor.

Los rostros de ambos hombres se pusieron rojos mientras yacían allí, entrelazados.

Shang Tsung se estremeció, ahora, al recordar las palabras que Kung Lao había pronunciado.

Algunos hombres con vista todavía están ciegos, había dicho, apretándolos con más fuerza.

Siempre hay cosas que uno no anticipa.

Kung Lao era un pequeño pez dorado que disfrutaba nadando en la piscina de su propia piedad y rectitud, pero no se había equivocado en eso. Después de lo que Shang pensó que sería una victoria rápida, perdió cuando ese amuleto, la maldita baratija de la luna y el sol, agotó su fuerza mientras yacía atrapado en esa bodega. Y *fue* una victoria rápida... aunque no para Shang.

Kung Lao y Shang Tsung se habían enfrentado en cada uno de los doce torneos siguientes. Shang Tsung se sentaba en su trono en el Salón de los Campeones, observando cada partido mientras Kung Lao avanzaba hacia el inevitable enfrentamiento.

Y luego, fresco por no tener que participar, Shang Tsung se enfrentaría a su enemigo cansado. Cada año, Shang Tsung confiaba en la victoria, ya que había usado hierbas y raíces para fortalecer su magia, había trabajado duro para endurecer su carne y sus tendones, se había dado una *razón* para ganar al asegurarle a Shao Kahn que este año, a largo plazo. por último, la gran alma de Kung Lao se usaría para ensanchar la brecha.

Pero cada año, Kung Lao lo derrotaba. A veces rápidamente, como lo había hecho en su primer partido; a veces en batallas que duraban todo un día y una noche, sacando la victoria de lo que parecía una derrota segura. El amuleto ayudó, por supuesto, pero Shang Tsung sabía que era más que eso. Aunque ambos tenían la voluntad de ganar, Kung Lao tenía el corazón de un dios. Shang estaba en una misión para uno, que no era lo mismo.

Claramente, no lo fue.

Aunque durante trece años *había* sido una cuestión de orgullo, ya no lo era. Este año, con su alma en notable mal estado, su cuerpo más débil que nunca, Shang Tsung había decidido no pelear. Este año, alguien, mejor dicho, *algo*, lucharía por él y derrotaría al maldito Kung Lao.

Y con su campeón derrotado, Rayden e incluso el propio T'ien tendrían que participar en el torneo. Y cuando cayeron, sus almas...

¡Pero te adelantas, perro incauto! Shang Tsung se reprendió a sí mismo.

Se sentía cansado mientras estaba aquí por primera vez desde el último Mortal Kombat un año antes. Cada vez que perdía, Shang Tsung había venido a este mismo lugar y entregado una parte de su alma para evitar que el portal se cerrara.

Se le había ocurrido, por supuesto, desobedecer la orden de Shao Kahn: permitir que el portal se cerrara y luego lo reabriera cuando hubiera reunido suficientes almas. Pero en un pánico que lo había iniciado en el camino a la locura, Ruthay había señalado que si la brecha se cerraba mientras Ruthay todavía estaba de este lado, el Reino Madre sería destruido, junto con todos en él, incluidos

a ellos.

¿Como puede ser? Shang Tsung había preguntado.

Está en la naturaleza de la materia, había dicho Ruthay, que el demonio pueda salir del huevo, o el alma del ser humano, pero ni la cáscara ni la carne pueden cruzarlo.

Si lo hacen, y se corta la raíz espiritual del mundo natal, entonces las partículas que componen toda la materia se romperán y destruirán todo.

Mientras estuvo aquí, atrapado en lo alto del círculo, Ruthay todavía estaba enraizado en el Outworld. Pero si la puerta estuviera cerrada, no sería más que una tonta mancha. Solo si un dios cruzara de un reino al otro, redefiniendo la naturaleza de la vida y la materia allí, podrían mezclarse los dos mundos.

Así que Shang Tsung se quedaría allí mientras un viento del otro lado de la grieta tiraba de él, haciéndolo caer como un remolino. Resistiría el tirón, y solo cuando sintiera un chasquido agudo o un desgarro lento o una agonía prolongada y retorcida, porque cada vez era diferente, supo que había dado parte de sí mismo para que la puerta permaneciera abierta. y que era libre de irse... hasta la próxima derrota.

La cuestión del orgullo había sido que él fuera el que derrotara a Kung Lao, reclamara el alma singularmente poderosa del sumo sacerdote y la usara para agrandar la brecha entre los mundos. Pero eso no iba a ser así, así que con la ayuda de Ruthay había ideado un plan alternativo y se lo había presentado a su señor soberano.

Y mientras se arrodillaba con las palmas abiertas en el suelo y se preparaba para enfrentar a Shao Kahn una vez más, Shang Tsung estaba seguro de que lo que iban a hacer era lo correcto. A Shao Kahn no le importaban tanto los medios como los resultados.

"Gran Señor", dijo Shang mientras sentía, pero no podía ver, una sombra caliente y opresiva caer sobre él.

"¿Qué pasa, ratón?" Dijo Shao Kahn.

La palabra dolía, pero Shang dijo: "Venerado emperador, he venido a asegurarte que este será el año de la derrota de Kung Lao".

"Has prometido esto antes".

"Lo tengo, Gran, es verdad", dijo Shang. "Pero este año, he renovado la esperanza. No solo permitiré que tu otro sirviente se enfrente al sumo sacerdote de la Orden de la Luz y lo aplaste por completo, para siempre, el sirviente que es fuerte donde yo soy débil—"

"Eres débil en la mayoría de los sentidos, Shang—"

"Merezco la reprimenda, Maestro", mintió Shang. "Pero después de este día, estarás orgulloso de lo que hemos hecho. No solo el Príncipe peleará por ti, sino que Kung Lao ha venido sin la fuente de su mayor poder, el amuleto encantado que le dio..."

"Tu parloteo me aburre, conejo. El dominio del Reino Madre es todo lo que importa".

"Y lo tendrás", prometió Shang. "Pronto."

"Ve", dijo Shao Kahn, "Te queda muy poca alma, Shang, y odiaría tener que reclamarla. Si lo hago, bramó, "tú también lo odiarás, porque tu eternidad no se gastará". como gobernante de las provincias de Shokan, sino como una llaga en la lengua de mi dragón Twi'glet, una que hace que escupa fuego sobre ti por cada momento de siempre".

"Lo entiendo, Altísimo", se inclinó Shang. "No te fallaré."

"Esté muy seguro de eso", dijo Shao Kahn. "El Príncipe que envié a través de la grieta no estaba feliz de irse".

"Lo sé", dijo Shang Tsung, inclinándose tanto que sus labios tocaron el suelo.

"Había pensado, señor, las almas que envié a cambio-

"Me contentó brevemente. Los piratas flotan ahora en un mar de fuego mientras espadas llameantes cortan heridas calientes que se cauterizan instantáneamente. Cómo gritan los miserables cuando las hojas son arrancadas de su carne quemada. Pero estas almas no ayudaron al Príncipe. Se ensancharon el portal apenas lo suficiente para acomodar su forma. Tuve que forzarlo-

"Mis más bajas disculpas, señor".

Como te dirá Ruthay cuando el pobre diablo esté lo bastante lúcido para hablar, es una experiencia muy desagradable".

"Lo entiendo, Su Alteza", dijo Shang Tsung, "pero le aseguro que tengo al Príncipe bajo control".

"¿Control?" Shao Kahn se rió entre dientes. "Uno no controla al Príncipe. Una vez simplemente le encuentra un adversario más atractivo y luego se aparta de su camino. Si hubiera podido controlarlo por completo, él habría pasado hace mucho tiempo, en lugar de ti".

Y cuando la presencia sombría del gran señor se desvaneció y Shang Tsung se levantó, sintió que estaba seguro de eso. Porque, a través de una mirilla, había observado a Kung Lao cuando llegó a su habitación en la pagoda del norte, había visto que el trece veces campeón había llegado sin su amuleto, y tenía el escalofrío del miedo, la mirada de un hombre que estuvo a punto de perder su primer Mortal Kombat y sufrir mudo e indefenso mientras su alma era arrancada de su cuerpo roto y usada como el primer adoquín en un camino demoníaco...

CAPÍTULO NUEVE

En la mañana de cada Mortal Kombat, Kung Lao tenía un ritual.

El campeón se levantaba mucho antes que el sol, rezaba hasta después del amanecer y luego se desnudaba hasta la cintura y arrastraba lentamente una rama espinosa sobre su cuerpo, una ramita arrancada de los arbustos en las faldas del monte Ifukube. Las heridas delgadas y superficiales no lo debilitaron, pero Kung Lao sabía que si le dolía la carne, reaccionaría mucho más rápido para protegerse de lastimarse.

Adornado con esta telaraña de sangre, Kung Lao no comió nada de la fruta y la carne que habían quedado en su puerta, ni bebió ninguno de los néctares de sus copas de plata. Mientras estaba sentado en la terraza de sus amplias habitaciones de campeón en el piso inferior, y serenaba su espíritu mientras la brisa fresca del mar lo azotaba, comió dos humildes pasteles de arroz que habían sido hechos para él por los monjes de la Orden de la Luz de Ifukube. Fue bueno sentir las garras del hambre arañándolo durante el torneo. Ayudó a mantenerlo alerta, allí mismo, viviendo en el momento.

Cuando terminó de comer, continuó sentado allí, contemplando la deidad en cuyo nombre luchó... y, ese día, preguntándose acerca de la terrible presencia que había sentido en las habitaciones en algún lugar por encima de él cuando había llegado, y continuó sintiendo en su sueño, durante sus oraciones más profundas, e incluso ahora.

Y luego, cuando sonó la gran campana en el patio exterior del lugar, lugar de los combates iniciales, se dirigió al torneo vestido con sus pantuflas, falda holgada, calzas y semblante de campeón.

Solo alrededor de su cuello, y en su pecho, Kung Lao se sentía desnudo...

CAPÍTULO DIEZ

El patio del palacio era un oblongo gigante, hecho de piedra con una enorme incrustación de marfil negro del dragón de Shang. Se decía que el marfil no estaba teñido sino que se había hecho con los cuernos del dragón mismo, una bestia que residía en algún otro reino.

Las gradas de piedra alcanzaban los doscientos palmos de altura y rodeaban el patio por tres lados. Rápidamente se llenaron con las docenas de participantes que esperaban su turno para pelear, y con los misteriosos sirvientes de Shang Tsung, quienes nunca levantaron sus capuchas para mirar y quienes nunca mostraron ninguna emoción u hostilidad, incluso cuando su propio maestro fue derrotado. Dragones de piedra se alineaban en la pared detrás de la fila superior de la tribuna, sus bocas escupían fuego por la noche para que el torneo pudiera continuar en la oscuridad; Estandartes de color amarillo anaranjado con la silueta del dragón negro colgaban sin fuerzas de los postes clavados en la parte posterior de cada figura de piedra. Detrás de los dragones en el largo muro occidental estaban las columnas rojas acampanadas del templo, con su techo de gruesas tejas verdes y una repetición del motivo del dragón en tejas negras.

En el cuarto lado del patio, sobre la gran puerta por la que pasaban los combatientes, estaba el trono de Shang. La silla estaba hecha de hierro forjado en forma de huesos humanos, acolchada con la grasa de ballena preservada místicamente y cubierta con una gruesa tira de piel de uno de los pandas sagrados, piel que solo uno como Shang se atrevería a tomar. Un dosel de material desconocido, sostenido por una columna construida con dientes de tiburón, lo protegía del sol brumoso. Algunos dijeron que el material era carne humana, pero pocos pensaron que incluso el vicioso Shang podría ser capaz de una exhibición tan vil y corrupta. Kung Lao no fue uno de los pocos.

El campeón no llegó con ceremonia, aunque él lo pidió, ni se sentó en el asiento especial que le estaba reservado en el centro de la fila más baja de la tribuna. Prefería ir y venir como cualquier participante: creía que el honor debía ganarse de nuevo cada año, no transferirse del torneo anterior. Sin embargo, no estaba obligado a luchar hasta que todos menos los tres mejores artistas marciales hubieran sido eliminados.

Los primeros concursos siempre fueron interesantes y emocionantes, ya que una mezcla ecléctica de veteranos y recién llegados lucharon en una serie de eliminaciones en tres áreas separadas. Tanto los perdedores como los vencedores regresaron a las gradas cuando terminaron, los primeros para observar y aprender, los segundos para esperar la siguiente serie de combates.

Al caer la noche, el trío que pelearía en las rondas finales había sido seleccionado. Se requirió que Kung Lao luchara contra cada uno por turno. A pesar de su destreza y del hecho de que dos de los tres eran recién llegados a Mortal

Kombat, Kung Lao hizo un trabajo rápido con todos ellos. Uno de ellos, una cosa musculosa que se hacía llamar Ulfila el Ostrogodo, no usaba las artes marciales sino que atacaba violentamente con un garrote con púas y un escudo y se cansaba rápidamente. Otro, el antiguo adversario de Kung Lao, Mahada, un maurya que recitaba el "Himno de la Creación" védico mientras luchaba, opuso una lucha noble pero perdió varios dientes durante el combate y, con ellos, su capacidad para pronunciar el himno y su confianza.

El tercer enemigo, un luchador romano llamado Toisarus, le dio algunos problemas a Kung Lao cuando lo inmovilizó contra el suelo, pero el dolor de las laceraciones autoinfligidas del campeón fue el impulso adicional que necesitaba para derribar al retador. En el pasado, reflexionó Kung Lao, el poder del amuleto habría asegurado que no se encontrara en esa posición en primer lugar.

A lo largo del largo día, Kung Lao había seguido sintiendo la presencia de algo formidable, aunque hasta el momento no había visto, oído ni oido a nadie que pudiera haber sido la causa de su inquietud.

Después de vencer a Toisarus con un golpe de hombro que le quitó el aire de los pulmones y la lucha de sus extremidades, Kung Lao se volvió hacia su anfitrión, hizo una reverencia, abrió las piernas, levantó los brazos a los costados y esperó. Un largo momento después, Shang Tsung sonrió, la primera vez que Kung Lao lo había visto hacerlo.

"Tu victoria es impresionante", dijo el anfitrión. "Más aún porque nosotros fijate que por primera vez participaste sin la ayuda de la magia."

"La religión no es magia", dijo Kung Lao.

"Un punto discutible para otro momento", dijo Shang Tsung mientras continuaba sonriendo. "Lo que se ha ganado nuestra atención y respeto es que has ganado sin tu amuleto". Los ojos del mago prematuramente envejecido se entrecerraron y sus pobladas cejas blancas se hundieron en el centro. "Ganado, hasta este punto. Aún queda una batalla más por pelear".

"Como puedes ver", dijo Kung Lao, "te espero".

Shang Tsung lo miró por un momento, luego torció un dedo hacia una figura encapuchada que estaba de pie a su derecha. "Fanático", dijo. La figura metió la mano en su túnica y sacó un abanico plegable hecho de papel de arroz. Lo movió de un lado a otro; aunque sus movimientos eran lentos y sin fuerza, los estandartes en la pared distante se agitaron.

La sonrisa de Shang Tsung se amplió. La sonrisa sin humor y poco natural en ese La cara de calavera hizo que Kung Lao se sintiera incómodo.

"¿Sabías", preguntó Shang Tsung, "que decidí no pelear este año?"

"Realmente lamento escuchar eso".

"Te creo", respondió Shang Tsung. "¿Deseas dar un paso al frente y aceptar la bendición de la victoria?"

Kung Lao permaneció encerrado en su pose combativa. "Sabes que eso va en contra de las reglas de Mortal Kombat. Debe haber una batalla entre el campeón y su anfitrión, o, si el anfitrión está debilitado, entre el campeón

y el campeón del anfitrión".

"Por supuesto", dijo Shang Tsung. "De lo contrario, el ganador no gana el premio final: el precioso regalo de no envejecer hasta el próximo Mortal Kombat".

Kung Lao negó con la cabeza. "No es por eso que peleo, y afirmo que esa no es la razón por la que la mayoría de estas personas están aquí. Luchan por el honor, no por otra recompensa". Ahora sentía la presencia con más fuerza que nunca. Pase lo que pase, quienquiera que vaya a aparecer lo hará pronto.

"Probablemente tengas razón", admitió Shang Tsung. La sonrisa vaciló y se derrumbó. "De qué sirve algo en la vida si no tenemos honor... si no controlamos nuestras propias almas".

Shang Tsung despidió a su sirviente, luego continuó mirando a Kung Lao mientras aplaudía una vez. Se oyó un gemido fuera del patio, como el de un carro arrastrado por un peso asombroso, y luego un ruido metálico y traqueteo como si tirasen de unas cadenas y luego las dejaran caer. Estos fueron seguidos por el sonido atronador de pasos en la oscuridad más allá de las llamas del dragón.

"He decidido", dijo Shang Tsung, "tomarme el año libre. Ya no soy joven, Kung Lao, y sentí que sería mejor para este año al menos dejar que alguien más peleara en mi nombre. "

El trueno se hizo más fuerte cuando una forma grande y descomunal comenzó aemerger de la oscuridad. Tenía una forma vagamente humana, pero medía más de dos metros y medio de alto y tenía, al parecer, no el complemento habitual de extremidades, sino más.

A medida que el ser se acercaba, Kung Lao sintió que la siniestra presencia se hacía más y más fuerte, como si un gran mal hubiera caído en medio de ellos.

Más malvado aún que Shang Tsung, quien, después de todo, seguía siendo humano.

Esta cosa nueva no lo era. Cuando inclinó su cabeza titánica para pasar por debajo de la puerta, luego se detuvo en el patio iluminado por el fuego, sus ojos rojos escanearon las gradas. Hubo gritos de miedo de muchos de los grandes héroes que se habían reunido aquí, y más cuando la entidad de piel de bronce rugió, la parte superior de sus cuatro brazos poderosamente musculosos golpeando su gran pecho, los dos inferiores extendiéndose con impaciencia hacia Kung Lao. Los músculos de cada uno de los cuatro antebrazos se tensaron contra las muñequeras de hierro con las que habían estado esposados, y cada uno de los tres gruesos dedos de las dos manos inferiores se curvó, anhelando el combate. Las afiladas orejas del recién llegado se contrajeron con evidente deleite al escuchar el miedo de los guerreros derrotados.

Cuando Kung Lao no se inmutó, la criatura sacudió su gran cabeza desafiante. Su larga y negra coleta de cabello se balanceaba pendularmente detrás de él, y su boca casi sin labios se abrió de par en par, dejando al descubierto dientes blancos y dos colmillos afilados que brillaban con saliva.

El gigante se movía con impaciencia de una pierna a otra, sus músculos abdominales claramente definidos se tensaban detrás de un cinturón de cuero rojo con un símbolo de Yin y Yang en la hebilla, los músculos de las piernas de elefante sobresalían bajo el cinturón azul.

taparrabos que llevaba.

El monstruo, porque esa era la única palabra que le vino a la mente a Kung Lao, tenía dos poderosas garras en cada pie, y un espolón detrás, y los seis Arañaban furiosamente el suelo de la arena. Las mallas grises que llevaba en las espinillas parecían a punto de estallar por la presión del tendón debajo de ellas.

Los ojos de Shang Tsung brillaron con malicia. "Kung Lao: me gustaría presentarles a mi campeón, el hijo del rey Gorbak y la reina Mai, el príncipe de Kuatan y gobernante supremo de los ejércitos de los reinos de Shokan".

Kung Lao observó cómo la malvada boca del bruto se apretaba con rabia.

"Sin embargo", dijo Shang Tsung, "si puedes hablar de ahora en adelante, eres libre de llámalo por su nombre de pila: Goro".

CAPÍTULO ONCE

Si.

Mil *sies* pasaron por el cerebro de Kung Lao cuando el gigante comenzó a moverse. *Si* hubiera tenido la confianza suficiente para traer su amuleto, habría tenido una mejor oportunidad contra el retador. *Si* hubiera aceptado el campeonato sin la bendición, como *lo* permitían las reglas, su honor y quizás su vida no estarían en juego. *Si* hubiera insistido en luchar contra Shang Tsung, como era su derecho, seguramente habría ganado, ya que el otrora maestro de artes marciales se había debilitado.

Si.

Con un rugido que sacudió las llamas de las bocas del dragón de piedra, y pisadas atronadoras que sacudieron el patio mismo, Goro cargó contra su enemigo. Como corresponde a un guerrero-sacerdote de la Orden de la Luz y un campeón de Mortal Kombat, Kung Lao no se detuvo y esperó para recibir su ataque. Corrió hacia su autoritario retador, con un grito desgarrador que salió de algún lugar muy profundo. El grito fue tan sorprendente, tan feroz, que incluso el rostro brutal de Goro mostró sorpresa. Pero eso no lo detuvo. Los dos guerreros continuaron tronando el uno hacia el otro.

Tanto en apariencia de dragón como de humano, la bestia no era tan veloz como Kung Lao, y el campeón sintió que esa sería su única ventaja. En el instante en que Goro estuvo a su alcance, Kung Lao se giró, se apoyó sobre las manos y una rodilla y estiró la otra pierna detrás de él en un esfuerzo por derribar al gigante. En cambio, Goro se inclinó y recibió el ataque con la parte inferior del antebrazo derecho. Su miembro rígido bloqueó la patada mientras sus otros tres brazos alcanzaron a su presa.

Echando un rápido vistazo detrás de él, Kung Lao atrapó una de las manos de Goro con una patada en cucillas, luego se hizo un ovillo y dio un salto mortal hacia atrás entre las anchas piernas del gigante. Levantándose rápidamente detrás de él, el campeón ejecutó una patada alta y la plantó en la parte baja de la espalda de Goro. La multitud vitoreó cuando los brazos del titán volaron hacia arriba y su cabeza voló hacia atrás.

Pero el golpe pareció simplemente enfurecer al leviatán en lugar de hacerle daño; mientras Kung Lao saltaba para intentar conectar una segunda patada rápida, Goro se plantó firmemente sobre una pierna robusta y pateó la otra detrás de él, atrapando a Kung Lao en el camino hacia arriba. La patada tiró al campeón hacia atrás, aunque pudo rodar con ella, dar otra voltereta y caer agachado sobre las piedras del patio.

Volviéndose, Goro cargó de nuevo; esta vez, Kung Lao esperó, luego se dejó caer de espaldas, con los codos doblados hacia arriba y las palmas de las manos apoyadas en el suelo junto a su cabeza.

Empujándose con sus manos, pateó con sus piernas rígidas, clavándolas con fuerza en el abdomen de Goro.

Una pequeña bocanada de aire escapó de la boca abierta del Príncipe, pero Kung Lao sabía, por la masa de músculo que había golpeado, que Goro no había resultado herido por el golpe. Peor aún, antes de que pudiera retraer sus piernas, cuatro manos enormes se cerraron alrededor de ellas desde ambos lados. Levantando a Kung Lao en el aire, dándole la espalda, Goro pateó al maestro de artes marciales con fuerza entre los omoplatos.

El golpe lo dejó sin aliento, y Kung Lao supo que no podía soportar otro. Cuando Goro volvió a patear, Kung Lao sintió la ráfaga de aire y rápidamente se arqueó hacia adelante, se agarró los tobillos y, aún colgando de las manos de Goro, se levantó y pasó por encima del pie extendido. Aprovechando el desequilibrio momentáneo de Goro, Kung Lao tiró de sus pies hacia abajo con fuerza, liberándose del agarre del gigante y cayendo con fuerza sobre la pierna aún extendida del Príncipe.

Goro aulló de dolor, la multitud rugió con aprobación, cuando Kung Lao aterrizó; el sacerdote de la Orden de la Luz usó simultáneamente la pierna como trampolín para saltar y alejarse de Goro. Aterrizó al lado de su enemigo, un poco golpeado pero con los brazos cruzados frente a él, todavía listo para pelear.

El Príncipe se giró hacia él, pero Kung Lao fue rápido y clavó la planta de su pie en la rodilla derecha de Goro. El gigante se dobló, pero nuevamente, estaba la ventaja de esos cuatro poderosos brazos y su extraordinario alcance. Incluso mientras caía, Goro pudo agarrar los brazos de Kung Lao. Goro atrajo al campeón hacia abajo, dejando a Kung Lao sin otra maniobra ofensiva que lanzar una llave de tijera alrededor del cuello de Goro. El habitante de Outworld soltó los brazos de Kung Lao y le quitó las piernas con facilidad, y siguió tirando, como si su víctima fuera la rama seca de un árbol.

Un grito de dolor atravesó la parte interna de los muslos de Kung Lao, y logrando colocar sus brazos debajo de él, se empujó con uno, retorciéndose como un sacacorchos y logrando escapar del agarre de Goro.

El gigante enojado golpeó el suelo con los cuatro puños, en sucesión, y luego alcanzó a Kung Lao, quien en ese momento estaba luchando por pararse sobre piernas que se sentían tan fuertes como cañas de pantano.

Pero lo hizo, y cuando Goro se acercó a él, con la cabeza inclinada y cargando como un animal, Kung Lao dio una voltereta hacia atrás, luego se detuvo mientras aún estaba parado sobre sus manos y de repente se arrojó con los pies por delante hacia el titán. Sus pies aterrizaron en la nuca de Goro, clavando su barbilla en el duro azulejo del símbolo del dragón y brotando sangre verdosa.

Kung Lao se puso de pie, los ojos rojos como el carbón y muy abiertos, y Kung Lao supo que herir a su enemigo sin poder asestar un golpe final había sido un error.

Moviendo la cabeza con furia, Goro giró su cola tan rápido que, si conectaba, Kung Lao sospechó que le rompería la espalda.

Saltando hacia atrás repetidamente, Kung Lao se encontró contra la fila más baja de asientos en el lado sur de la arena. Mientras los espectadores corrían y Kung Lao intentaba evitar el remolino de cabello, Goro lanzó los cuatro puños delante de él. Tres conectaron con la piedra, rompiéndola; el cuarto atrapó a Kung Lao en el hombro izquierdo mientras saltaba hacia un lado para evitar a los otros tres.

El campeón gimió cuando la carne dura y el hueso más duro lo clavaron contra la piedra. Sosteniendo a Kung Lao allí, Goro levantó sus otros tres puños y lo golpeó sin piedad. Aunque Kung Lao fue capaz de apartar la cara de algunos golpes y desviar otros con el lado fuerte de su mano, muchos dieron en el blanco en el torso, el abdomen, las piernas y los hombros.

Con dolores en todas partes, Kung Lao descubrió que sus reflejos se ralentizaban, sus sentidos se adormecían. Aterrizaron más golpes, pero solo sintió el ruido sordo, no el dolor. A través de los ojos empapados de sangre, vio a Shang Tsung parado frente a su trono, observando a su sirviente golpear a Kung Lao, sus propias manos apretadas en puños, ya que aparentemente deseaba que fuera él en lugar de Goro quien administrara el castigo.

"¡Mátalo!" Kung Lao escuchó a alguien gritar. ¿Fue Shang Tsung? "Su corazón...", escuchó. "*Dame su corazón!*"

De repente, los golpes cesaron.

Kung Lao se tambaleó hacia adelante y con un esfuerzo sobrehumano logró mantener los pies debajo de él.

No seas un perro, se dijo. Se quedó allí de pie, con el cuerpo temblando por encima de las rodillas, los brazos levantados en una defensa inútil, los ojos llorosos mirando, los oídos palpitantes escuchando a Goro para moverse de nuevo.

Kung Lao solo pudo distinguir vagamente la forma gigante de bronce frente a él, y los ojos rojos se perdieron por completo en la sangre y el sudor a través de los cuales Kung Lao miraba.

Vio la boca de Goro abrirse de par en par, vio la masa borrosa de crueles dientes blancos.

Blanco sobre oro, pensó Kung Lao mientras la forma de Goro cambiaba y rezumaba a la transpiración y la sangre en los propios ojos de Kung Lao. *Como el amuleto*.

La dualidad extraña y duradera de todas las cosas fue el último pensamiento en la mente de Kung Lao cuando tres de las poderosas manos de Goro lo agarraron y la cuarta se acercó a su pecho, con los dedos extendidos, lista para reclamar su premio, no la bendición de Shang Tsung, sino la bendición. grande y noble corazón del Sumo Sacerdote de la Orden de la Luz....

Casi seiscientas millas de distancia, en una choza junto a un puente de construcción que estaba a punto de terminarse rápidamente, una mujer joven y fuerte observó cómo su esposa daba a luz a su bebé.

Cubierto de sangre, el niño se lamentó cuando la anciana comadrona lo abofeteó. lo tumbó sobre su trasero y sacó los restos de placenta de su boca.

Acostó al bebé en una manta suave y lo dobló alrededor de él, luego le entregó el niño a su madre. La anciana le sonrió a la joven, luego frunció el ceño al padre del bebé.

"Deberías ser abofeteado por haberla traído aquí en esta condición", dijo.

Chan Lao sonrió. "Yo - ¿golpeado? Fue mi esposa quien insistió en venir conmigo mientras trabajo en este puente. Le pedí que se quedara atrás".

"Preguntado", resopló la anciana. "¿Qué pasa con las mujeres jóvenes hoy en día?"

Ella agitó un dedo hacia Chan Lao. "Deberías decirle qué hacer, y ella debería hacer lo que se *le dice*".

"Ese no es el camino en nuestra familia", dijo Mie Lao en voz baja. Besó a su bebé en la oreja húmeda y le echó hacia atrás la cabellera negra. "Siempre nos hemos respetado por igual". Sus ojos encontraron los de su marido.

"¿No dijiste siempre que tu hermano mayor te trataba como a su igual, a pesar de la diferencia en tus años?"

"Tanto en el trabajo como en el juego", comentó Chan Lao, "no había nadie más justo que Kung Lao".

Cuando la partera terminó de limpiar, el joven se acercó a su esposa. Abrazó a Mie ya su hijo.

Mie sonrió. "Yo tenía razón y tú estabas equivocado", dijo. "Tenemos un hijo, Chan. Mi padre todavía está vivo. ¿Podemos llamarlo Wing Lao, como tu padre?"

Chan miró la nueva vida que había ayudado a crear. A pesar de la emoción de ver a su primogénito acurrucado en los brazos de su esposa, Chan sintió un repentino e inexplicable escalofrío.

"¿Te importaría, Mie, si guardamos ese nombre para nuestro segundo hijo?"

"¿Segundo?" Mie se rió. "¿Debes ser siempre el ingeniero, mirando hacia el próximo proyecto?"

"No es eso", dijo Chan. "Pero de repente me siento... obligado por alguna razón a ponerle al niño el nombre de mi hermano".

Las facciones de Mie se oscurecieron. "Pero no lo has visto en quince años. Él salió corriendo para encontrar, ¿qué era de nuevo?"

"Un dios", dijo Chan secamente. "Al menos, eso es lo que dijo mi pobre tía. Ella nunca se recuperó de perderlo y murió un año después de su partida".

"Un dios", dijo Mie. "Quieres ponerle a tu hijo el nombre de alguien que fue lo suficientemente loco como para ir en busca de un dios".

Chan asintió. "Sí. No sé por qué, pero lo sé".

"Si eso es lo que quieras", dijo, "entonces estoy de acuerdo. Llamaremos a nuestro hijo Kung Lao".

Cuando pronunció el nombre, el bebé se calmó.

Y en algún lugar en la distancia, retumbó un trueno.

LA SEGUNDA PARTE

El distrito de Tianjin, China: el presente

CAPÍTULO DOCE

Era una de las historias más idiotas que Kano había escuchado jamás. Tal vez por eso la maldita cosa no tenía sentido, y por qué después de otro largo día de caminata, después de cuatro largos días de caminata, se perdieron en un lugar tan remoto que no parecía ningún lugar.

Mercenario, extorsionador, matón a sueldo y miembro de la temida pandilla Black Dragon, el estadounidense nacido en Japón negó con la cabeza mientras él y su pequeña banda de matones a sueldo se abrían paso a través de los bosques oscuros y la espesa maleza en un frío, región montañosa de China – bosques que estaba seguro de que nada con dos piernas había cruzado desde que Confucio estaba en pañales. Especialmente no el loco que le había dado este mapa cuando contrató a Kano.

Un mapa dibujado por un bebé. Puh-arrendamiento. Tal vez fue dictado por un perro que se enteró por una paloma.

Era estúpido, de acuerdo, pero Kano había escuchado algunos melocotones durante sus treinta y cinco años, treinta de los cuales los había dedicado al crimen. Mientras su equipo se quejaba detrás de él, se entretuvo recordando algunas de las historias. Como la vez que lo enviaron a cobrar algunos préstamos vencidos de una estrella de televisión machista que había atravesado tiempos difíciles.

El departamento de utilería tomó mi dinero en lugar del dinero falso que estábamos usando en la escena, había dicho el actor mientras Kano lo sostenía por las solapas de su chaqueta. *¡Solo dame hasta mañana, lo tendré!*

Kano le dio tres segundos para caer en tiempos más difíciles, lo dejó caer desde la parte superior del Cañón Coldwater a un techo a unos doscientos pies por debajo. ¿Y no lo sabrías? El tipo del tamaño de un héroe aterrizó de tal manera que la casa, uno de esos zancos, cayó por el resto del acantilado, tragándose al actor en una gran nube de escombros y humo. Al día siguiente, los periódicos estaban llenos de "El actor derriba la casa" y "La estrella muere; el postizo sobrevive".

Luego estaba el candidato político que pidió prestado un paquete para ser elegido. Cuando Kano vino a cobrar, la dama dijo que el empleador de Kano tendría que esperar; lo había gastado en una sacerdotisa vudú para asegurar la prosperidad de su distrito. Kano la dejó vivir porque era una dama, pero se llevó la pintura de James McNeill Whistler que colgaba en su oficina. A su jefe le gustó el retrato del perro de alguien, Cerberus, y todos estaban felices, excepto la señora, que fue acusada de robar y fue expulsada de su cargo. Lo gracioso fue que su distrito terminó *muy* próspero.

Pero esta historia... esta se llevó el premio Nutburger of the Year. Hace mil quinientos años, un bebé que apenas puede pronunciar dos palabras se mete el dedo en un

cuenco lleno de tinta que su padre está usando para dibujar una presa o lo que sea que es esa cosa debajo del mapa. El niño se aleja, y cuando el padre regresa de ir al baño o lo que sea que haya estado haciendo, ve el mapa todo terminado... en este mismo trozo de piel de cabra. Y entonces *realmente* se puso raro. El padre estaba convencido de que el mapa fue dictado al bebé por un hombre muerto, y toda la familia sale a buscar lo que sea que haya sido marcado con una pequeña huella dactilar en lo alto de esta apestosa montaña. Nadie sabe qué les sucedió o cómo el mapa llegó a manos del tipo que contrató a Kano. Pero el viejo, Shang Tsung, le pagó dos millones de dólares por adelantado, entonces, ¿quién era él para decir: "No... tu historia es de 'Expediente X'".

Kano frunció el ceño cuando uno de los cuatro hombres y una mujer detrás de él comenzaron a quejarse de que había pisado una especie de carne de cabra.

"¡Oye!" dijo Kano, volviendo su rostro canoso hacia el hombre. "¡Cállate! Odio escuchar ladridos cuando estoy pensando".

"¿Como si tu pensamiento nos estuviera haciendo algún bien?" el joven bajito y de pelo largo replicó.

Los músculos de Kano se tensaron bajo su cazadora blanca. "¿Qué quieres decir con eso?"

"Quiero decir, jefe", dijo Moriarty, "¿podríamos estar más perdidos de lo que estamos?"

La frase no había salido del todo de la boca del hombre cuando Kano giró y, con un grito, le lanzó una patada giratoria a la mandíbula. Moriarty apenas lo evitó arqueando la espalda, moviendo los brazos como un molinete mientras trataba desesperadamente de mantener el equilibrio en la pendiente pronunciada. Kano aterrizó y simplemente lo miró mientras luchaba. El ojo izquierdo del jefe, el marrón normal, estaba enojado, pero su ojo derecho, el ojo artificial de visión infrarroja que estaba sujeto por una placa frontal de metal, brillaba con furia.

Uno de los compañeros de Moriarty, Michael Schneider, finalmente extendió una pata peluda, lo agarró por la parte delantera de su sudadera *Jet Li* sudorosa y cubierta de manchas de comida y tiró de él hacia atrás.

"Gracias, Schnides", dijo Moriarty, mirando hacia atrás a la gota. Si se hubiera caído, se habría deslizado a través de unas doscientas yardas de bosque y luego habría caído de un acantilado al río.

"Ni lo menciones", dijo Schneider con anteojos, que se estaba quedando calvo salvo por una cola de caballo corta y gris. "Solo recuerda que me lo debes, es todo."

"No lo olvidaré", dijo Moriarty. "A diferencia de algunos bromistas, conozco la disposición del terreno".

Kano todavía le estaba echando el ojo caliente a su hombre. Sus manos eran puños apretados, e incluso su rapado castaño y su barba de dos días parecían erizarse. "Si eso estaba destinado a ser un comentario de despedida", dijo Kano, "lo escupo. Y la próxima vez que intentes decirme qué hacer, Moriarty, golpearé tu cabeza chata en el próximo Día de la Raza". ¿Lo tengo?"

"Sí, claro", murmuró Moriarty. La carabina M44 se le había resbalado

hombro a su codo. Después de volver a engancharla y comprobar la ametralladora Sterling MK4 que colgaba de la otra, le devolvió la mirada a Kano. "Pero no tenías que hacer eso, maldito cíclope. No estaba mintiendo. Estamos *perdidos*, ¿no?"

"Puedes apostar", coincidió Kano, "pero es culpa de este mapa de mala muerte, no mía. No vi a nadie aquí discutiendo cuando dije que vendríamos por aquí. Todos miraron este trapo". Sacudió el mapa. "Tampoco tenía sentido para ninguno de ustedes. Y no, idiota, no *necesitaba* dar un golpe. Lo hice porque *quería*. Me gustó verte hacer tu pequeña cosa de aeróbicos" . ."

"¿Sí?" dijo Moriarty. Dio unos pasos hacia adelante y miró a los ojos humanos de Kano. "Bueno, puede que seamos hermanos Black Dragon y todo eso, pero si intentas ponerme el pie encima otra vez, será mejor que lo hagas. De lo contrario, iré hacia ti".

"¿Eres un tipo duro?" Kano gritó. Metió el mapa en el cinturón de sus jeans. "Ven a mí, entonces. Manos o espadas, lo que quieras. Veamos si eres lo suficientemente Dragón Negro como para enfrentarte a tu líder".

Antes de que Moriarty tuviera la oportunidad de moverse, el asesino de ojos rojos lanzó una patada de aire alta y salvaje en el hombro derecho, muy consciente de que Moriarty era zurdo y no quería lastimarse la mano con el gatillo. Este lugar estaba tan lejos de cualquier tipo de civilización que Kano pensó que tendría que encontrar un Yeti para reemplazar a Moriarty.

A diferencia de la patada anterior, esta golpeó a Moriarty, quien golpeó el suelo y se deslizó cuesta abajo por varios metros en su mochila.

"¡Apestoso hijo de un piojo!" gruñó, luchando para tratar de alcanzar el MK4 que estaba debajo de él.

"¡No!" Kano gritó mientras saltaba por la pendiente y aterrizaba con la pierna doblada a la altura de la rodilla, el dedo del pie apuntando bajo la mandíbula del mercenario. "No, a menos que quieras que practique tiros de campo con tu cabeza".

Kano sintió un pinchazo en la nuca. "Si lo intentas", una mujer voz dijo: "haremos el saque inicial con *tu* cabeza".

Kano puso los ojos en blanco hacia Gilda Stahl. La escultural ex bailarina de ballet de cabello rubio de los EE. UU. tenía la punta de su cuchillo de caza de nueve pulgadas presionada contra su carne. Había escuchado, del hombre que la recomendó para este trabajo, que ella podría cumplir su promesa: el tipo dijo que la había visto una vez decapitar a un enemigo con un solo golpe de esta misma hoja, y patear su todavía sangrando. cabeza unas notables setenta yardas.

"Retrocede, Gilly", dijo Kano con cautela. "Esto no es asunto tuyo".

"Tienes razón", dijo ella, su voz firme, sus grandes ojos marrones con desaprobación. "Pero encontrar ese amuleto, llevarte a la isla y cobrar el pago es asunto mío, y tú y tu compañero de juegos están retrasando el trabajo".

"Estoy defendiendo mi honor".

Gilda resopló. "Su señoría está en la misma carpeta de archivos con su buena apariencia

y su doctorado cerebro, el que está marcado como 'ilusiones'".

"Cuidado, ladykins. Ahora *están* jugando con mi honor—"

"Ooooo", susurró, "¿cómo me atrevo? Entonces, ¿por qué no lo exculpas? O mejor aún, ¿por qué no intentas deletrear excusar?" Giró la hoja para que descansara longitudinalmente contra la nuca de él, luego se inclinó más cerca hasta que sus labios carnosos estuvieron justo al lado de su oreja. Podía sentir su aliento caliente en su carne cuando dijo: "Admítelo, gran chico malo... Solo te gusta pelear".

"Sí," siseó. "Me gusta pelear". Sus cejas bajaron con severidad, estrechando el brillo del ojo artificial. La mezcla de luz natural e infrarroja que entraba en su cerebro lo hacía sentir como un hombre tigre, y sus garras ansiaban atacar. "Me gusta mucho."

"Entonces sigue un consejo", susurró Gilda, sus labios más cerca de su oído ahora, el cuchillo moviéndose a lo largo de su mandíbula y alrededor de su garganta. "Hazlo en tu propio tiempo, cuando no estemos trabajando. Recuerda, Kano, a las mujeres no les gustan los hombres que no son caballeros... y profesionales".

Kano tragó saliva, sintió el filo del cuchillo presionando contra su manzana de Adán. Miró a Moriarty. La punta de metal de la bota de Kano aún apuntaba a la suave carne debajo de la barbilla del matón.

"Muy bien", dijo, de mala gana bajando el pie. "Levántate, cerebro de natillas".

Kano se dio la vuelta, y después de ofrecerle su mano al hombre caído y ayudarlo levantado, Gilda se reincorporó al grupo.

"¡Gilly!" Kano la llamó.

Se detuvo y giró la espalda hasta la mitad. Sus elegantes medias verdes brillaban bajo el sol poniente, un contraste dramático con su chaqueta de cuero desgastada por el clima.

"No creas que solo porque eres una dama, no te aceptaré", advirtió Kano. "Me sacaste un cuchillo. No lo olvidaré".

"Bien", dijo Gilda, y siguió caminando. "Eso significa que no tendré que hacerlo de nuevo".

¡Huss bocazas! pensó Kano, decidido a darle una lección, aunque no aquí, y no ahora. Ya tenía a Moriarty y Schneider listos para volverse contra él, y no quería tentar su suerte. Senny y Woo podrían tener la cabeza dura para hacer los cálculos y unirse a ellos para llevarse la parte del león.

Sacando el mapa de su cinturón, Kano continuó cuesta arriba, preguntándose cómo se había metido en esta situación. Controlar a los miembros de la mortífera pandilla Black Dragon era bastante difícil en circunstancias normales, pero mantenerse al tanto de esta mezcla de Black Dragon y mentes de melón era casi imposible. El más confiable de los miembros de la pandilla con sede en Asia no había querido unirse a Kano, sintiendo que la historia probablemente era un montón de tonterías y que no solo nunca encontraría el amuleto, sino que probablemente

no viviría para cobrar la masa que Shang Tsung le había prometido al entregarle la gema. Por supuesto, ninguno de ellos sabía que la cantidad era de tres millones de dólares, o podrían haber pensado diferente.

Pero Kano le había creído al emisario de Tsung, el gigante que había acudido a él a su apartamento en Hong Kong. Ni siquiera Kano tenía los muchachos para decirle a un tipo con gabardina que medía más de ocho pies de alto y parecía una iguana que estaba lleno de tonterías, con su tontería sobre el sol y la luna ocultos, sobre los barqueros que estarían esperando en este pueblo en el Mar de China Oriental, sobre la isla cubierta de niebla y un maestro al que no le gustaba ser decepcionado.

Además, Kano solo se quedaba en Hong Kong porque no tenía dinero para ir a ningún otro lado. Lo habían deportado tanto de Japón como de los Estados Unidos, y lo buscaban en otros treinta y cinco países. En este punto, si los marcianos lo hubieran invitado a ayudarlos a conquistar Venus, habría ido, siempre y cuando le pagaran dólares en efectivo.

Aun así, deseaba haber venido aquí con algunos de los clientes habituales con los que estaba acostumbrado a trabajar. Fei-Hung, el maestro borracho de Corea. Connor, el espadachín de Escocia. Esos eran profesionales. Schneider y Moriarty eran recién llegados, operadores de poca monta que eran amigos de uno de los líderes de la Sociedad del Dragón Negro. Entraron sin tener que probarse a sí mismos en un gran trabajo en solitario, y esta fue su primera asignación. Kano estaba empezando a pensar que eran grandes perdedores.

Los otros dos hombres del grupo eran profesionales experimentados, aunque Kano sintió que Jim Woo era *demasiado* experimentado para su gusto. Woo, un exguardaespalda de Beijing que solía trabajar para Mao Zedong y pasó de un trabajo a otro después de la muerte del líder, ya pasó la edad de jubilación. Aunque su entusiasmo era sorprendentemente alto, sus reflejos estaban a mitad de camino en el contenedor de basura. Si no fuera por su precisión con las estrellas arrojadizas y su habilidad para enrollar un periódico tan apretado que se convertía en un cuchillo pasable, además del hecho de que nadie se había apresurado a unirse a Kano en su pequeña aventura, Woo no habría estado allí. .

Senmenjo-ni era una tetera diferente, un tipo sin experiencia en el campo y sin habilidades físicas. Un ex banquero, un gran empleado de escritorio, "Senny" había cometido el error de unirse a la fiebre del oro cuando la codicia se convirtió en la palabra clave en la década de 1980. Se quemó gravemente con el uso de información privilegiada y solo pudo mantenerse fuera de la cárcel al aceptar convertirse en contador de Black Dragons. Todo lo que aportó a esta fiesta en particular fue la capacidad de hablar unos veinte millones de idiomas, globos oculares tan afilados como los dientes de un tiburón y el hecho de que estaba dispuesto a llevar más de lo que le correspondía de los suministros que necesitaban. De lo contrario, era el Sr. Inútil.

Y luego estaba Gilly.

Kano la había encontrado a través de un agente doble, un policía de Hong Kong que estaba en la nómina de la rama china de la Sociedad del Dragón Negro. Él

lawdude dijo que ella era genial, y tenía razón, aunque Kano tenía serias reservas acerca de enfrentarse a ella. Había trabajado con una mujer una vez antes, lo cual era demasiado. Después de que él y Libby "Libertador" Hall secuestraran a un periodista boliviano que estaba persiguiendo a unos grandes lavadores de dinero en La Paz, Kano había tratado de darle a ella el cuarenta por ciento del día de pago y quedarse con el sesenta por ciento para él. Más o menos como lo que estaba haciendo ahora, solo que más generoso porque le *gustaba* la linda rubia. Demonios, pensó, ella era una chica de veintidós años que estaba empezando, y él era un veterano.

Cuando trató de engañarla por la diferencia del diez por ciento, casi perdió el uso del ojo original que le quedaba. Juró que nunca volvería a trabajar con una dama, porque no razonaban contigo cuando tenías un desacuerdo: simplemente te metían un pulgar de uñas largas en el ojo. Por otro lado, tenía que admitir que Libby había sido una de las compañeras más confiables que había tenido, y tenía la sensación de que Gilly, aquí, era igual.

Kano ciertamente confiaba en ella más de lo que confiaba en lo que le había dicho el gran idiota. Aldea Chu-jung... Monte Ifukube. Nombres que no se habían usado en diez siglos, y solo las interpretaciones de ese tipo de dos metros y medio de altura de otros puntos de referencia para guiarlos. *¿Por qué ese bebé apestoso no puso algunos puntos de referencia útiles aquí?*

Una parte de Kano pensó que debería haber seguido sus instintos iniciales: tomar los dos millones de dólares y comprarse una isla en alguna parte. Pero aunque el tipo alto no había dicho tanto, Kano sabía que un día las orejas de lagarto habrían salido de las olas y tratarían de romperlo como un hueso de la suerte. Mejor hacer lo que le pagaron, juntar cinco millones, pagar a cada uno de los otros Dragones Negros doscientos mil y usar los cuatro millones que quedaban para comprar una isla más grande.

No pudo evitar preguntarse qué haría Gilly si alguna vez descubriera cuánto le pagaban *realmente*. No es que importara. Ella no lo haría... e incluso si lo hiciera, él siempre podría volver a ese Doc Rotwang en Munich y obtener una nueva oreja o mano o lo que sea. Todavía podría comprar una bonita isla por tres millones

"¡Jefe!"

Senny se había apresurado detrás de Kano y le tocó el hombro.

Las manos de Kano se dispararon hacia las dagas gemelas con mango de perlas que llevaba en vainas en su cinturón; en el espacio de un latido, el asesino se dio la vuelta y los cruzó bajo la barbilla del ex banquero bajo y de cara redonda.

"¡No no!" Senmenjo-ni gritó. "No me hagas daño. Veo algo". Él señaló con un dedo tembloroso hacia la parte superior de la elevación. "¡Allí arriba!"

Kano hizo girar los cuchillos y los dejó caer de nuevo en sus fundas mientras se giraba. Entrecerrando los ojos hacia el sol poniente, vio algo que lo hizo sonreír... si la expresión torcida y de dientes astillados en la mitad inferior de su cara

podría llamarse una sonrisa.

"Vamos", dijo, apresurándose por delante. Huelo buenas noticias.

CAPÍTULO TRECE

"Goro", dijo Shang Tsung mientras se deslizaba por el suelo del palacio. comedor. "¿Ha tenido el barquero alguna palabra de tu hombre Kano?" "No", dijo el gigante, su voz retumbando como un fondo A fortissimo en el piano. "Y Kano no era *mi* hombre, Maestro Shang. Era *un* hombre... el único hombre".

"Esto me preocupa", dijo Shang Tsung cuando una figura encapuchada sacó su silla adornada de oro y marfil. El maestro de Mortal Kombat se sentó, su delgada cabeza moviéndose lentamente de lado a lado. Han pasado cinco días.

"Esperaba que les llevara al menos ese tiempo encontrar el pueblo ancestral de Kung Lao", dijo Goro, "si es que todavía existe. Dijo que enviaría un mensajero cuando supiera, con certeza, que lo había encontrado". ."

"El sherpa dijo que el pueblo existe", señaló Shang Tsung, "aunque ahora tiene otro nombre".

"El sherpa", dijo Goro, "habría dicho cualquier cosa para salvarse".

"Le creí", dijo Shang Tsung. "El hombre era demasiado estúpido para mentir". Apoyó sus manos huesudas en los brazos de la silla, las mangas de su túnica verde y dorada ricamente bordada llegaban casi hasta el suelo. "Al menos cinco días para encontrar la aldea", suspiró Shang Tsung, "y luego más días, quizás semanas de búsqueda para encontrar la montaña. Después de mil quinientos años de búsqueda y preguntas, Goro, ¿por qué estos últimos días son tan interminables?"

"Porque el premio está muy cerca", respondió Goro con su voz de violín. Se dejó caer en una gran silla de hierro al final de la larga mesa de nudos. "Siempre es el camino. En la batalla en el Outworld, nunca lamenté al enemigo que se me escapó por días, solo por los que me eludieron por minutos. En el amor, siempre extrañé a mis hembras más cuando estaba a punto de verlas". cuando los dejé".

"Puede que tengas razón", dijo Shang Tsung. "Dime otra vez por qué Kano fue el mejor hombre para este trabajo, por qué no pudimos conseguir al hombre que quería".

Goro metió la mano en la más pequeña de las dos jaulas de bambú que tenía delante, sacó un pequeño sapo córneo que luchaba y se metió la cabeza en la boca. Mordió. "Porque el hombre que querías, Sub-Zero de los ninjas Lin Kuei, no estaba disponible".

"Lo sé", dijo Shang Tsung, su voz aflautada impaciente. "¿Por qué no estaba disponible?"

Goro usó un dedo grueso para empujar el resto del sapo córneo dentro de su boca, y después de sacudir la jaula para ver qué más había allí, cavó a través de una capa de serpientes de liga para sacar un tritón. "Porque mató a un asesino llamado Scorpion y se escondió. Nadie sabe dónde

en China lo es, ni siquiera otros miembros de Lin Kuei".

Shang Tsung negó con la cabeza. "¿Pero estás seguro del pedigree de este otro hombre, este Kano?"

Goro se comió una de las serpientes y asintió. "Cuando no pude encontrar a Sub-Zero, me enteré de que tanto las Fuerzas Especiales de EE. UU. como la benevolente Sociedad del Loto Blanco lo estaban buscando. Necesitaba el dinero, pero, lo que es más importante, necesitaba el desafío. Me recordó a Kintaro, un líder de mi ejército en el Outworld. Le gustaría pelear por una paga, pero si no hay paga disponible, le gusta pelear igual". La lengua bífida de Goro jugaba con sus finos labios.

"Estas serpientes importadas son buenas".

"Y esta sociedad a la que pertenece", dijo Shang Tsung, "¿el Dragón Negro?"

Goro se metió una segunda serpiente en la boca y sorbió a la larga criatura verde. Apartó la jaula de aperitivos con la parte superior de los brazos, tiró de la jaula más grande de platos principales con las dos extremidades inferiores y echó hacia atrás la tapa. Sus ojos rojos se abrieron con anticipación mientras estudiaba el contenido. Sus ojos se posaron en una lagartija de cuentas mexicana y metió la mano derecha en la jaula.

"Son un grupo que se formó en Tokio después de lo que se llama la Segunda Guerra Mundial", dijo Goro. "Kano tenía solo cinco años cuando lo encontraron, un huérfano que robaba tanto a los soldados estadounidenses como a los nativos. Tuvo la suerte de robarle a uno de los miembros, quien admiraba sus habilidades y lo acogieron".

"Y dicen que es un mundo cruel", dijo Shang Tsung. Miró hacia el pórtico y en las colinas que rodaban hacia la playa de su isla.

La vista no se veía diferente a la de quince siglos antes, cuando él y Goro habían venido aquí para brindar por la muerte de Kung Lao. Tampoco él y Goro se veían diferentes. En lugar de celebrarse todos los años, los torneos de Mortal Kombat ahora se celebraban una vez cada generación, de acuerdo con el diferente marco de tiempo que existía en el Outworld. La cadena ininterrumpida de triunfos de Goro había hecho posible que ambos mantuvieran la misma edad que tenían el día en que el corazón y el alma de Kung Lao fueron arrancados de su cuerpo y enviados a través del portal a Shao Kahn.

Si hubiera alguna manera de recuperar los fragmentos perdidos de mi propia alma, pensó Shang Tsung. Pero trató de no pensar así. Lo que se había perdido estaba irremediablemente perdido, aunque el amuleto lo compensaría en gran medida, si pudiera localizarse.

"Pero haremos de este un mundo mejor, Goro", dijo Shang Tsung. "Con las almas que has recolectado a lo largo de los años de victorias en Mortal Kombat, tenemos casi lo suficiente para abrir el Outworld y permitir que Shao Kahn cruce". Observó al gigante shokanita mientras se daba un festín con un reptil vivo. Aunque la criatura venenosa mordió a Goro antes de que el gigante lograra partirlo por la mitad, el

Outworlder era inmune a su veneno. "Una vez que el Señor de las Tinieblas haya venido aquí con sus hordas de demonios y furias, reconstruirá este lamentable lugar. Y cuando lo haga, también nos haremos valer. Tú con la ayuda de Kintaro y tu ejército de Salinas... Yo con el amuleto". Los ojos oscuros de Shang Tsung se entrecerraron. "Suponiendo que este tonto pueda encontrarlo".

"Lo encontraré", dijo Goro alrededor de un monstruo de Gila que se había metido entero en la boca. "Él sabe que si falla, no habrá *forma* de esconderse. A diferencia de los humanos que lo buscan, yo lo encontraré".

Shang Tsung levantó la tapa de metal de su propio plato, levantó sus palillos de marfil y comenzó a picotear los trozos de cabra asada que flotaban en un estofado. Seleccionó un trozo pequeño y masticó lentamente mientras pensaba en el sherpa que había encontrado el mapa en las montañas y se lo había vendido a uno de los combatientes en el Mortal Kombat más reciente, un estadounidense que pensó que recuperaría un buen precio. en los Estados Unidos y se había negado a vendérselo a su anfitrión. Los restos del estadounidense aún yacían en los tres lugares de la playa donde aterrizaron cuando Goro los arrojó desde aquí; yacían justo al lado del torso sin miembros del sherpa, que fue encontrado, traído aquí, y no recordaba dónde había descubierto el mapa.

El viejo yak, pensó Shang Tsung. *Pasaba demasiado tiempo fumando hierbas y no prestaba suficiente atención a lo que sucedía a su alrededor*. Ese tipo de estilo de vida cambiaría cuando Shao Kahn gobernara, con Shang Tsung y Goro a su lado. No habría holgazanería... La gente se vería obligada a construir, estudiar y servir. Y si no lo hacían, serían desollados vivos y asados.

Shang Tsung no tenía apetito, pero se obligó a comer mientras contemplaba el futuro y esperaba el barco que le traería a Kano y el amuleto...

CAPÍTULO CATORCE

Tan pronto como los vio, el pastor dejó su rebaño y corrió hacia el pueblo, sus piernas se agitaban locamente, los brazos se agitaban, la voz estridente.

"¡Maestro Lao!" Chin Chin resolló. "¡Maestro Lao, ven rápido!"

La mayoría de los aldeanos estaban en sus casas, cenando tranquilamente, y escucharon al niño que siempre llegaba tarde trayendo sus ovejas, esta noche, lamentablemente. Porque si él no hubiera estado de pie en la elevación, el camino de los viajeros nunca se habría cruzado con el suyo, y los cinco hombres y una mujer de aspecto cruel no habrían estado subiendo la colina, hacia el pueblo, justo. ahora.

"¡Maestro Lao! ¡Por favor, ven!"

El niño medio corrió, medio tropezó con el largo dobladillo de su abrigo de piel de cerdo mientras pasaba por las cabañas, algunas de madera, otras de paja, algunas de ladrillo, hacia el templo cerca de la plaza del pueblo. .

Cuando llegó a la gran puerta de bronce del antiguo edificio, salió un hombre de compleción poderosa con una larga coleta de cabello negro y una fina túnica blanca.

Aunque tenía una expresión de preocupación, el hombre no parecía ansioso. Sus ojos castaños claros no parecían mostrar pánico, miedo ni nada más que la calma sobrenatural que había en ellos al mirar al chico.

"¿Qué pasa, joven Chin?" preguntó el hombre, su voz suave pero firme.

Sin aliento y con los ojos muy abiertos, el chico agitó un brazo rígido detrás de él.

"¡Vienen extraños, sacerdote Kung Lao! ¡Vienen extraños de aspecto malvado por nuestra colina!"

"No es *nuestra* colina, hijo mío", dijo el sacerdote. "Pertenece a quien lo usa.

Y las apariencias pueden ser engañosas", dijo, palmeando al joven en el hombro. "Pero ven. Vayamos a saludar a los visitantes, y encontremos a tu rebaño antes de que se extravíe nuevamente".

Cerrando la puerta del Templo de la Orden de la Luz y haciendo señas a la gente para que regresara a sus hogares, el alto sacerdote descalzo siguió al niño en la luz del crepúsculo que se desvanecía rápidamente por el camino de tierra hasta el pequeño pueblo.

Casi un cuarto de milla de matorrales y rocas se extendía entre el borde del pueblo y el borde de la elevación. Kung Lao y el niño se encontraron con los recién llegados a mitad de camino, el sacerdote inclinándose mientras Kano avanzaba pesadamente.

"Bienvenido", dijo el sumo sacerdote, inclinándose profundamente. "Mi nombre es Kung Lao".

Kano miró al hombre de arriba abajo. "¿No tienes frío?" preguntó mientras se golpeaba con el brazo. "Me estoy congelando, y tengo ropa debajo de esta chaqueta".

"Hay un fuego en la chimenea del templo", dijo Kung Lao, estirando un

mano detrás de él, "y caldo tibio en el caldero. Están todos invitados a compartir ambos".

"Un caldero", murmuró Moriarty. "Pensé que solo las brujas tenían esos".

"Shaddup", dijo Kano con la comisura de su boca. "¿Dónde están tus modales?"

"El mismo lugar que tu sentido de la orientación", se quejó Moriarty.

"¿Qué dirías?" Kano le lanzó una mirada. Vio a Gilda de pie entre ellos, su mano en la empuñadura de su espada, y su mirada se suavizó.

"Sacerdote", dijo Gilda, "aceptamos su oferta, y gracias por su hospitalidad. Si pudieras liderar el camino -"

"Con mucho gusto", dijo Kung Lao. "Es raro que tengamos visitantes aquí, y estoy ansioso por saber del mundo exterior".

"'Rare' es probablemente un eufemismo", dijo Kano, señalando a su equipo hacia adelante mientras el sacerdote se giraba y se dirigía hacia la aldea. El líder de la pandilla le gruñó a Chin Chin, quien aulló y se reunió con Kung Lao, después de haber sido paralizado por el ojo rojo de Kano.

Mientras cruzaban el campo yermo, Senmenjo-ni se apresuró a alcanzar a Kung Lao.

"Señor", dijo el hombre de cuarenta años con cara de sabueso y pelo rojo ralo, "usted acaba de hablar inglés al grupo".

"Sí", dijo Kung Lao. "Además de religión, enseño idiomas a la gente de mi pueblo. Les permite sumergirse en la tradición y las culturas de muchas razas. Todos ustedes lo hablan, ¿no?"

"Lo hacemos", dijo Senny, "pero es inusual escucharlo hablar en las provincias aquí. Por lo general, uno oye hablar de dialectos del cantonés o del mandarín -"

"Yo también hable eso, por supuesto", dijo Kung Lao. "Los idiomas son una de mis pasiones".

"¡Mío también!" dijo el ex contador.

"No el mío", dijo Kano, insertándose entre los dos hombres. "Senny, ve al final de la fila antes de que empieces a cacarear en tibetano o mongol o alguna tontería así. Quiero hablar con el padre, aquí".

Con expresión severa, Senmenjo-ni retrocedió. Después de soplar las manos frías, Kano volvió su rostro desaliñado hacia su anfitrión.

"Entonces," dijo Kano. "¿Cuál es el nombre de este pequeño pueblo tuyo, de todos modos?"

"El nombre actual es Wuhu", dijo Kung Lao.

"Muchos", dijo el sacerdote, "dependiendo de quién gobernara el país en ese momento. Cuando Mao vivía, éramos Dzedungu. Antes de que llegara al poder, nuestro pueblo era conocido como Tekkamaki".

"¿Alguna vez has oído hablar de un lugar llamado Chu-jung?" preguntó Kano.

"Lo tengo", sonrió Kung Lao. "Ese era el nombre que tenía nuestro pueblo cuando se fundó por primera vez, allá por el año 300 d. C. ".

El rostro agrio de Kano parecía como si hubiera sido salpicado por la luz del sol. "Estás bromeando".

"No", dijo Kung Lao.

"Por Dios", dijo Kano, mirando a su equipo y dándoles dos pulgares hacia arriba. "Vinimos aquí con la esperanza de obtener indicaciones para llegar a Chu-jung... ¡no para encontrar el lugar en realidad!"

"Bueno", dijo Kung Lao cuando entraron en el pueblo, "en realidad has Lo encontrado. ¿Puedo preguntar por qué estabas tan interesado en venir aquí?"

"Puedes", dijo Kano. Sacó el mapa de su cinturón, se lo entregó a Kung Lao. "Tiene que ver con este tipo de mapa ridículo-"

"Lo siento", dijo Kung Lao, entrecerrando los ojos ante la piel de cabra, "pero está bastante oscuro aquí".

"Oh sí." Kano chasqueó los dedos detrás de él. "Linterna, Senny. Olvidé, Kung-fu, que no todo el mundo tiene un observador infrarrojo".

Senmenjo-ni corrió con una pequeña linterna y Kano la encendió. Giró el cono de luz amarilla hacia el mapa.

"Mira", dijo Kano, señalando con su dedo meñique, "esta pequeña mancha aquí es Chu-jung. Así que somos nosotros. Ahora aquí", su uña mugrienta trazó un curso hacia una huella dactilar de tinta descolorida, "es donde estamos". Se suponía que debía encontrar una baratija de algún tipo. Eso es lo que quiere el tipo que me contrató. Lo que necesito saber es exactamente dónde está esta huella digital. Qué montaña, quiero decir. O tal vez es una cueva. Quién diablos sabe, es lo que estoy diciendo-"

Kung Lao negó con la cabeza. "Es un misterio para mí. La cordillera es grande. Hay muchas montañas y muchas más cuevas".

"Pero Maestro Lao", dijo el pastor, mirando, "dice que este es el monte. Está lloviendo. "

"¿Tú lo sabes?" preguntó Kano.

El pastor miró del mapa a Kano y luego a Kung Lao. El rostro del maestro, por lo general suave y amable, era inusualmente sombrío. El labio inferior de Chin Chin comenzó a temblar.

"Uh... no", dijo el pastor, retrocediendo varios pasos. "No, señor, no lo hago".

El ojo rojo de Kano se clavó en los asustados ojos verdes del pastor. "Tu poniéndose todo caliente en las mejillas y la frente", dijo. "¿Por qué es eso?

"Estoy enfermo", dijo el niño. "Fiebre-"

"Creo que estás mintiendo".

"¡No!" dijo el pastor. "Estaba equivocado-"

"Él no está mintiendo", interrumpió Kung Lao. "Tu mapa dice que este es el monte. Ifukube. Pero nadie sabe qué montaña es esa. Su identidad ha sido tragada por las arenas del tiempo".

"Muy poético", dijo Kano. Volvió a chasquear los dedos. "¡Moriarty! Al frente y al centro".

El matón tropezó en la creciente oscuridad. "¿Sí?"

"Tú eliges: toma una de tus dos armas, pon el cañón en la nariz del pastor y envíalo al pueblo con los sesos primero".

"Claro", dijo Moriarty mientras balanceaba la carabina M44 de su hombro.

Gilda dio un paso adelante. "Kano, piensa en lo que estás haciendo. Nosotros no los necesito. Podemos encontrarlo nosotros mismos".

"Pon la sangre de nuevo en tu corazón, señora", dijo Kano. "Entonces, el tipo aparece como un tipo grande de Joel Gray *Willkommen*, luego enrolla la alfombra roja. Quiero saber por qué".

"¡Porque tienes un arma en la cabeza del chico!" Dijo Gilda.

"Nah", dijo Kano. "Es más que eso. De todos modos, ¿de qué lado estás?" Los ojos de Kano se movieron hacia Kung Lao. "Bueno, ¿Kung-fu? ¿Ese mapa empieza a parecerte un poco familiar?"

El sacerdote miró a Chin Chin, cuyos ojos eran luna pequeña, grandes y resplandeciente, mientras permanecía inmóvil como una estatua.

"No tienes ni idea de lo que estás haciendo", dijo el sacerdote con voz grave.

"Claro que sí, charlatán", dijo. "Estamos a punto de disminuir la capacidad de China población por un pastorcillo, a menos que empieces a hacer como Rand McNally".

La expresión de Kung Lao era grave. "Has sido enviado por Shang Tsung, ¿no?"

"Esa es información privilegiada", dijo Kano. "Ahora, ¿qué le parece, señor? ¿Nos vas a ayudar o pintamos la ciudad de rojo?

Kung Lao miró de uno a otro de los matones. "Te ayudaré", dijo, "pero te aseguro que lo que sea que esperes obtener de Shang Tsung y su monstruo Goro, te decepcionará".

Kano tomó el mapa de Kung Lao y lo dobló bajo su cinturón. "Me preocuparé por todo ese jazz. Solo preocúpate por encontrar algunas direcciones y empacarnos a todos algo de comida: tienes algo de guía turístico que hacer".

CAPÍTULO QUINCE

Los imponentes rascacielos brillaban al atardecer.

Las ventanas de las oficinas aún estaban iluminadas, y en las calles de abajo el tráfico se arrastraba y las bocinas sonaban cuando algunos trabajadores abandonaban la gran ciudad. A los costados, empresarios y turistas, compradores y vendedores ambulantes, vagabundos y prósperos, todos se movían en una masa que se retorcía como un fractal.

Y luego, un solo relámpago atravesó el cielo nublado, más rápido, más grande y más duradero que cualquiera que la gente haya visto jamás. Un instante después, el trueno retumbó a través de los profundos valles de piedra y acero de la ciudad, llegando incluso a los sótanos y subterráneos de la gran metrópoli.

La gente se quedó quieta por un momento, y como ellos también estaban en silencio escucharon al otro rugir. Provenía del mar, el estremecedor estruendo de un océano que se derramaba sobre sí mismo, una y otra vez, acompañado por el rugido del viento. Los que estaban más cerca del puerto lo vieron primero, las olas casi tocaban las nubes, los feroces vientos arrancaban láminas de espuma de sus crestas, cargueros y petroleros, yates y remolcadores, transatlánticos y veleros sacudidos y girando, uno contra el otro mientras la inundación avanzaba inexorablemente. delantero.

Las aguas a lo largo de la costa desaparecieron cuando fueron succionadas por la ola que embestía, y luego se estrelló contra la ciudad, convirtiendo los ladrillos en polvo, las vigas de acero en Twizzlers, las personas en cadáveres, extinguendo una ciudad y sus suburbios y las vidas de más de diez. un millón de personas-

Liu Kang se despertó sobresaltado. Respiraba pesadamente y sudaba, y miró a su alrededor para orientarse, sus ojos oscuros estaban húmedos de lágrimas.

Otro sueño, pensó. ¿Nunca habrá un final?

Al menos no había gritado. Miró a los otros dos miembros de la Sociedad del Loto Blanco que compartían su tienda. Todavía estaban dormidos, profundamente. No envidiaba mucho a Guy Lai o Wilson Tong en esta vida, no envidiaba a nadie, en realidad, pero deseaba, como ellos, poder pasar una noche sin estos sueños de Armagedón. Sacó una estrella arrojadiza de su cinturón y jugó con ella en una mano como si fuera una moneda. Eso siempre lo calmaba.

Sin embargo, fue a través de los sueños que supo si era necesario y si Entonces, dónde. Eran los medios a través de los cuales los dioses le hablaban.

Si tan solo se dignaran a hablar cada dos noches, pensó Liu Kang.

Se pasó una toalla por la frente, una que guardaba junto a su saco de dormir solo para este propósito. Después de frotarlo a lo largo de las puntas sudorosas de su cabello castaño, Liu presionó un botón de su reloj y la lucecita se encendió: *las diez y media*. Solo había estado dormido durante una hora. No sólo eran más frecuentes los sueños, sino que eran

viniendo más temprano en la noche.

Con un bostezo, se recostó. Sosteniendo su muñeca directamente sobre su cara, presionó un segundo botón. Los 2 comenzaron a brillar, y él sonrió. Era apropiado que esa fuera la dirección en la que se había ido su aliado. Porque formaban un equipo, quizás uno de los dúos más inusuales y atrevidos en la historia de la lucha contra el crimen.

Presionó el botón para apagar el número, luego se puso de lado, todavía sonriendo. Cuando nació en China veinticuatro años antes, hijo del pobre Lee y Lin Kang, nunca se esperó que Liu fuera algo más que un carpintero, como su padre. Pero cuando era niño, quedó fascinado con la Orden de la Luz, y bajo la tutela de un sacerdote paciente y cariñoso llamado Kung Lao, estudió los textos antiguos y aprendió los caminos del bien y la rectitud.

Y luego estaba ese mendigo que lo tomó bajo su protección. Liu Kang nunca les había dicho a sus padres sobre él, porque seguramente no lo habrían aprobado. Pero este mendigo venía al templo todos los días y, en el patio interior oculto, le enseñaba los caminos de las artes marciales.

Kung Lao siempre había esperado que Liu se quedara y se convirtiera en sacerdote, pero el joven tenía otras ideas. En sueños, y en los bocetos gráficos en los que trabajaba para su propio placer, vio a los villanos y las sociedades que hacían de la vida de las personas una agonía, y comenzó a preguntarse si podría haber algo que pudiera hacer para ayudarlos. Armado con sus conocimientos y habilidades, se abrió camino a través del mar hasta los Estados Unidos, donde se unió a la Sociedad del Loto Blanco, una banda de criminales reformados, expatriados chinos y hombres y mujeres pluriempleados de todos los ámbitos de la vida. Su objetivo era trabajar dentro de la ley, pero fuera de los tribunales, para atrapar a los delincuentes con las manos en la masa y asegurarse de que se hiciera justicia. Y aunque Kung Lao expresó públicamente su disgusto porque Liu tomó su conocimiento de Chu-jung, Liu siempre sintió que el maestro estaba secretamente complacido de que estuviera tratando de hacer del mundo un lugar mejor.

Ahora Liu estaba de regreso en China, tras la pista de no uno sino dos de los villanos más notorios del mundo. Uno era Kano, quien finalmente había salido de su escondite y finalmente podría ser atrapado cometiendo algún tipo de acto criminal.

Detener a ese hombre y a los miembros de la Sociedad del Dragón Negro sería un verdadero triunfo. El otro villano&—

Shang Tsung era un asunto completamente diferente. La misteriosa figura vivía en una isla en el Mar de China Oriental, donde se sabía que organizaba un torneo secreto conocido como Mortal Kombat. No había nada ilegal en eso, aunque se rumoreaba que la gente moría durante el concurso. Pero en sueños, en imágenes vagas, Liu había sido advertido de que Shang Tsung era el que estaba detrás de la última aventura de Kano. Lo que estaban planeando era de considerable importancia tanto para la Sociedad del Loto Blanco como para las Fuerzas Especiales de EE. UU., un equipo encubierto de agentes altamente capacitados. Liu *había* descubierto el paradero de Kano, pero no pudo colocar un agente en su equipo de asesinos.

Había un agente que *estaba* a las dos en la esfera del reloj, un agente

cuyo trabajo era asegurarse de que nadie muriera... a menos que fuera uno de los Dragones Negros. Ese agente era un operativo estadounidense con el nombre de Sonya Blade.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Había estado cerca, pero Sonya estaba preparada para actuar. Aunque sus órdenes eran que dejara que Kano la llevara a Shang Tsung, lo habría sacado a él y a Moriarty antes de dejar morir al pastor.

Afortunadamente, Kung Lao había capitulado y la crisis se había evitado. Podría seguir interpretando el papel que había creado para sí misma, el de maestra criminal Gilda Stahl.

Miró los rostros asustados de los aldeanos que miraban desde las ventanas oscuras mientras caminaban por Wuhu, vio cómo temían por el bienestar de Kung Lao, vio lo importante que era para ellos. Se preguntó si había un sentimiento más grande que uno pudiera tener que afectar tantas vidas de una manera tan positiva.

Kung Lao había llevado a la banda al templo, donde les había mostrado una gran biblioteca en el centro de la estructura centenaria. Allí, Kano ató una correa de cuero alrededor del cuello del pastor y luego la ató al cuello de Moriarty, con instrucciones de desperdiciar al niño si Kung Lao hacía algo turbio.

"Si esta operación sale bien", le había dicho Kano al sacerdote, "todos viven. Si no, entonces el maestro de rebaño lo compra dulcemente y algún otro aldeano puede usar la correa. Tenemos una radio aquí para que pueda estar en contacto con quienquiera que deje atrás. ¿Kapish?

Kung Lao dijo que lo entendía y le prometió a Kano que no habría problemas, aunque lo instó nuevamente a considerar detenidamente lo que se proponía hacer.

"Lo que planeas", dijo el sacerdote, "ayudará a convertir a Shang Tsung en el mortal más poderoso de la tierra. Peor que eso, me temo que ayudará a allanar el camino para la llegada de uno de los inmortales más poderosos de la tierra ". –el asqueroso Shao Kahn y sus hordas demoníacas".

"Tomas demasiadas tonterías", respondió Kano, con su perspicacia habitual. "Almeja Levántate y cuéntame sobre el monte Ifukube.

Y luego Kung Lao tomó una linterna y subió una escalera de caracol hasta el balcón de pergaminos que lo rodeaba. Mientras miraba los manuscritos a la vista del líder de la pandilla, el resto se sentó en una estera en el centro del piso, preparándose para comer una comida que trajeron los monjes.

Antes de comer el caldo que le habían servido, Kano había hecho que Chin Chin pruébalo. El chico se llevó el cuenco a los labios y bebió.

"¿Cómo te sientes?" dijo Kano, mirando al muchacho mientras dejaba el tazón.

"Más cálido", admitió el chico. "El caldo está muy caliente".

"No me refiero a eso, rube. Quiero decir, ¿está envenenado?"

"No, señor", dijo el niño.

Kano asintió con la cabeza y tomó el cuenco de cerámica vidriada blanca y sencilla y bebió con ganas.

"A menos que", dijo Chin Chin, "el cocinero usara la raíz de *toireh* de acción lenta , en cuyo caso no lo sabremos hasta mañana".

El ojo rojo de Kano se fijó en el chico como un rayo láser. Dejó de beber. "¿Estás bromeando?"

—No, señor —dijo el chico, verdaderamente asustado—. "M- yo simplemente estoy respondiendo a tu pregunta".

Kano se giró hacia Kung Lao. "Oye, predicador", dijo. "¿Alguno de tus muchachos sería tan estúpido como para tratar de envenenarme?"

Kung Lao dijo: "Aquí enseñamos que, por corrupto que sea el individuo, el asesinato está mal. Dentro de estos muros, no debes temer ningún peligro. No de ninguno de nosotros, ciertamente".

Los ojos del sacerdote parecieron detenerse en Sonya, aunque se preguntó si solo lo había imaginado. No podía saber quién era ella o por qué estaba aquí. Solo Liu Kang y su superior en las Fuerzas Especiales, el Coronel David George, conocían su misión.

Kano consideró lo que había dicho Kung Lao y luego asintió. "Esa es una buena regla. Evita que los pergaminos se perforen con las balas que no alcanzan al cocinero. Estaba listo para salir y hacerme vomitar, no es que esta sopa no sepa como si estuviera envenenada. Con qué está sazonada: yak ¿piel?"

"Pico de faisán", dijo Kung Lao. "Cuando nos vemos obligados a matar la vida para sostener la nuestra, nos aseguramos de que nada se desperdicie. Usamos las plumas para llenar nuestras almohadas, las garras para hacer que la escritura sea imple-"

"Oye, eso es genial", dijo Kano. "Muy interesante. Ahora, ¿qué tal ese mapa del camino a Ifukube?"

"Ya viene", dijo Kung Lao.

Schneider resopló en su caldo. "Suena como una película de Bob Hope", dijo. dicho. "Uno de los que hizo con Bing Crosby y Dorothy Lamour".

"Cálmate, Schnides", siseó Kano. "Deja que el santo moley se concentre en hacer su trabajo".

"No estaba hablando con él-"

"No me importa con *quién* estabas hablando, Schnides. Es una distracción".

"¿Qué tal si *ambos* se callan?", Dijo Moriarty, gritando para ser escuchado por encima de la sonidos del Walkman enchufados en sus oídos. "¡No puedo escuchar mis malditas melodías!"

Kano le disparó puñales oculares y luego a Schneider, pero ambos hombres cayeron. en silencio mientras el líder se llevaba el plato de sopa a los labios.

Mientras los hombres discutían, Sonya se dio cuenta de repente de que el sacerdote la estaba mirando. Y mientras lo hacía, ella pudo sentir que algo pasaba

entre ellos, algo intangible; fuera lo que fuera, sentía como si él estuviera dentro de su cerebro, buscando algo. Y cuando pareció encontrarlo, sus ojos sonrieron y volvió a su pergamo.

"Aquí está", dijo Kung Lao mientras comenzaba a bajar los escalones. "El mapa que solicitaste. El monte Ifukube ahora se conoce como el monte Angilas, llamado así por el arqueólogo que hizo muchas de las excavaciones de las cuevas a principios de este siglo".

"Gracias por la lección de historia", dijo Kano. "¿Por qué no vas a buscarme unos zapatos mientras terminamos de comer? Quiero irme tan pronto como terminemos".

"Pero este no es un camino para recorrer en la oscuridad", dijo Kung Lao. "Hay muchos peligros—"

"No te preocupes", dijo Kano. "Tenemos linternas y muchas armas. Estaremos bien".

Kung Lao dijo: "Los peligros de los que hablo no son todos de este mundo. Tú eres aventurarse en el reino de los dioses".

"Ahora suena como una película de Steve Reeves", dijo Schneider. "O Jasón y los Argonautas. ¿Alguna vez has visto eso?"

"Sí", dijo Kano, "y por una vez, estoy de acuerdo contigo. Avancemos".

Terminando su caldo y levantándose, dijo: "Moriarty, dale a Schnides el MK. Te quedarás aquí con Senny, un yakker de enlace ascendente, la carabina y muchos proyectiles. Cualquier cosa que nos pase, ustedes convierten a Wuhu en un lote de gente usada".

"Te tengo", dijo Moriarty, dándole el arma a Schneider y tomando el teléfono conectado por satélite de Jim Woo.

Kano respiró hondo y miró a Kung Lao. "Nadie está recibiendo nada más joven, monje-maestro. ¿Qué tal si lo sacamos?"

Kung Lao tocó una campana y cuando apareció uno de los monjes, el sacerdote le pidió su sombrero y una bolsa para el pergamo. Cuando el monje trajo los artículos, Kung Lao colocó con cuidado el mapa enrollado dentro de la bolsa de piel de buey y se lo echó al hombro. Se puso la gorra puntiaguda, sonrió benignamente a Chin Chin y luego caminó, todavía descalzo y vestido solo con su bata, hacia el fresco de la noche.

Detrás de él, en fila, estaban Kano, con su cuchillo desenvidado; Schneider, con el M44 bajo el brazo; Jim Woo, con una mochila que contenía el resto de su comida y el segundo los teléfonos, y Sonya Blade, que tenía la mano en el cuchillo con el micrófono electrónico en la empuñadura, y los ojos en el sacerdote, que era mucho más que él. parece ser.

CAPITULO DIECISIETE

"¿Está seguro?" Shang Tsung aulló. ¿Estás *muy* segura, Ruthay?

La voz torturada del regente demoníaco se elevó de la raya circular en el suelo. "Estoy... seguro. Un antiguo enemigo se ha acercado a un nuevo aliado... en sueños. ¡En sueños, Shang Tsung!"

"¿Quién es este antiguo enemigo?" Shang Tsung preguntó, a pesar de que sabía cual sería la respuesta.

El demonio encarcelado durante mucho tiempo se lamentó: "Nuestro enemigo... es el obsceno Thunder Lord Rayden... quien... como nuestro gran Lord *Shao Kahn*... ¡es un hijo del ser original!"

"No puede ser", gruñó Shang Tsung. "¿Por qué ha regresado Rayden después de todos estos años?"

"Me temo, Shang Tsung... ¡que *nunca se fue!* Fue él... quien instruyó a Kung Lao, el primer... fabricante del amuleto que buscas. Siento... *que siempre ha estado entre* nosotros... manipulando eventos... en secreto".

"¿Por qué? ¿Para proteger el amuleto?"

"En parte... ¡sí!"

"¿Por qué no lo destruyó?"

"No puede", dijo Ruthay. "Lo que fue forjado por Dios... y entregado a los mortales... no se puede recuperar..."

Los dedos del mago se cerraron en una bola apretada, y la agitó en el círculo de polvo cubierto de cieno en el suelo del santuario. "No he llegado tan lejos para ser detenido por un mortal... ¡incluso un mortal que es ayudado por una deidad!"

"Entonces debes actuar... contra Liu".

Shang Tsung asintió. Le encantaría encontrar una manera de actuar contra el propio Rayden, pero no se atrevió a entrar en el círculo para consultar con Shao Kahn. No quería enfrentarse a la ira del dios ahora que sabían que el idiota y torpe Kano estaba siendo seguido, y nada menos que por tres miembros de la Sociedad del Loto Blanco: hombres, mujeres e incluso niños que eran maestros de las artes marciales y ninja. . Incluso si enviara a Goro a interceptarlos, eso no era garantía de victoria. El gigante shokanita podría no tener problemas para detener a uno de los miembros del Loto Blanco, pero ¿tres? Para eso, Shang Tsung necesitaría ayuda especial. Ayuda que era astuta y se movía como el avispa, en silencio y

invisible.

"¿Dónde está, Ruthay? ¿Dónde está el único que puede ayudarme?"

Hubo una larga pausa. "Estoy buscando." Entonces, la voz incorpórea dijo: "Lo veo... Shang Tsung. Se está escondiendo".

"¿Dónde?"

"En una cueva... en un acantilado... al norte de Wenzhou".

"Así es como él", dijo Shang Tsung. "Con los honorarios que cobra, él podría vivir en esplendor. Sin embargo, elige una vida de penurias y estudio".

"¡Y la muerte!" dijo Ruthay.

"Sí, la muerte", admitió Shang Tsung. "No seas demasiado dura con él, Ruthay.

Algunas personas merecen morir. Lo llamaré -"

"¡Espera! Ten cuidado, Shang Tsung. ¡Está maldito!"

"¿Maldito? ¿Por quién?"

Ruthay se lamentó: "Por el inmortal Yu".

Shang Tsung sintió que arañas frías subían por su columna. "¿El semidiós Yu?"

"Sí... el que se dice que mora en las cavernas subterráneas de la Montaña Oreja de Caballo... que es sagrada para la diosa Kuan Lin. El que protege los canales... y los túneles... y cuida de todos los que úsalos, humanos y animales".

"¿Qué le hizo nuestro descarado amigo a Yu?"

"Él... mató a un hombre", dijo Ruthay.

"¿Qué hombre?"

"Un cobrador de peaje... uno que había renunciado a una vida delictiva... uno que había sido un pareja del hombre... que... buscas".

"¿Y cómo ese crimen llamó la atención del espíritu de Yu?" preguntó Shang Tsung.

"El hombre fue asesinado... *desripado lentamente con una espada*... ¡mientras los cómplices obligaban a su esposa y a su hijo a mirar! Después de su asesinato... los restos del hombre... ¡fueron arrojados a un canal!"

Shang Tsung levantó una ceja. "¿Eso es todo? ¡Estaba esperando algo realmente terrible!"

"¡Lo fue!" Ruthay chilló. "Cuando se deshizo del cuerpo... de esa manera ... profanó una de las vías fluviales sagradas... ¡de Yu!"

Shang Tsung sonrió ahora. "Entonces definitivamente es el hombre que quiero", dijo.

"Cualquiera que sea lo suficientemente insolente como para insultar a un semidiós no tendrá miedo de atacar a un miembro de la Sociedad del Loto Blanco, o a los dioses que los vigilan. Enviaré a Hamachi, Ruthay. Cuando se acerque a su objetivo, mira a través de sus ojos. y guiarlo!"

"Sí... Shang Tsung..."

Dándose la vuelta y saliendo de la habitación, con su túnica verde y dorada arremolinándose a su alrededor, Shang Tsung subió la escalera de piedra hasta la habitación más alta de la pagoda del sur. Aunque la ira todavía estaba caliente en su rostro, al menos vio una manera de proteger a Kano sin tener que darle a Shao Kahn otra parte de su alma.

Al abrir la puerta, el mago pasó junto a las dos almas encapuchadas que atendían a las numerosas aves en la pajarera del palacio. La mayor parte de la colección de aves de todo el mundo, y sus ornamentadas jaulas de balsa y acero, de

el bambú y el marfil, las ramitas e incluso las cuerdas, eran para el disfrute de Shang Tsung. Se deleitó con los especímenes, que iban desde el ruiseñor común hasta el imponente picogrueso de los pinos, desde el silbido rojizo hasta la gloriosa curruca amarilla, desde el buitre negro hasta el halcón de cola roja.

Pero algunas de las aves se mantuvieron más por motivos prácticos. Sus halcones fueron entrenados para volar al continente y matar con garras de veneno, mientras que sus hermosas palomas blancas fueron entrenadas para llevar mensajes a lugares de todo el este de China.

Dirigiéndose a un pequeño escritorio escondido en una esquina de la cámara de piedra, Shang Tsung encendió una vela, mojó una pluma estilográfica en tinta roja y escribió en caracteres pequeños y apretados en un trozo de papel de arroz:

LIU KANG Y OTROS DOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD DEL LOTO BLANCO ESTÁN ACAMPADAS AL OESTE DE WUHU Y SE DIRIGEN AL ESTE PARA INTERCEPTAR UNA BANDA DE DRAGONES NEGROS. ESTOS INTRUSOS DEBEN SER DETENIDOS. ERES MI ÚLTIMA ESPERANZA. DEVUELVE EL PÁJARO CON UNA FICHA PARA SABER QUE TU HAS IDO TRAS ELLOS.

SHAN TSUNG

Después de terminar el mensaje, el hechicero se acercó a una de las jaulas, sacó con cuidado una paloma, enrolló el papel alrededor de su pata derecha y la fijó allí con un trozo de hilo rojo. Sosteniendo al pájaro con ambas manos, se abrió paso por debajo y alrededor de las muchas jaulas hasta la ventana. Los postigos negros de la ventana estaban cerrados y uno de los sirvientes encapuchados se escabulló, soltó el pestillo y la abrió.

Shang Tsung se inclinó cerca del ave y dijo en voz baja: "Sé que no me fallarás como lo han hecho mis compañeros humanos, devoto Hamachi. Vuela de verdad y lleva mi mensaje urgente a la región que conoces tan bien. Ruthay verá a través de tus ojos". y te guiaré desde allí. Entonces vuelve a mí, mi delicado servidor. Vuelve sano y salvo y pronto, y te ofreceré un sacrificio humano".

Con una última mirada a los ojos de perla negra de su preciado mensajero, Shang Tsung arrojó la paloma por la ventana y observó cómo el pájaro batía sus alas blancas hasta que el cielo estrellado se lo tragó.

"Vuela, mi preciosa. ¡Vuela! ¡Tú que no necesitas los canales, los túneles o el favor del arrogante Yu para cumplir tu misión!"

Cuando el pájaro se fue, el mago se volvió lentamente, atravesó las baldosas negras del pasillo hasta su habitación privada, despidió al asistente encapuchado que le ofreció comida y bebida, y se tumbó sobre sus gruesos almohadones de satén a esperar el amanecer.

Mientras se estiraba y cerraba los ojos cansados, tratando de evitar que su mente exhausta revisara los acontecimientos del largo día, la voz de Ruthay sonó dentro de su cabeza.

"Shang Tsung, ¡debes venir rápido!"

"¿Qué es?" dijo el mago con cansancio.

"Lo veo... ¡Él los espera!"

"¿Quién lo hace? ¿Quién está tratando de interferir conmigo ahora?"

"La voz de Ruthay gritó en su cerebro. "¡Rayden! ¡Rayden espera!"

Shang Tsung se puso de pie en un instante, corriendo hacia el santuario.

Aunque estaba exhausto por el largo día de conspirar y contraconspirar, no se atrevía a permitir que el dios lo detuviera... incluso si eso significaba entrar en el círculo y aprovechar el poder del mismísimo Shao Kahn.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Vivía en una cueva a doscientos pies de altura en la cara de un acantilado junto al mar. La boca de su casa era apenas lo suficientemente ancha para acomodar a un adulto delgado, y solo era accesible escalando la pared de roca, una hazaña que era imposible para la mayoría de los adultos y desalentadora incluso para los pocos arácnidos y marsupiales que lo intentaron.

Tal vez algunos de ellos incluso fueron enviados por Yu, pensó con una sonrisa, pequeños asesinos que me castigarían por haber derramado sangre en su precioso canal. La sonrisa se desvaneció cuando pensó en el asesinato. La sangre de un traidor... uno que hizo el juramento y luego nos dio la espalda. Uno que había tardado dos décadas en encontrar.

El traidor Yong Park había cometido el último crimen: incluso si el mismo Yu se arrastraba hasta la cueva, encontraría al asesino impenitente y dispuesto a matar al antiguo ninja nuevamente.

La cueva estaba ubicada a doscientas millas al sur de la isla de Shimura, aunque aún faltaban horas para el amanecer cuando la paloma llegó. Aterrizando en la boca estrecha, el ave arrulló una vez y luego se detuvo, como había sido entrenado para hacer.

El ninja estaba despierto y junto a él en un instante, agazapado bajo un techo que no le permitía ponerse de pie. Vestido solo con un taparrabos blanco, a pesar del suelo frío y el aire frío de la cueva. Estaba leyendo el mensaje a la luz de la luna un momento después.

Una sonrisa cruzó sus labios, labios tan pálidos y arcillosos que parecían muertos. Sus pequeños y muy estrechos ojos miraban desde el mensaje al pájaro hasta la luz de la luna que iluminaba justo la entrada de su oscura morada.

Pasó el dorso de un dedo índice arriba y abajo del pecho del ave. "Buen Hamachi. Vuelve con tu amo para que sepa que he recibido su mensaje y estoy en camino a cumplir sus órdenes. Por un precio, por supuesto", dijo.

Echó un vistazo a las varias pilas de pergaminos en forma de pirámide en la parte trasera de su cueva. Su pago fue otro manuscrito de la biblioteca de Shang Tsung, uno de los muchos pergaminos que tenían siglos de antigüedad, que se remontaba a los albores de los días del primer *ninjitsu* y que contenía secretos arcanos de la liga de asesinos a la que pertenecía, la temida Lin Kuei.

Se estremeció de orgullo, y ardió con un nuevo odio por Yong Park, al pensar en la rica historia de la raza a la que pertenecía. Formado en el año 1200 d . C., a los *ninjitsu* se les confió la protección de los shogunes en el antiguo Japón. El Lin Kuei era una raza de ninja que se mudó de Japón a China en 1310. Secuestran niños cuando tienen cinco o seis años y

criarlos en cuevas o bosques secretos para que se conviertan en magníficos atletas, grandes eruditos y luchadores sin igual, capaces de usar todas las armas e improvisar armas a partir de objetos comunes como papel enrollado hasta la punta de un cuchillo o arena metida en un calcetín. Entrenaban a los niños, tanto a niños como a niñas, para que fueran maestros en muchos oficios: carpinteros, pescadores, sacerdotes e incluso mendigos, para que pudieran mezclarse y ser útiles en diferentes pueblos mientras viajaban en misiones para sus señores.

Muchos jóvenes murieron durante el entrenamiento: algunos no pudieron contener la respiración durante cinco minutos y se ahogaron, otros no fueron lo suficientemente rápidos para esquivar las armas de los maestros, algunos murieron de hambre o se congelaron o se deshidrataron cuando quedaron varados, desnudos, en desiertos o en cimas de las montañas y se les dijo que regresaran a casa. Pero los que sobrevivieron fueron los Lin Kuei.

Quitando el hilo de un pergamo que Shang Tsung le había dado hace mucho tiempo como pago, el ninja lo colocó en el pico del pájaro, giró suavemente a la paloma blanca y la convenció para que saliera a la noche. Luego, el ninja se deslizó hacia un cofre en un rincón lejano de la cueva, un cofre que había llevado aquí arriba en su espalda; un cofre que contiene todas sus pertenencias mundanas, las herramientas de su oficio.

Abrió el cofre y comenzó a sacar lo que necesitaría para su misión. Se puso las medias negras y la capucha que lo mantendrían abrigado y le permitirían moverse en la sombra. Se puso la máscara plateada que cubría su rostro y garganta y los protegía de cualquier daño. Se puso el cinturón blanco y el chaleco ondulante que le permitía planear, si era necesario, distancias cortas.

Se puso zapatos que tenían bolsas de aire que, cuando se inflaban, le permitían caminar temporalmente sobre el agua, y se ató una armadura que cubría sus antebrazos y el dorso de su mano, placas de plata que le permitían llegar profundamente a su alma muerta y generar olas de frío que congelaron temporalmente a sus oponentes.

Dentro de su cinturón, en bolsillos especialmente cosidos, escondía un par de *shogs kyoketsu*, cada uno de los cuales estaba sujeto a un trozo de cuerda de nailon; bombas de humo y frascos de veneno; un tubo de respiración para viajar bajo el agua; y petardos para crear distracciones. Alrededor de sus muñecas se puso ganchos que podían usarse para empalar a los enemigos o escalar rocas escarpadas, y de su espalda colgaba una cadena y un largo bastón, en cuyo extremo hueco había un cuchillo.

A pesar de sus muchos accesorios, el ninja podía moverse con facilidad y sigilo. Deslizándose hacia la boca de la cueva, el temido y enigmático Sub-Zero salió sigilosamente y descendió rápidamente por la cara del acantilado hasta la playa de abajo.

Cuando llegó a la orilla, aún de pie en las sombras más profundas de la cueva, experimentó algo que nunca antes había sentido: una sensación de pavor. No provenía del trabajo que le habían pedido que hiciera, o del lugar que estaba sirviendo como su hogar temporal. Provenía de algo *ahí fuera...* algo que no podía ver ni oír del todo, pero que podía sentir.

Pero parte de su entrenamiento ninja desde la primera infancia había sido la superación del miedo a través de la sublimación racional. Se tomó un momento para recordarse a sí mismo que lo peor que podía pasar no era morir sino morir con deshonra. Eso nunca sucedería, y como no sucedería, no había nada que temer.

Capaz de llevar el miedo a un lugar donde no le molestara, no interfiriera con su actuación, el ágil Sub-Zero corrió por las arenas plateadas iluminadas por la luna hasta el camino que conduce a los bosques y colinas debajo de Wuhu.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Yong Park flotaba en la más absoluta oscuridad, cómodo y soñador... y muerto. No estaba seguro de si estaba boca abajo o de pie; en la oscuridad no había dirección, sólo la sensación de que se estaba moviendo hacia *alguna parte*. De lo que fuera que estaba hecho, ya fuera espíritu corpóreo, él no podía verlo; se sentía como si fuera parte de la negrura en la que se movía.

El peaje trató de ordenar sus pensamientos. El recuerdo del dolor volvió rápida y fácilmente: el tormento abrasador e insopportable del palo con su cuchillo mientras cortaba... cortaba lentamente desde el interior de su muslo hacia arriba. Hasta su vientre, luego hasta sus costillas antes de que se detuviera.

¿Por qué no había muerto entonces, de inmediato?

Yong Park siempre había tenido tiempo para pensar mientras se sentaba en su pequeño reservado junto al canal centenario. No sabía leer y no había nada más que hacer mientras subía y bajaba la pica y cobraba peajes a los comerciantes, pescadores y viajeros que usaban el canal, dinero que entregó al gobierno local a cambio de su modesto salario de cinco yuane a la semana. No era una vida emocionante ni especialmente gratificante, pero eso era exactamente lo que quería.

Le había dado la espalda a los caminos del ninja para poder tomar una esposa y tener una familia.

De vez en cuando, sus pensamientos eran acerca de la muerte. Cuando era un joven ninja, lleno de vigor y entrenado para pensar solo en el honor, nunca contempló la muerte. Pero más tarde, ¿quién no pensaría en ello cuando se acercara a los treinta, pasando la mediana edad en una tierra donde muy pocas personas vivían hasta los sesenta?

Park siempre había imaginado que la muerte vendría más rápido cuando se derramaba la sangre de uno, que un hombre herido perdería el conocimiento y sentiría muy poco. Incluso cuando era un ninja, le dijeron que el cuerpo entró en estado de shock cuando sufrió una herida grave, un estado que le impedía sentir el dolor en toda su extensión.

Eso estaba mal, tenía que admitirlo. Muy, muy, muy mal.

Cuando el cuchillo había atravesado la carne dentro de su muslo, y la sangre había comenzado a fluir, y había escuchado los gritos de su familia, Park se había dado cuenta de que nada evitaba que uno muriera como un dolor intenso. Por el contrario, lo devolvía a uno a la vida, desde la agonía ardiente de la herida misma, hasta el interior en carne viva de la garganta que gritaba, hasta el odio en el corazón por el que estaba matando.

Bajo cero. Así se llamaba el hombre que lo sujetó en el suelo de la cabina de peaje. Ese era el nombre del monstruo que había sacado a rastras a su esposa e hijo de su choza cercana para ver su carne devastada y su

sangre derramada, para ver sus intestinos y estómago expuestos, todavía vivos, mientras se retorcía y chillaba y moría...

Y ahora estaba a la deriva.

Sabía que había muerto, porque había dejado de respirar. Había sentido el dolor envolverlo y apretarlo y luego dejarlo, aunque eso no fue lo que lo mató: lo arrojaron boca abajo al canal y se ahogó. Era casi cómico, mientras lo pensaba ahora: ser cortado casi por la mitad con una espada, su carne y músculos desgarrados, su sangre y vísceras derramadas por todas partes, y aún así morir ahogado.

Si hubiera estado vivo, se habría reído. Eso, y si no hubiera pensado en su pobre esposa y su hijo adolescente, gritando y llorando mientras miraban. Al menos todavía estaban vivos, ¡pero cómo los marcaría esto por el resto de sus vidas! Especialmente su dulce y maravilloso hijo Tsui, un artista tan sensible... tan cariñoso.

De repente, Yong Park dejó de ir a la deriva. Se sentía ingravido, incapaz de sentirse siquiera a sí mismo, y de repente ya no estaba solo. La oscuridad todavía estaba en todas partes, pero en su mente vio una criatura diferente a cualquiera que hubiera visto o soñado. Tenía el torso musculoso de un hombre, la cabeza de un lobo, la parte inferior del cuerpo de un gato montés, el caparazón de un escarabajo, las patas delanteras de una rana, las patas traseras de un oso y la cola de un escorpión.

Y escuchó una voz.

"Parque Yong".

"¿Sí?" él dijo.

"Soy Yu, dios de los canales y túneles".

"¡Yo, yo sé de ti, Yu! Mi abuela solía contarme historias. ¡Pero eres un mito!"

"Detrás de cada mito hay algo de verdad, y detrás de cada verdad hay más mito. Soy real, Yong Park".

"¿Por qué estás aquí?" preguntó Yong. "¿Por qué estoy aquí?"

"Estás en el limbo entre la vida y la muerte", dijo el semidiós. *"Pero aún no es tiempo de que pases. Hay trabajo que debes hacer".*

"¿Qué trabajo?"

Los ojos caninos de Yu se enfurecieron y sus fauces se retiraron para exponer unos dientes largos y blancos. *"El hombre que te quitó la vida profanó el canal. No solo con tu muerte, Yong Park, sino con la forma en que lo hizo. Arrancó partes de las almas de tu esposa y tu hijo, los dejó vagar por mi curso de agua para siempre. Lo harán".* no conoceremos la paz hasta que hayamos sido vengados".

Al escuchar esas palabras, el espíritu de Yong Park, porque ahora se dio cuenta de que eso era lo que era, sintió que algo de su antiguo fuego ninja regresaba.

"Quiero que regreses", dijo Yu. "Quiero que regreses y me traigas el alma del hombre que te mató".

"¿Cómo voy a hacer eso?" preguntó el parque. "Mi cuerpo fue destruido".

El semidiós se inclinó hacia adelante. *"Tienes un hijo."*

"Sí", dijo Park, "pero él... ¡él es un artista! ¡No tiene entrenamiento en estos asuntos, no tiene habilidades!"

"Es joven y fuerte y tiene la voluntad de vengarte. Con tu espíritu dentro de él, podrá moverse por el espacio en un momento. Sus armas serán los garfios y las púas de aquellos que viven en las vías fluviales. Con nuestra ayuda se convertirá en un artista... de la muerte!"

"¡No!" dijo el parque. "Tsui y mi esposa ya han sufrido bastante. Si él se va, ella no tendrá a nadie..."

"Ella no tendrá a nadie", dijo el semidiós mientras se evaporaba en el oscuridad. "Ella los tendrá a ambos".

Y luego Yong Park se sintió a la deriva de nuevo. Lentamente al principio, y luego más rápido a medida que fue enviado del limbo de vuelta al mundo de los vivos, a un lugar que conocía bien...

CAPÍTULO VEINTE

Observó desde lo alto de un árbol, esperando el momento de revelarse a ellos....

Una niebla baja comenzó a arrastrarse por la hierba del campo mientras Kano, Schneider, Senny y Sonya "Gilly" Blade seguían el brillo de la linterna de Kung Lao.

"¡No te adelantes demasiado!" Kano gritó. "¿Me escuchas, piloto del cielo?"

"Diga, jefe", dijo Schneider, "¿no cree que debería mostrarle al hombre algo de respeto? Quiero decir, él es un sumo sacerdote y todo".

"¿Un sacerdote de qué?" Kano se rió. "¿La Orden de la Luz? Whazzat, como religion lite, ¿no te llena?" Corrió hacia Kung Lao y lo golpeó en el costado con su cuchillo. "Dime, Rey Kung. ¿Qué es exactamente la Orden de la Luz?"

"¿Estás preguntando para burlarte de mí, o porque deseas aprender?"

"¿Qué es para ti?" Kano dijo. Si no me lo dices, te llamaré por radio y pediré a Moriarty que convierta la cabeza de queso de Chin en queso suizo.

Kung Lao negó con la cabeza. "Los fuertes siempre persiguen a los fieles... y siempre pierden, al final. Pero te lo diré, Kano. La Orden de la Luz es una fe de unos veinte siglos de antigüedad".

"¡Eso es dos mil años!" gritó Schneider.

"Gracias, Einstein", gritó Kano en respuesta.

Kung Lao continuó: "Creemos que las luces básicas son el conocimiento, el amor y el arte, y que hay muchas luces menores, que incluyen la experiencia, el sacrificio, la caridad, el trabajo y la negación. Enseñamos que estas luces contribuyen a una vida buena y santa". alma, y que tal alma puede resistir todo mal".

"Así que estás diciendo", dijo Kano, que si Schnides, aquí, te pone un arma en la espalda y apretaste el gatillo, las balas harán que tu corazón se vuelva pegajoso pero no morirás?

"Por supuesto que moriré", dijo Kung Lao. "Pero la muerte no cambia el calidad de vida que ha terminado, ni el legado que habré dejado".

Pero aún estarías más muerto que Abe Lincoln.

"Sí", asintió Kung Lao. "Pero la Orden de la Luz no se preocupa tanto por la vida individual. Más bien, nos interesa la corriente de vidas, el gran desfile de almas humanas que son parte de la vasta alma del dios P'an Ku. Creemos que si todas estas almas se vuelven virtuosas, tal vez la humanidad en su conjunto pueda acercarse a la grandeza que se manifestó en este dios seminal".

"Cielos", dijo Kano. "Lamento haber preguntado".

"Y lamento que no me hayas escuchado", dijo Kung Lao.

Kano retrocedió y caminó junto a Schneider. "¿Ese tipo me acaba de engañar?"

"Creo que te menospreciaste a ti mismo", dijo Schneider, "pero ¿qué sé yo?" Se golpeó un lado de la cabeza con el dedo índice. "Todo en este templo lo aprendí viendo películas. Si Charlton Heston o Victor Mature no lo dijeron, no lo sé".

Kano negó con la cabeza y se dejó caer más atrás. "No me lo creo, Gilly", dijo, caminando junto a la mujer y Jim Woo. "Empiezo a pensar que soy el único cuerdo aquí".

"Eso *da* miedo", dijo, aumentando la velocidad para no perder de vista a Kung Lao cuando entró en un valle donde la niebla llegaba a la altura de los hombros y era más espesa que antes. Densas nubes rodaron frente a la luna gibosa.

El crujido de las ramitas secas y el follaje crujiente bajo los pies se vio amplificado por la niebla y la oscuridad.

"¡Oye, Lao!" Kano gritó cuando la luz se convirtió en un borrón borroso en el espesamiento niebla. "Solo recuerda: si nos pierdes, perderás a Chin".

"Prometí llevarte a la montaña", dijo Kung Lao, "y mantendré mi palabra... mientras pueda".

"¿Qué se supone que significa eso? " preguntó Kano. "Podrás liderar mientras yo—"

Kano se tragó el resto de sus palabras cuando una sábana de rayos explotó sobre ellos. La niebla se desvaneció como el humo atrapado por un viento fuerte, el cielo estaba repleto de estrellas, y el Dios del Trueno Rayden estaba de pie en la gruesa rama de un árbol, mirando a los viajeros.

"*¡No darás un paso más!*" rugió.

Kano y los demás levantaron la vista.

"Manifestaciones sagradas", dijo Schneider, con la mandíbula inferior colgando suelta.

Kano se acercó a su estupefacto ayudante y arrancó la carabina de su brazo. Levantó el cañón hacia Rayden y disparó: cada bala fue recibida por un relámpago de la punta del dedo del Dios del Trueno, y se desvaneció en un estallido explosivo.

Arrojando el M44 con disgusto, Kano sacó su cuchillo y lo arrojó con una precisión mortal; Rayden lo atrapó frente a su pecho y se desvaneció en una llamarada de magnesio brillante.

"*Suficiente*", dijo Rayden, sus ojos blancos como el hielo debajo del ala de su sombrero de paja en forma de pirámide. Hubo otro relámpago y luego el Dios del Trueno estaba de pie junto a Kano. Tenía los puños a los costados, pequeñas ráfagas de electricidad crepitaban alrededor de cada uno de sus dedos. "*Has venido donde no eres bienvenido*", dijo Rayden. *Dejarás tus armas aquí y te irás.*

Entonces hubo otro destello, aunque no fue como los anteriores.

Este estallido era de un rojo muy, muy profundo, y no tanto atravesó el cielo como apartó la oscuridad en una forma gruesa e irregular, y la mantuvo así durante un largo momento. Dos figuras salieron del interior, una alta y esbelta, la otra

mucho más alto y más poderoso.

El Dios del Trueno se giró hacia ellos, y una sonrisa jugó en el gran boca de la figura más grande.

"¡Rayden!" retumbó la voz profunda y temblorosa de Goro. "¡Hace tiempo que quería conocerte!"

Junto a Goro, Shang Tsung sonrió mientras miraba a la figura que sostenía la linterna.

"Kung Lao, supongo", dijo. "Cuánto te pareces a tu antepasado. Y qué apropiado, ya que, en muy pocos momentos, ustedes dos se reunirán".

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tsui Park estaba acostado en su catre lleno de paja, mirando a través de las lágrimas el techo de paja de la cabaña. Por el rabillo del ojo, vio las luces del pueblo a través de la ventana abierta. A su alrededor, la gente se relajaba después de la cena. Los que tenían televisores los miraban, otros jugaban a las damas o al ajedrez, otros más charlaban bajo las estrellas y fumaban en pipa o bebían té. Algunos amigos cercanos y almas valientes habían venido a presentar sus respetos, pero no todos; los rumores de quién lo había hecho y cómo habían mantenido a raya a los temerosos. Tsui se había visto obligado a pescar el cuerpo de su padre solo en el agua, ya que nadie había sido lo suficientemente valiente como para ayudar.

Su madre finalmente se había ido a dormir después de llorar durante un día, y ahora que ya no la tenía para cuidar a Tsui, pudo atender sus propias necesidades, cuidar de su profundo sentimiento de pérdida.

¿Por qué habían hecho esto? se preguntó a sí mismo.

No estaba ignorante en los caminos del ninja. Su padre le había contado sobre su propio pasado y sobre el disgusto de sus amos cuando le dio la espalda a la vida de los guerreros de las sombras. Pero eso fue veinte años antes.

¿Por qué habían venido por él *ahora*?

"Porque no pudieron encontrarme".

Tsui se sentó. "¿Quién está ahí?"

La oscuridad de la habitación pareció cambiar; la luz del exterior se reflejaba desde el lavabo y la radio, desde una lámpara de metal y un espejo... excepto donde una nube negra parecía moverse. Allí, solo había oscuridad.

"No tengas miedo, Tsui," dijo la voz. *Es tu padre.*

El joven negó con la cabeza. Su mandíbula larga y delgada se aflojó, y sus ojos marrones claros parecían tragados por el blanco.

"No es posible. Esto es más de tu trabajo: un truco".

No es ningún truco.

La voz se acercó, y cuando la sombra también se hizo más grande, Tsui se dio cuenta de que una venía de la otra. Retrocedió contra la pared de ladrillos de la choza.

"He venido a pedir tu ayuda", dijo el espectro de Yong Park. *"El semidiós Yu me ha enviado para vengar mi muerte... a través de ti".*

"No", dijo Tsui. *"Estoy alucinando del dolor".*

Un miembro oscuro se acercó a él y, aunque Tsui no sintió lo que parecían dedos, sintió un escalofrío en el antebrazo.

"No soy una ilusión", dijo Yong, acercándose. *"Yo soy el alma eterna de*

Yong Park: inmortal pero indefenso, porque no puedo tocar. No puedo aguantar. "La voz etérea estaba justo a su lado ahora. *"No puedo matar. Para eso, hijo mío, necesito tu cuerpo".*

"Tú... quieres mi cuerpo, ¿cómo?"

"Para habitarlo, por un tiempo. Para que mi espíritu, mis habilidades, puedan volverse tuyos, mientras tu mente y tu corazón permanezcan como están, virtuosos y limpios".

"¿Para siempre?" Preguntó Tsui. "¿Te quedarás conmigo para siempre?"

"Seremos uno", susurró Yong Park, *"pero solo hasta que se complete la tarea. Y luego iré a descansar y tú volverás a tu vida aquí, con tu madre"*.

"Madre", dijo Tsui, deslizándose desde el pie de la cama. Debo despertarla y decírselo.

Una mano helada apareció frente a Tsui, deteniéndolo. *"¡No, hijo mío!"*

"¿Por qué no? Madre querrá saber que eres - lo que eres. Todavía vivo, de alguna manera".

"No vivo", dijo Yong, "ni podrá verme ni oírme. Cada alma tiene su propio plano, y Yu me ha colocado en el plano habitado solo por tu espíritu. Nadie más sabrá que estoy contigo."

Tsui volvió a negar con la cabeza. "Esto no puede estar pasando. El shock me ha costado la cabeza".

"Está sucediendo", dijo Yong.

Mientras Tsui miraba, la sombra comenzó a cambiar. Mientras que las piernas, el pecho y la cabeza permanecieron negros, el oro comenzó a rematerializarse donde estarían los brazos y los hombros, a lo largo de la boca y las mejillas, mientras que la carne apareció en la frente y alrededor de los ojos oscuros. Los dedos tomaron forma y se volvieron dorados y se extendieron hacia el joven.

"Yu me ha dado el poder de una de sus criaturas", dijo el espíritu mientras entraba en el cuerpo de su hijo. *"Además de las habilidades que te lego, mi benefactor inmortal me ha dado algo especial con lo que vengarme"*.

Tsui se enfrió y se entumeció cuando la forma fantasmal de su padre se fusionó con la suya, mientras sus manos desnudas tomaban la forma de guantes dorados, su cabeza estaba envuelta en una capucha oscura y una máscara dorada, y sus piernas y torso estaban cubiertos con un traje negro. .

"Una picadura", dijo Yong.

La frialdad abandonó a Tsui y ya no sintió miedo. Se levantó de la cama y se miró las manos. "Sí", dijo, pasando los dedos por el dorso de los guanteletos. "Lo siento aquí". Giró hacia la ventana, se agachó rápidamente y apuntó con el puño hacia un árbol. Simplemente deseándolo, envió una flecha corta y con púas volando desde la parte posterior de su muñeca. Silbó en el aire, golpeó el árbol, lo atravesó y golpeó un cubo de hielo en el otro lado.

Tsui se puso de pie. "Estoy listo, padre", dijo. "Listo para dejar que aquellos que te hicieron daño sientan mi ira... ¡la ira de Scorpion!"

Después de escribir una nota diciéndole a su madre que no se preocupara por él, Tsui se fue por la ventana y fue tragado por la noche.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Listo y cauteloso, Rayden observó a Goro mientras las cuatro enormes manos del gigante se abrían y cerraban lenta y amenazadoramente. Varios de los dedos arañaron el aire.

"¡No te muevas todavía, Dios del Trueno!" Goro dijo, su voz retumbante, señaló las orejas ligeramente giradas hacia adelante, los feroz ojos rojos brillando con anticipación.

"Sí", dijo Shang Tsung al Dios del Trueno, "saboreemos este momento, ¿por qué no? Nuestro encuentro ha tardado mucho en llegar, aunque francamente, desearía haberlo pospuesto un poco más".

"*Lamento decepcionarte*", dijo Rayden.

"Me malinterpretas", dijo Shang Tsung. "No estoy decepcionado en absoluto. Es solo que no todos podemos simplemente subir y parpadear aquí y allá como tú. Shao Kahn se molestó al saber lo que sucedió, y la mayoría se molestó por tener que teletransportarnos aquí. Como puedes imaginar, drena la energía del Señor cada vez que tiene que enviar su magia a través de la barrera dimensional".

"Él no es el Señor", protestó Kung Lao.

"Tal vez no tuyo, todavía no", dijo Shang Tsung mientras se acercaba unos pasos al Dios del Trueno. La luz de los ojos brillantes de Rayden reveló una piel más arrugada que nunca, ojos un poco más apagados, una postura un poco más encorvada bajo el peso de su túnica. Shang Tsung tenía el aspecto y el olor de la muerte. "Me costó una parte de mi alma permitir que Shao Kahn envíe su poder", dijo el mago con voz áspera. "Pero la buena noticia, Rayden, es que cuando Goro te derrote y enviemos tu alma divina al Outworld, no solo mi alma me será completamente restaurada, sino que Shao Kahn tendrá suficientes almas para poder llegar a nuestro "Aunque", su mirada se volvió plana de cara a cara, "no estoy completamente seguro de por qué quiere este plano de existencia. El control de calidad parece haber fallado un poco en mil quinientos años".

Kung Lao se adelantó. "Shang, esta confrontación no tiene por qué ser. El mal no es la respuesta. Únete a nosotros".

"¿Unirse a la Orden de la Luz?" Shang se rió. "Has estado demasiado tiempo aislado, sacerdote. Además, estoy ansioso por recuperar mi alma".

"Puedes hacer eso a través de nosotros", insistió Kung Lao. "Shao Kahn no posee eso. Simplemente lo sostiene. Podemos ayudarte a recuperarlo".

Shang Tsung inclinó levemente la cintura. "Gracias, sumo sacerdote, pero preferiría tener mi alma y ayudar a Shao Kahn a gobernar el mundo. Incluso tú puedes ver, creo, dónde eso tendría algún atractivo".

"*Shao Kahn te destruirá*", dijo Rayden.

"Uvas agrias", dijo Shang Tsung con los labios fruncidos. "Pero hablando de destruir, Goro, tienes trabajo que hacer".

"¡Sí!" bramó el shokanita, mientras inclinaba la cabeza como un toro embistiendo y corría hacia Rayden.

El Dios del Trueno desapareció en un destello de luz y reapareció en un estallido en la copa del árbol cuando Goro pasó corriendo.

*"¡Kung Lao tiene razón, Shang Tsung!" Rayden dijo. "Unirse a él es el
única manera de salvarte a ti mismo!"*

"No me preocuparía por salvarme , ahora mismo", dijo Shang Tsung.

Mientras el hechicero hablaba, las poderosas piernas de Goro lo detuvieron en seco. El bruto se volvió hacia Rayden, echó hacia atrás el antebrazo derecho y clavó el puño en el poderoso árbol; la noche se llenó con el sonido crepitante del impacto, junto con fragmentos de corteza y troncos que estallaban en todas direcciones.

Rayden saltó, aterrizó sobre los hombros de Goro y saltó de nuevo, dando un salto mortal a la copa de otro árbol. Con un rugido de ira, Goro se giró, cargó contra el árbol y chocó contra un rayo que Rayden descargó hacia el suelo.

"Eso no fue deportivo", comentó Shang Tsung. "Si hubieras usado un movimiento especial desde un terreno elevado en Mortal Kombat, habrías sido descalificado".

Rayden saltó del árbol, aterrizó entre Goro y Shang Tsung y levantó ambas manos. "Me levantaré y lucharé", dijo, "pero debes dejar ir a los mortales".

"¡Pero por supuesto!" exclamó Shang Tsung. Por eso estoy aquí.

Si los hubiera dejado solos, todo esto hubiera sido innecesario.

"No", dijo Rayden. *"Deben regresar al pueblo, no ir a la montaña sagrada".*

Shang Tsung dio un paso hacia él. "Kung Lao puede regresar al pueblo.

El resto sigue adelante".

"¡No!" gritó Rayden.

"¡Demasiada charla!" Goro gruñó.

Saltando sobre Rayden, el salvaje Outworlder logró envolver sus cuatro brazos alrededor de él antes de que el Dios del Trueno pudiera actuar. Rayden tiró de los brazos hacia adelante y empujó los codos hacia atrás con fuerza, hacia el costado del gigante, pero Goro no pareció sentirlo. Movió sus antebrazos hacia las muñecas de Rayden y encerró las manos del Dios del Trueno dentro de sus enormes patas.

"¡Intenta disparar rayos ahora!" el bruto se rió mientras apretaba los puños de Rayden en pequeñas bolas, luego ejecutaba su golpe en el pecho aplastando las costillas en el Dios del Trueno.

Mientras los dos seres de otro mundo luchaban, Shang Tsung se enfrentó a Kung Lao. El mago mantuvo las manos a los costados, con las palmas hacia arriba, y empezó a salir humo de ellas.

"Ahora, sacerdote, continúa tu camino. Este... hacia la montaña".

"No lo haré", dijo Kung Lao.

Junto a ellos, Rayden enganchó los pies detrás de las piernas de Goro, se inclinó hacia adelante y luego echó la cabeza hacia atrás con fuerza mientras simultáneamente tiraba de los pies hacia él. La cabeza de Goro voló hacia atrás mientras sus piernas se adelantaron, dejándolo caer de espaldas. La caída le quitó el aire y la irregularidad del terreno hizo que perdiera el control sobre Rayden. El Dios del Trueno se puso de pie en un instante y retrocedió.

"¡Retírate, cobarde!" Goro dijo mientras se volvía a poner de pie.

"No retroceder" dijo Rayden Tan

pronto como Goro estuvo de pie, Rayden saltó hacia adelante, boca abajo, con los brazos extendidos delante de él, las piernas estiradas detrás de él. Sus puños golpearon a Goro con fuerza en la sección media; el gigante se dobló por la mitad y voló hacia atrás. En lugar de dejar que se levantara, Rayden se acercó a su atacante y lo agarró por dos brazos. Con una mueca por el peso de la bestia, Rayden distribuyó la carga poniendo una pierna dobrada al frente, otra detrás, levantando al gruñido Goro por encima de su cabeza y arrojándolo.

"Solo usando una combinación de Torpedo y Lanzamiento", dijo el Dios del Trueno.

Goro golpeó el suelo con estrépito, levantando una nube de tierra y follaje.

Pero mientras caía, sus enormes manos derechas aterrizaron en uno de los árboles caídos; escondido en el remolino de tierra de hojas, levantó el árbol destrozado y lo balanceó hacia afuera, golpeando a Rayden en el costado y enviándolo por los aires.

"Eso tampoco fue deportivo", observó Shang Tsung, "pero te lo merecías, Dios del Trueno".

Goro se puso de pie antes que Rayden. Cargándolo, el shokanita esquivó el golpe en la cabeza que Rayden intentó lanzarle desde la espalda y lo inmovilizó con tres manos mientras él intentaba golpearlo con la cuarta. Con la velocidad del rayo, Rayden se agachó y movió la cabeza de un lado a otro. Consiguiendo doblar sus pies debajo del gigante, el Dios del Trueno lo arrojó sobre su cabeza, causando que Kano y Schneider se dispersaran cuando la bestia de bronce aterrizó en medio de ellos.

"Todavía no puedo creerlo", dijo Kano mientras él y su cohorte corrían detrás de un roca. "Ese es el tipo que entró en mi habitación. ¡Tiene cuatro malditos brazos!"

Rayden y Goro se pusieron de pie y se enfrentaron.

Rayden levantó el borde de la mano derecha, a la altura de la cara, con el brazo izquierdo cerrado en un puño y doblado a un lado. Goro se puso de pie con los cuatro brazos moviéndose lentamente, como un luchador listo para atacar.

"Me imagino que llevará bastante tiempo completarlo", le dijo Shang Tsung a Kung Lao, "tiempo que no tienes". A estas alturas, las columnas de humo que salían de sus palmas eran espesas y grises. "¿Llevarás a Kano al

¿amuleto?"

Kung Lao levantó la barbilla. "No lo haré, Shang Tsung. Lo que mi antepasado escondió para protegerlo del mal, no lo desenterraré para el mal".

El hechicero sonrió cuando el humo comenzó a fusionarse y asumir forma humana. "Oh, sí lo harás", dijo Shang Tsung. "La única pregunta es, ¿lo harás de buena gana?"

Cuando vio que el humo comenzaba a tomar forma, Rayden dobló sus poderosas piernas para cargar. Pero el vigilante Goro se abalanzó sobre el Dios del Trueno, atrapó a la figura de cabeza más pequeña por la cintura, lo tiró al suelo y lo mantuvo allí en una maraña de poderosas y agitadas extremidades.

"Bien hecho, Goro", dijo Shang Tsung mientras continuaba manteniendo sus palmas abiertas en posición vertical. Extendió uno hacia Kung Lao y el otro hacia Kano: en cada uno ahora había una diminuta figura de humo, una que se parecía a cada hombre.

"Ante los ojos de Shao Kahn", dijo, "no debe haber rodilla sin doblar, ninguna voluntad más que la suya. Contra el poder de Shao Kahn", continuó, acercando sus manos, "no puede haber resistencia".

"¡No!" Rayden gritó mientras las figuras de humo se acercaban. Aunque el cuarteto de brazos de Goro dificultaba el movimiento, el Dios del Trueno logró liberar su brazo izquierdo, estiró su mano extendida y disparó un rayo a Shang Tsung.

El rayo golpeó las manos del mago y lo envió tropezando contra la roca donde Kano y Schneider se habían refugiado. Mientras caía, gritó palabras en fengah, una forma arcana de cantonés.

Incluso antes de que el destello y el estruendo explosivo se desvanecieran, la risa de Shang Tsung se podía escuchar haciendo eco en la llanura. "Gran y poderoso Rayden", el mago prácticamente gritó de alegría, "la deidad más *heroica* : un dios entre los dioses, uno que es verdaderamente inmortal en cuerpo y espíritu, aunque tristemente falto de mente. ¡Cretino! Eso es precisamente lo que esperaba que hicieras". ¡Necesitaba tu relámpago... lo necesitaba para completar mi hechizo!

Cuando volvió la oscuridad y un silencio espeluznante cayó sobre la llanura, los ojos de Rayden pasaron del blanco al dorado al contemplar a la luz de la linterna caída de Kung Lao lo que había provocado la magia de Shang Tsung.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

"Kung Lao", dijo Rayden mientras miraba la forma vaga que estaba frente a él.

"No", dijo Shang Tsung, con más que un rastro de satisfacción, "no es exactamente Kung Lao. Lo que ves se llamaría con más precisión *Kano Lao*".

La humeante forma humanoide se miró las manos. El ser tenía un ojo rojo fuego y uno normal; a pesar de su semblante ondulante y gris, la cara era definitivamente la de Kano, mientras que la forma tenue y con túnica era claramente más Kung Lao que el criminal.

"¿Qué harías?" Schneider preguntó, congelado detrás de la roca, con la boca abierta.

"Por qué", dijo Shang Tsung, "simplemente hice algunas matemáticas básicas. Una mente de Kano, si puedo usar ese término para describir lo que está en su cabeza, más una mente de Kung Lao es igual a un devoto seguidor de Shang Tsung *con el conocimiento* . de cómo encontrar el amuleto". El mago miró a Rayden. "¿Estás satisfecho con lo que has ayudado a crear, mi impetuoso Dios del Trueno?"

Rayden miró, sus ojos dorado pálido, expresión dolorosa.

"Pero espera," siseó Shang Tsung. "Hay más. Son humo, verás... unidos por *mi voluntad*. Si intentas interferir con ellos, Rayden, permitiré que el humo se disipe. Cuando lo haga, el alma de Kano irá directamente al Outworld, arrastrando a Kung Lao con él. ¿Sabes lo que significa?

Shang Tsung sonrió. "Significa que Shao Kahn tendrá suficientes almas para cruzar".

"Le dejarás tenerlos de todos modos".

"No necesariamente", dijo Shang Tsung. Hizo un gesto a Goro para que se levantara, y el bruto se levantó, liberando a Rayden. "Para decirte la verdad, Dios del Trueno, hay muchas cosas que deseo hacer antes de que llegue Shao Kahn. Verás, no me hago ilusiones acerca de mi posición con el Señor. Cuando él cruce, seré solo otro humilde servidor. en su ejército de siervos esclavos". Se encogió de hombros. "Oh, estaré mejor que el resto de ustedes, que se asarán y brindarán en llamas eternas. Pero no quiero ser el lacayo de nadie... ni siquiera de Shao Kahn. Y ustedes también se beneficiarán, Rayden. ¿Sabes cómo?

Rayden se levantó. Parte del brillo comenzaba a regresar a sus ojos mientras miraba al hechicero.

"No seré tan autoritario como para exigir que me consigas el amuleto. Sé que entrar en contacto con él te robará tu divinidad, el toque de simples humanos lo ha vuelto impuro y todo eso. Y puedes Consuélate con el hecho de que por tu paciencia, ambos hombres serán restaurados cuando termine con ellos, un poco peor por haber estado unidos". el hechicero

pobladas cejas blancas arqueadas. "Pero si interfieres, Rayden, mi creación de Kano-Kung morirá, sus almas irán a Shao Kahn, y este mundo se volverá uno con el Outworld. Al menos de esta manera, puedo crear mi propio pequeño reino... y tienes tiempo para averiguar dónde esconder a los monjes y sacerdotes de la Orden de la Luz antes de que llegue el Señor y ordene su condenación eterna". Shang Tsung se acercó y miró a los ojos del imponente Dios del Trueno. "Sí, te permitiré hacer eso. Porque uno nunca sabe, Rayden. Puede llegar un momento en que Shao Kahn se vuelva contra mí y necesite aliados".

Rayden siguió mirando al hechicero. *"Parece que no tengo otra opción".*

"Eso es correcto", dijo Shang Tsung.

"Si no me voy de aquí, ¿me das tu promesa de que ningún daño ocurrirá a los monjes o sacerdotes?"

"No les ocurrirá ningún daño", dijo Shang Tsung, "ni yo ni ninguno de mis agentes actuaremos contra vuestros templos o vuestros libros y pergaminos".

El dios volvió sus ojos hacia la figura gris fantasmal que una vez fueron dos hombres diferentes. *"Kung Lao, ¿puedes oírmeme?"*

Shang Tsung le dijo a la figura cambiante: "Kano, déjalo hablar".

La boca de Kano se abrió de par en par, luego más de par en par, y la cabeza de Kung Lao apareció dentro de ella. Como un bebé recién nacido, el sacerdote apareció de cabeza, despojándose del rostro sobresaltado de Kano como una capucha.

"Te escucho, Rayden", dijo Kung Lao, su voz aún no escuchada, como el sonido de la lectura.

"Ve con Kano", dijo Rayden. *"Llévalo al amuleto"*.

"Lo haré", dijo Kung Lao.

Tan pronto como el sacerdote hubo hablado, las torturadas facciones de Kano una vez más se tragaron las del sacerdote. Mientras el dios y el mago, el Outworlder y los humanos observaban, el ser fantasmal comenzó a flotar a través de la llanura oscura, con las piernas moviéndose pero sin tocar el suelo, con los ojos muy abiertos mirando hacia adelante pero sin detenerse en nada en particular.

Cuando la figura fue tragada por la noche, Shang Tsung dijo: "Sin embargo, hay una cosa, Rayden. Te atreviste a oponerte a mí. Tal impertinencia no puede quedar impune".

El Dios del Trueno disparó una mirada blanca y brillante al hechicero. *"¿La palabra de Shang Tsung no significan nada para él?"*

"En realidad, no es así", admitió el mago, "aunque quiero conservar su buena voluntad, así que cumpliré con lo que prometí al pie de la letra. Eso no significa que no habrá retribución fuera de la carta. Sr. . Woo?"

Al comienzo de la batalla entre Rayden y Goro, Jim Woo y Sonya Blade se habían caído boca abajo en un barranco. Todavía estaban acostados allí cuando llamó Shang Tsung.

"¿Señor?" Woo dijo, asomando la cabeza por el borde de la zanja.

"Mi sirviente demonio me dijo que tienes una radio".

"Es un teléfono TAC-SAT, señor, que nos permite comunicarnos vía-

"No me molestes con tus tonterías", dijo Shang Tsung. "Llevarlo a cabo."

Jim Woo se deslizó de su mochila y sacó el teléfono, que era del tamaño de un libro grueso de tapa dura. Levantó un cilindro y presionó un botón en el costado; una antena parabólica se desplegó desde el interior. Woo marcó las coordenadas en un teclado, el plato giró y se fijó en el satélite, y tomó el teléfono.

"Listo, señor", dijo.

Los ojos de Shang Tsung ardían. "Tienes a alguien en el otro extremo".

—Moriarty, señor.

Tiene a alguien con él.

Al amparo de la oscuridad, Sonya deslizó su mano hacia el gato que conectó el receptor a la antena parabólica.

"Un pastor, señor".

Shang Tsung miró a Sonya. "Mi querida mujer, si mueves otro pulgada, haré que Goro te pise".

Sonya dejó de moverse. Miró al implacable Rayden, sus propios ojos implorantes.

El mago se rió mientras seguía su mirada. "Y Rayden", le dijo el mago al dios, "si eres lo suficientemente temerario como para tratar de dejarnos, Goro te seguirá hasta la aldea, cuya destrucción, te lo aseguro, será absoluta. Debes aprender, Dios del Trueno. , que el desafío no puede quedar completamente impune".

Los ojos de Shang Tsung se dirigieron a Woo. "Sr. Woo, avise a su cómplice en el otro extremo".

Woo se llevó el teléfono a la boca. "Moriarty, soy Jim Woo. ¿Estás ahí?"

La voz del otro lado respondió afirmativamente.

"Ha resucitado", dijo Woo.

Shang Tsung sonrió. "Muy bien. Dile que apunte con su arma al chico y devolver su pequeña y modesta alma a T'ien".

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cuando era niño y crecía en la provincia china de Honan, Liu Kang solía jugar un juego con su hermano Chow, un año mayor. Uno de ellos se acercaba sigilosamente al otro y saltaba cuando menos lo esperaba. El único momento y lugar en que esto estaba prohibido era cuando estaban remendando las redes de pesca de su padre Lee. Todo lo demás era juego limpio: cuando uno de ellos estaba dormido, cuando uno estaba cortejando, incluso cuando uno estaba usando el orinal.

Para hacerlo más interesante, los hermanos llevaron la cuenta: cada sorpresa y derribo valía dos puntos para el atacante; cada sorpresa seguida de un derribo por parte del defensor valía tres puntos para el defensor, ninguno para el atacante. Los niños anotaron la puntuación en un cuaderno y al cabo de diez años, cuando Liu se fue de casa para visitar los Estados Unidos, la puntuación era de 18.250 para Liu y 18.283 para Chow.

Liu había insistido en que se recontasen las puntuaciones de la década y, por lo que sabía, Chow lo había hecho. Pero poco después de llegar a los Estados Unidos, sus padres murieron en una plaga y su hermano desapareció. Nunca supo dónde, por qué y cómo, aunque un día juró que lo haría.

Mientras se acercaba a la aldea de Wuhu, Liu había experimentado sentimientos como los de hace mucho tiempo cuando solía acercarse sigilosamente a Chow. Era medianoche, por lo que esperaba que la mayoría de las lámparas del pueblo estuvieran apagadas. Pero por lo general había algún movimiento, incluso a esa hora: granjeros que entregaban huevos, aguadores que llenaban cántaros del pozo, alguien que regresaba tambaleándose a su casa o dormía en la calle después de una noche de diversión.

Aquí no había nada de eso, razón por la cual Liu y sus dos compañeros del Loto Blanco habían decidido colarse en el pueblo, metiéndose en las sombras detrás y al lado de las chozas y algunos edificios públicos, quitándose las sandalias para que las piedras y la suciedad de la calle no crujía bajo sus pies. Vestidos completamente de negro, no fueron vistos ni escuchados.

Las luces ardían en el Templo de la Orden de la Luz, y Liu había decidido ir allí. Tal vez uno de los monjes podría decirle por qué estaba tan silencioso, por qué tenía esta inquietante sensación interior de que algo andaba mal.

Cuando se acercaron a la puerta de bronce del gran edificio circular, Liu Kang les indicó a sus compañeros que permanecieran escondidos detrás de los árboles cerca del templo mientras él echaba un vistazo al interior. Acercándose sigilosamente a una de las ventanas abiertas que daban a la gran biblioteca, Liu escuchó voces.

"Sí, Jim. Sí—"

Sentado de espaldas a la pared, Liu sacó una estrella arrojadiza de su cinturón y la levantó por encima del alfízar. Lo inclinó para poder ver la habitación reflejada en

su superficie muy pulida.

Lo que vio llamó su atención.

Dos hombres estaban sentados en una estera. Uno de ellos, un niño, tenía un extremo de una soga alrededor de su entera disposición y una metralleta apuntando en su dirección. El hombre a cuyo cuello estaba sujeto el otro extremo de la soga hablaba por teléfono.

"Sí", dijo, "lo entiendo. Sí, te entiendo. Adiós".

El hombre volvió a colocar el teléfono en su soporte plano en forma de caja, y el niño tiró de la correa. El hombre más grande dio un fuerte tirón y el joven cayó hacia adelante. Senmenjo-ni caminó hacia el lado del niño para asegurarse de que permaneciera acostado.

"Lo siento", dijo Moriarty, "pero algo debe haber pasado ahí fuera. He Tengo órdenes de fragmentarte. Pero lo haré rápido y sin dolor, lo prometo".

Cuando Senmenjo-ni se hizo a un lado y Moriarty apuntó con el arma a la cabeza del niño, Liu Kang se puso de pie, echó el brazo hacia atrás y se preparó para arrojar la estrella arrojadiza a la mano del asesino.

En cambio, Liu se encontró sin aliento mientras volaba. oblicuo. Y luego hubo una terrible explosión desde el interior del templo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aunque el teléfono TAC-SAT de Jim Woo estaba colgado, el receptor rebotó, montando dos picos de electricidad, uno del auricular y el otro del auricular.

Woo miró a Schneider y luego a Shang Tsung y rápidamente levantó el auricular.

"¿Hola?"

Esperó: todo lo que escuchó fue estática.

"Nada", dijo, verificando la conexión, escuchando, luego volviendo a colocar el receptor. "La línea está muy muerta, pero no desde este extremo. Es como si hubiera..."

Los ojos de Woo se posaron en Rayden.

"¿Tienes qué?" exigió Shang Tsung.

Woo dijo: "Como si se hubiera frito del costado de Tim. Por un rayo de electricidad de algún tipo".

"O un relámpago", dijo Shang Tsung. Un sonido gutural rodó desde el garganta del mago mientras se enfrentaba al Dios del Trueno. "¿Es esto tu culpa, Rayden?"

"A diferencia de ti", dijo el Dios del Trueno, "cumplí mi palabra. Pero solo prometí para no salir de aquí. No dije nada sobre enviar un rayo".

Shang Tsung consideró lo que había dicho Rayden y luego asintió. "Eso es cierto, Rayden. Pero si bien es posible que hayas salvado al pastor a expensas de mi hombre, te prometo que pagarás por esa vida diez veces, comenzando por la tuya. Goro", dijo, "es hora de nuestra sorpresa". "

Irguiéndose en toda su estatura, Goro sonrió maliciosamente mientras Shang Las manos de Tsung empezaron a humear de nuevo y un segundo rayo rojo partió el cielo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando el rayo estalló desde algún lugar por encima de su cabeza y golpeó a Tim Moriarty y Senmenjo-ni, Chin Chin sintió que sus oídos zumbaban como la campana del templo y que la soga se aflojaba. Cuando vio que la correa de cuero estaba quemada en el medio, y que Moriarty no estaba a la vista, se zambulló para cubrirse debajo de una pesada mesa de madera cerca de la entrada de la habitación.

Y cuando el eco del trueno murió en sus oídos, escuchó los sonidos de la lucha desde afuera.

Arrastrándose por la biblioteca, que estaba llena de humo oscuro que solía ser Tim Moriarty y Senmenjo-ni, Chin Chin llegó a la ventana, puso sus dedos en el borde, se arrodilló y miró hacia afuera, agachándose de nuevo justo a tiempo para evitar la ráfaga ondulante de hielo que se precipita sobre su cabeza.

CAPÍTULO VEINTISIETE

A pesar de todos sus años de escabullirse y ser engañado, Liu Kang no había visto venir el poste. Pero sus reflejos aún eran agudos, y en el instante en que sintió el golpe en su costado, rodó, se puso de pie y dio una voltereta hacia atrás para comprarse cierta distancia para enfrentar un segundo ataque, solo para ser atrapado en el aura ardiente de lo que sea. había explotado en la biblioteca. Había logrado protegerse la cara con las manos, pero la explosión lo derribó de nuevo. Y cuando su enemigo, que estaba agachado y no había sido tocado por la explosión, disparó su propio proyectil, una capa de hielo que salió volando de su máscara hacia la ventana de la biblioteca, Liu Kang supo a quién se enfrentaba.

El guerrero del Loto Blanco metió la mano en su cinturón en busca de su estrella arrojadiza, solo para descubrir que debe haberse caído; sin apartar los ojos de la sombra oscura que era su enemigo, usó la visión periférica para tratar de encontrar algo con lo que defenderse. Sin un arma de algún tipo, sabía que estaba condenado: sin un arma, nunca sería capaz de resistir un ataque de Sub-Zero.

El infame ninja no era alguien a quien ningún guerrero mortal quisiera enfrentar. Si bien los pocos que se habían encontrado con él y vivían (los muy, muy pocos) suponían que él mismo era mortal, sus habilidades ninja bordeaban lo sobrenatural. Junto con su misteriosa habilidad para irradiar ondas de frío y moverse con la velocidad de una ventisca, lo convirtieron en una fuerza a tener en cuenta. Además, cuando los amigos de Liu Kang, Guy Lai y Wilson Tong, no corrieron a ayudarlo, sospechó que el ninja ya los había despachado. Esa también era una marca registrada de Sub-Zero y la banda Lin Kuei: divide y vencerás. La victoria, no el honor, era todo lo que les importaba.

Pero Liu Kang estaba demasiado ocupado para llorar a sus amigos. Fuera lo que fuera lo que había causado la explosión en la biblioteca, había volado los restos retorcidos de una metralleta. Habiendo enganchado su pie debajo de él y arrojándolo a sus manos, Liu Kang pudo usar el arma rota para parar un nuevo ataque del poste de Sub Zero.

Alto, bajo, bajo, jab, alto, jab.

La delgada arma de madera parecía una hélice en las manos de Sub-Zero mientras la giraba de un lado a otro, tratando de golpear a su oponente. Liu Kang pudo bloquearlo con el cañón retorcido del arma, luego con la culata y luego con el cañón nuevamente. *Si tan solo el arma no se hubiera torcido en una masa inútil en esa explosión!* Incluso un ninja no era inmune a las balas.

Luego, las apuestas aumentaron cuando Sub-Zero volteó la punta del poste y expuso un cuchillo serrado de siete pulgadas.

Jab, jab, rebanada, jab, rebanada.

Liu Kang no pudo ver el rostro de Sub-Zero debajo de su máscara, no pudo saber si estaba tratando de matarlo o simplemente jugando antes de un ataque serio.

Luego, el ninja logró deslizar la parte inferior del poste en el gatillo del arma y arrebató el arma rota. Liu Kang estaba nuevamente desarmado, aunque en ese mismo momento, comenzó a preguntarse si estaba indefenso.

En el tiempo que tardó Sub-Zero en arrancarle el arma de las manos, Liu Kang notó un tenue brillo dorado que salía de sus manos. Recordó haberlos usado para protegerse la cara y se dio cuenta de que la explosión podría haberles hecho algo. Este no era el momento de preguntarse qué, cómo y por qué, pero cuando Sub-Zero volvió a balancear el poste hacia él, desde arriba, Liu Kang no se apartó de un salto. En cambio, se arrodilló, se estiró y agarró el palo: tan pronto como la madera tocó sus palmas, pensó en el fuego y el palo estalló en llamas.

Si Sub-Zero se sorprendió, no lo demostró. Arrojando el poste en llamas a un lado, exhaló otra ráfaga helada hacia Liu Kang, quien levantó las palmas de las manos hacia su enemigo, una vez más pensó en el extraño resplandor y envió una cortina de fuego a toda velocidad para encontrarse con el hielo. Las dos oleadas se encontraron entre los adversarios, levantando una pared de vapor entre ellos y dando a Liu Kang la oportunidad de lanzarse a su izquierda, a través de la ventana abierta de la biblioteca.

Dando un salto mortal cuando su hombro golpeó la puerta, Liu Kang se puso de pie en un instante y miró hacia la ventana. Allí, respirando con dificultad en medio del apagado brillo anaranjado de las linternas, Liu sintió que tenía una oportunidad contra el ninja, que confiaba en la oscuridad para realizar sus diabluras.

El tiempo se medía por los rápidos latidos de su corazón, y el ataque nunca llegó. En lugar de bajar la guardia, Liu continuó de pie con una mano levantada frente a su cara, la otra inclinada frente a su pecho, su pie izquierdo descansando solo sobre los dedos, preparado para dar una patada giratoria si fuera necesario.

Cuando saltó por la ventana, Liu vio que el niño se encogía debajo de la mesa, y preguntó: "¿Qué pasó aquí?"

"No... no estoy seguro", dijo Chin Chin. "Estaba a punto de recibir un disparo cuando un fuego blanco explotó sobre mi cabeza y salió disparado por la ventana".

"¿Se originó aquí?" preguntó Liu.

"Sí. En un momento la habitación era como la ves, al momento siguiente había calor y truenos por todas partes. Y luego todo volvió a estar en silencio".

Liu dijo: "Quien haya enviado esa bola de fuego nos salvó a los dos".

"¿Pero quién podría haberlo hecho?" preguntó el chico. "Kung Lao ha prohibido la práctica de la magia y nos han enseñado que los dioses ya no interfieren en la vida de los mortales".

"Quizás estos son más que mortales a los que nos enfrentamos", dijo Liu. Porque si bien era cierto que los sacerdotes enseñaban que el tiempo de los dioses había pasado, el Trueno

Dios Rayden seguía siendo la deidad patrona de la Orden de la Luz. Y la llama que había sido enviada aquí estaba diseñada para salvar al niño sin destruir los pergaminos y los libros. Esa fue la razón por la que se descargó a través de la ventana: el hecho de que Liu fuera golpeado y empoderado con la capacidad de irradiar llamas probablemente fue solo una consecuencia muy afortunada de los esfuerzos de Rayden por salvar a este niño.

A menos que creas en el destino, se dijo Liu Kang, *en cuyo caso tal vez se suponía que yo debía estar allí.* Pero era difícil creer en el destino, y en la protección benévola de los dioses, cuando pensaba en sus leales amigos probablemente muertos afuera. ¿Por qué salvarlo a él y no a ellos? En todo caso, eran más jóvenes e inocentes.

Pero no era éste el momento de reflexionar sobre cuestiones filosóficas. Había un pueblo que asegurar, y cuando terminó, todavía tenía su misión. Miró su reloj y pensó en el '2' iluminado, en las otras vidas que aún estaban en juego.

Caminando sobre la punta de sus pies, Liu se dirigió a la ventana. De pie varios metros atrás, disparó una ráfaga de llamas en la noche, luego miró rápidamente a la derecha y luego a la izquierda. Sub-Zero no estaba a la vista, aunque en el resplandor que se desvanecía rápidamente, Liu vio los cuerpos de sus camaradas, sus ojos muertos abiertos, delgadas cintas rojas de sangre alrededor de sus cuellos. Los habían agarrotado con una cuerda delgada que llevaban los ninjas, atrapados por la espalda, incapaces de gritar cuando el cable o el nailon se deslizaron alrededor de sus gargantas y se apretaron.

Triste y enojado, Liu sabía que no debía correr hacia la noche, el elemento del ninja, en busca de venganza. Algun día se enfrentaría a Sub-Zero nuevamente y las cosas serían diferentes. Mientras tanto, en algún lugar estaba Sonya Blade, y él debía llegar a su lado lo antes posible...

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cuando las manos de Shang Tsung empezaron a humear de nuevo y el destello rojo explotó, los ojos blancos de Rayden se entrecerraron. Escudriñó sin pestañear el relámpago maligno, observó sin miedo por sí mismo cómo golpeaba la tierra entre Goro y el mago, y vio una forma alta que comenzaba a unirse en medio del brillo rubí... una forma que era vagamente humana en forma pero claramente no en naturaleza.

Shang Tsung dijo: "Se le ocurrió a nuestro omnisciente Señor Shao Kahn que tal vez subestimé a la Orden de la Luz". El mago suspiró. "Bueno, tal vez sea así. A nadie le gusta admitir sus debilidades, pero después de todo, solo soy un humano. Al igual que el Sr. Woo y el Sr. Schneider y esta mujer en potencia que me veo obligado a creer. nunca fue mi aliado en absoluto". El mago le dirigió una mirada de complicidad de soslayo. "¿No es así?"

Se levantó de la trinchera y dijo con orgullo: "Soy Sonya Blade, agente de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos".

Shang Tsung reaccionó con sorpresa. "Con tanto en mente, ¿su poderoso gobierno *me ha atacado?* Debería sentirme honrado".

"*Te han* atacado a pedido del gobierno británico en Hong Kong ". Kong", dijo la mujer. "En cuanto a mí, vine aquí para buscar a Kano".

"¿Él te ha hecho daño?"

"Hace tres años mató a mi prometido, Cliff LoDolce".

"¿*El sensei de artes marciales?*" preguntó Shang Tsung. "¿Kano fue responsable de eso?"

Sonya asintió una vez.

"Entonces Kano debe haberlo atacado por la espalda", dijo Shang Tsung, "o en la oscuridad. Se decía que LoDolce era un maestro supremo de artes marciales".

Kano nunca se habría atrevido a pelear con él".

"Fue desde atrás y en la oscuridad", dijo Sonya, con rabia en su voz.

"Cuando Cliff se negó a usar sus habilidades para luchar por la Sociedad del Dragón Negro, Kano le disparó seis balas de una .45".

"Ese es Kano", dijo Shang Tsung, "una exageración viviente. Y prometiste encontrarlo. Qué casi insoportablemente conmovedor".

Mientras hablaban, el rayo rojo se había desvanecido y el recién llegado estaba en la oscuridad. Rayden pudo ver claramente lo que los demás no pudieron: que el ser tenía un cuerpo y una cabeza humanos de proporciones normales, aunque la mitad inferior de la cara estaba cubierta por una máscara verde con una serie de cortes horizontales a ambos lados. El líquido goteaba libremente de las aberturas; donde la saliva golpeó el suelo, se levantaron bocanadas de humo.

Ácido, pensó el dios. Sólo había una criatura del Outworld que estaba

como eso.

"Kano es un tipo grosero y despiadado", admitió Shang Tsung, "pero en mi defensa, no carece por completo de valor. Es extremadamente codicioso y, junto con su destreza física y crueldad, eso lo hace efectivo".

Aunque debo admitir", dijo Shang Tsung mientras echaba un vistazo al recién llegado, "si lo hubiera hecho todo de nuevo, nunca habría contratado a Kano ni a ningún mortal para hacer el trabajo de un dios. Intenta salvar un pedazo de tu alma y mira lo que sucede".

Shang Tsung sonrió con deleite mientras miraba a Rayden. El trueno
Dios permaneció imperturbable.

"Ahora bien", continuó Shang Tsung, "aunque te dejo, Rayden, mis colegas Goro y su
asociado de Outworld Reptile se quedarán atrás. Reptile es el guardaespaldas personal de
Lord Shao Kahn, así que espero que tengas tus manos lleno." Shang Tsung miró al dios
durante un largo momento. "A menos que, por supuesto, al darse cuenta de la desesperanza
de su posición, le gustaría unirse a nosotros".

Rayden no dijo nada. Despues de un momento, Shang Tsung negó con la cabeza.

"Lástima", dijo el mago mientras el humo comenzaba a salir de sus manos nuevamente,
"aunque no estoy seguro de que hubieras disfrutado de nuestra pequeña banda. Por cierto, Sr.
Woo y Sr. Schneider: por la presente quedan despedidos, aunque tengo un último uso para
ustedes".

Antes de que los dos pudieran protestar, fueron tragados por un estallido rojo y
desaparecieron.

"En cuanto a usted, Sra. Blade", Shang Tsung extendió un brazo hacia ella, con la palma
hacia afuera, "puede que haya perdido a un prometido ya su presa, pero ha ganado un honor
muy especial".

Un relámpago rojo volvió a brillar, y cuando se desvaneció, Shang Tsung y Sonya se
habían ido, y Goro y Reptile se movían a izquierda y derecha de Rayden, Goro gorgoteaba de
placer y Reptile babeaba ácido sobre la hierba bajo sus pies descalzos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Goro extendió un enorme brazo y señaló con el dedo a Rayden.

"No puedes morir, Dios del Trueno", dijo el Outworlder, "pero incluso los inmortales se puede matar Y seremos nosotros los que te maten".

Rayden siguió mirando al frente, observando a sus oponentes con el rabillo del ojo. El brillo frío de esos ojos y la expresión pétreas de su mandíbula no revelaron nada de lo que pudo haber estado pensando o sintiendo.

Los ojos rojos de Goro se movieron como pequeñas máquinas cuando se detuvo más cerca desde la izquierda. A la derecha, los ojos verdes marcadamente inclinados hacia abajo de Reptile y su siniestra máscara facial verde eran imperturbables. Vestido con una capucha negra ceñida, calzas verdes, pantuflas negras y un mono negro con ribetes verdes, se movía con una gracia fluida de la que carecía su corpulento compañero.

"Hablas demasiado, Goro", dijo Reptile, su voz sibilante sonaba hueco detrás de la máscara.

"Mantiene mi nivel de energía alto", dijo el bruto, momentos antes de correr hacia Rayden.

En lugar de enfrentarse a la carga, Rayden desapareció y Goro se encontró corriendo directamente hacia Reptile. Pero el serpenteante Outworlder evitó la colisión saltando fuera del camino. Agarró la rama de un árbol que colgaba bajo y saltó hacia ella, momentos antes de que un rayo disparado por Rayden desde una rama más alta la atravesara y enviara a Reptile a estrellarse contra la tierra.

Reptile se puso de pie en un instante, siseando en voz alta, con los dedos curvados como garras. Goro clavó un enorme pie en el suelo para detener su impulso hacia adelante y luego se volvió hacia Rayden.

"¡Lucha, cobarde!" gritó Goro.

"¡Imbécil!" Reptile le dijo a Goro. "Él usa su cerebro, que es lo más herramienta de lucha eficaz de todos ellos!"

Echando hacia atrás la cabeza, Reptile escupió ácido en la base del árbol. La corteza crujío y estalló bajo el flujo constante de líquido verde vil, pero Rayden ya había saltado del árbol y aterrizado detrás de Reptile antes de que cayera.

Le dio una patada en el aire al Outworlder desde atrás, y cuando Reptile se tambaleó hacia adelante, Rayden saltó sobre su espalda, empujándolo simultáneamente hacia adelante y usándolo como trampolín. Aterrizó sobre la espalda del hombre-serpiente con una patada en salto, lo que provocó que los brazos y las piernas de Reptile se abrieran. Rayden ya había saltado de su enemigo y estaba de pie, frente a Goro, cuando el gigante de cuatro brazos cargó.

Esta vez, Goro se lanzó los últimos metros y logró atrapar a Rayden saltando por los muslos. Goro envolvió los cuatro brazos alrededor del Dios del Trueno, lo derribó y aterrizó con su hombro izquierdo en el abdomen de Rayden.

Rápidamente puso dos manos en las muñecas del aturdido Dios del Trueno, inmovilizándolas para que no pudiera apuntar su fuego.

"¡Seguiré tomando el músculo sobre la mente cada vez!" Goro dijo mientras miraba a su cautivo.

"¡Golpealo!" Reptile gritó mientras se ponía de pie, sacudido por su encuentro.
"Todavía puede-"

Incluso antes de que salieran las palabras, Rayden se había desvanecido en un destello de luz. y Goro cayó hacia delante sobre la tierra desnuda.

"¡Maldita sea!" dijo el Extranjero. "Me olvidé-"

"¡Detrás de ti!"

Goro giró mientras Reptile gritaba, pero era demasiado tarde para evitar la patada giratoria del Dios del Trueno. Su pie atrapó a Goro en el costado de la mandíbula y literalmente lo hizo girar para que aterrizará de espaldas. Rayden giró los brazos y apuntó a su enemigo, pero antes de que pudiera disparar su relámpago, Reptile saltó sobre él, desapareciendo en medio de una patada aérea.

Rayden había comenzado a quitarse del camino, se contuvo cuando Reptile desapareció, luego salió volando hacia atrás cuando el pie del Outworlder lo golpeó en lo alto del pecho.

"Es posible que puedas teletransportarte", dijo el luchador con una voz espeluznante y aspirante, "pero ¿puedes hacerte invisible?"

Rayden se quedó sin aire cuando una rodilla cayó con fuerza en su vientre. Se las arregló para disparar un rayo delante de él, vio la silueta de Reptile volar hacia atrás en la explosión, luego lo perdió de nuevo cuando el brillo desapareció, reemplazado por el ataque de Goro.

El gigante gruñía de ira y se movía más rápido que antes. Sus dos manos superiores alcanzaron el cuello de Rayden, pero el Dios del Trueno se dejó caer, extendió las piernas frente a él, colocó las plantas de los pies contra el vientre de Goro y usó el propio impulso del gigante para levantarla y darle la vuelta. Pero aunque lo habían tomado por sorpresa, Goro logró estirar un brazo detrás de él. Con su alcance monstruosamente largo, se aferró al pie izquierdo de Rayden, y mientras el Dios del Trueno estaba siendo detenido, Reptile le dio una patada en el aire en la expuesta y vulnerable parte baja de su espalda.

Rayden brilló apagadamente, tratando de teletransportarse, pero no pudo reunir la fuerza.

"¡Está acabado!" dijo Goro, corriendo de seis en seis a sus pies, levantando una pierna y bajando su pie con fuerza entre los omoplatos del Dios del Trueno. "¡Hemos vencido a Rayden!"

"¡Muevete a un lado!" Reptile siseó. "Quiero disolver esta relación".

Goro caminó pesadamente varios pasos hacia un lado mientras su compañero echaba la cabeza hacia atrás. Rayden logró poner su mano derecha debajo de él, se levantó hacia su lado izquierdo y miró a su enemigo. Estaba tratando de reunir su fuerza, con la intención de alejarse en el último segundo posible antes de que Reptile escupiera su ácido.

Le temblaba el brazo y no estaba seguro de poder hacerlo.

De repente, Reptile salió volando hacia la izquierda, impulsado por los pies de una figura de negro. Las piernas de la figura estaban estiradas ante él, con la espalda hacia abajo; mientras sus pies aún estaban en contacto con Reptile, el recién llegado hizo una pируeta para quedar boca abajo, y mientras Reptile volaba en una dirección, la figura de negro aterrizó sobre sus manos, hizo una parada de manos que se convirtió en una voltereta, aterrizó frente a Goro, y lo golpeó con una serie de golpes mortales.

El gigante sobresaltado le dio varios golpes a la figura, quien se agachó, le dio un puñetazo en la parte inferior del vientre y le dio una patada debajo de la barbilla. El bruto de piel bronceada se tambaleó hacia atrás y cayó contra un árbol, que se sacudió y dejó caer ramitas a su alrededor.

Esos preciosos segundos fueron todo el tiempo que Rayden necesitó para ponerse de pie.

"Mi nombre es Liu Kang", dijo la figura de negro al Dios del Trueno mientras los dos se paraban espalda con espalda, esperando una carga renovada.

Reptile estaba sobre una rodilla, con los brazos doblados a los costados; Goro se frotaba la mandíbula mientras se alejaba del árbol.

"Gracias, Liu Kang", dijo Rayden. "Vete ahora, esta pelea no es tuya".

"He oido hablar de este matón de cuatro brazos", dijo, "y si estás luchando contra Kano y Shang Tsung, esta es mi pelea".

Reptile se adelantó, riendo incongruentemente mientras se quitaba las hojas y la hierba de las mallas. "Yo también, gracias, Liu Kang", dijo. "Ahora Rayden tiene alguien de quien preocuparse, no puede simplemente teletransportarse".

"Puedo cuidarme solo", dijo Liu Kang.

Goro renovó su ataque con un rugido, y el guerrero del Loto Blanco respondió con una patada giratoria en la parte superior de su brazo izquierdo. Pero Goro bloqueó la patada, envolvió su mano superior izquierda alrededor de la espinilla del mortal y la retorció con fuerza.

"Ustedes, los Mother Realmers, me divierten", se rió Goro, aunque mientras giraba a Liu Kang, el joven tensó la otra pierna, que, al dar una voltereta hacia el gigante, lo golpeó en la mejilla cuando se dio la vuelta.

Goro derribó al mortal más pequeño, que aterrizó como un gato cuando un rayo pasó sobre su cabeza. La explosión atrapó a Goro en el medio y lo dobló, después de lo cual el renovado Rayden giró para enfrentarse a la carga de Reptile con una segunda ráfaga. Reptile pateado en el aire, elevándose por encima del rayo y aterrizando junto a Rayden, a la derecha del Dios del Trueno. Mientras los dos intercambiaban una serie de puñetazos, intercalados con bloqueos y patadas, Liu Kang se agachaba y zigzagueaba para mantenerse fuera del alcance del enfurecido Goro, atrapando al gigante con barridos ocasionales y patadas en cuclillas.

Y luego, tanto Rayden como Liu Kang se congelaron cuando las nubes heladas los cubrieron a ambos.

Goro y Reptile retrocedieron y contemplaron los cielos brillantes del este, de donde habían venido las capas de hielo. Una figura caminaba hacia ellos.

del sol naciente, un hombre vestido de azul y negro, con una máscara metálica sobre la boca y una capucha negra sobre los ojos.

"Sabes", dijo, "es bastante refrescante hacer una entrada como esa, en lugar de escabullirme y merodear como suelo hacer".

"¿Quién eres?" Reptile preguntó mientras miraba del extraño a Rayden, quien estaba cubierto por una capa de hielo de varias pulgadas de espesor.

"Estoy trabajando para Shang Tsung", dijo, "como deduzco que ustedes son. Me contrataron para despachar la flor del Loto Blanco de la derecha. En cuanto a la de la izquierda", dijo cuando llegó junto a los Outworlders, "consideralo un regalo de Sub-Zero".

CAPITULO TREINTA

Se movió con una velocidad mucho mayor que la humana.

Poco después del amanecer, la nimbosity que era Kano y Kung Lao llegó a las faldas del monte Angilas, el antiguo monte Ifukube, y se deslizó rápidamente más allá de las antiguas cuevas de los monjes de la Orden de la Luz, a lo largo de los acantilados hacia ellos mismos. las alturas donde moraban los dioses en sus templos.

La niebla gris y viviente se derramó hacia el Templo de Rayden, cuyas columnas y fachada eran tan radiantes como lo habían sido quince siglos antes... cuidadas por los monjes, mantenidas frescas por el aire fresco de la montaña y preservadas por la pureza misma. del alma del dios que el templo honró.

A medida que Kano-Kung se acercaba, una opacidad pareció caer sobre el alabastro blanco azulado y el oro brillante que simbolizaban la luna y el sol: la sombra de corrupción que el híbrido impío traía consigo.

Guiado por el conocimiento de Kung, que no pudo suprimir, el lado Kano de la criatura se movió hacia la roca donde, mucho tiempo atrás, Kung Lao el Primero había enterrado el amuleto sagrado de Rayden.

El humo humanoide se detuvo frente a la piedra, que mostraba las cicatrices de los golpes que le había dado Kung Lao, que aún se veían frescas como el día en que se hicieron. Con algo que parecía una sonrisa en su rostro distorsionado, Kano se acercó más, sus dedos gruesos se adelgazaron y se volvieron tenues, serpenteando detrás de las rocas y a través de las grietas, tanteando su camino con una delicadeza fantasmal... Y luego la sonrisa se volvió fija y amplia mientras él encontró lo que buscaba. Deseando que los dedos se volvieran más materiales una vez más, Kano empujó las piedras hacia adelante. Cayeron a su alrededor y a través de él, y entonces allí estaba ante él, brillando con un brillo blanco y dorado a la luz del sol. Deslizó sus dedos aireados a través de la correa de cuero tieso y andrajoso, tiró del amuleto hacia sí, luego giró y se deslizó montaña abajo.

Detrás de él, el brillo completo del templo no volvió ya que su corazón fue llevado por el hijo adulterado de la maldad...

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sub-Zero inspeccionó su obra mientras deslizaba el palo con la punta de un cuchillo de su espalda.

"Los efectos del frío desaparecerán en breve", dijo. "Cuando lo hagan, querrás estar preparado para despachar a tu amigo. Está consciente ahí adentro, puede escuchar todo lo que decimos, ver todo lo que hacemos. Me imagino que estará bastante molesto con todos nosotros".

Goro estuvo de acuerdo. Avanzando pesadamente detrás del hielo que contenía a Rayden, envolvió sus brazos alrededor del bloque y lo bajó al suelo.

"¿Crees que puedes golpearlo esta vez?" preguntó Goro.

Reptile se acercó con paso lento y silencioso. "Fui golpeado en el costado por un nuevo asaltante, Goro. Sin embargo, no tenías excusa para ese primer ataque cuando desaparecimos".

"¡Mi excusa fue que desapareció!" Goro dijo. "Yo sabía de su relámpago, ¡pero no sabía que Rayden podía teletransportarse!"

Los oídos de Sub-Zero se aguzaron. "¿Rayden? ¿He derrotado a un dios?"

"Tuviste ayuda", dijo Reptile, inclinándose sobre la cabeza de la deidad congelada.

Dejó que el ácido corriera a través de su máscara y el hielo comenzó a evaporarse con sonidos chisporroteantes y ondulantes.

"¿Hice?" Sub-Zero dijo, tocando su barbilla a través de su máscara. "Cuando llegué, parecía que los tenía a ustedes dos en desventaja. Tal vez deberíamos dejarlo subir de nuevo y ver cómo les iría a ustedes..."

"¿En una pelea justa?" una voz resonó desde la dirección del sol.

Los tres secuaces miraron, entrecerrando los ojos rojos, verdes y humanos hacia la luz. No vieron a nadie, luego saltaron a un lado cuando un par de arpones de tallo corto aullaron hacia ellos. Las púas engancharon a los héroes congelados en el hielo entre sus pies y, mientras los sirvientes de Shang Tsung observaban, los bloques se alejaron rápidamente de ellos. Un instante después, el aire entre ellos se retorció y se oscureció y una figura se materializó en medio de ellos, un hombre vestido de negro y dorado, con el rostro casi oculto detrás de una máscara dorada.

El recién llegado se enfrentó a Sub-Zero. "Has derrotado a un dios con la ayuda de dos otros, demonio, el mismo número que se necesitó para ayudarte a vencer a un hombre desarmado".

Sub-Zero se movió para que su cara estuviera al ras y cerca de la del recién llegado. "No vengas a mi campo de batalla y me sermonees, cachorro. No te atrevas".

"Detenme", dijo el joven.

"A tiempo", respondió Sub-Zero.

"Te detendré", gruñó Goro. Aplastó su puño superior izquierdo en su parte inferior.

palma derecha y la superior derecha hacia la inferior izquierda. "Te arrancaré el corazón vivo. No me gustan los fanfarrones".

"Cálmate, Goro", dijo Sub-Zero. "¿Cuál es tu nombre, muchacho?"

"Soy Escorpión," dijo el joven.

Sub-Zero se rió. "He comido escorpión y he tomado sopa de escorpión. No puedo decir que me haya gustado ninguno de los dos. Ahora, estofado de tarántula..."

"Usted asesinó a un cobrador de peaje", interrumpió Scorpion.

hombre intachable, un esposo gentil y un padre cariñoso".

"Ah", dijo Sub-Zero. "¿Tú eres... el hijo?"

"Basta de hablar", dijo Scorpion. "Es hora de responder por tus crímenes".

"¿Harás que todos respondamos?" Reptil se burló. Con un brillo de cocodrilo en sus ojos, escupió ácido a la figura disfrazada.

El ácido pasó inofensivamente a través de Scorpion mientras se desvanecía y rematerializó varios pasos detrás del grupo. El trío se volvió como uno.

"Lucharé contra cualquiera que intente ayudar a este demonio", prometió Scorpion.

Detrás de los tres villanos, una voz familiar dijo: "¡Y lo ayudaremos, cobardes!"

Reptile, Sub-Zero y Goro volvieron a girar.

"¡Liu Kang!" gritó Goro.

"Y Rayden," Reptile graznó cuando sus ojos verdes se posaron en los azules y figura blanca de pie junto a Liu Kang.

Scorpion parecía ser un poco más alto. "Dije que era hora, Sub-Zero. Date la vuelta y enfréntame".

La cabeza del ninja se giró y el resto de su cuerpo lo siguió un momento después. Enganchó casualmente sus pulgares dentro de su cinturón negro, luego deslizó sus dedos índices al lado de ellos.

"Me he convertido", dijo. "Estoy frente a ti".

Los brazos de Scorpion estaban rígidos a sus costados. Los dobló por el codo para que la parte plana de sus antebrazos mirara hacia Sub-Zero. Apenas parpadeó mientras observaba al ninja, esperó a que hiciera un movimiento.

"¿Me dispararás?" Sub-Zero preguntó mientras comenzaba a rodear a su oponente.

"Una vez en la pierna para frenarme, una vez en el costado para derribarme, una vez en el vientre para que me desangre lentamente, dolorosamente".

Scorpion se giró como lo hizo Sub-Zero. No estaba asustado, pero su corazón... golpeando por dos, él y su padre, estaba golpeando locamente.

"Lucharé limpiamente", le dijo Scorpion, "que es más de lo que has hecho nunca".

"Ciento", dijo Sub-Zero. Sacó los dedos de su cinturón, luego rápidamente los dobló en puños. "Así que te pregunto, joven vengador, ¿por qué debo empezar ahora?"

Sub-Zero cayó al suelo y, al hacerlo, salió humo negro. por todas partes, ondeando desde el suelo por todos lados.

Scorpion contuvo la respiración y saltó con los pies por delante en el humo donde había visto por última vez a Sub-Zero. Sintió temblar la tierra y, aunque buscó a tientas salvajemente, no encontró al asesino por ninguna parte. En unos momentos, Scorpion comenzó a tener arcadas por el asfixiante humo grasiento y se obligó a salir y alejarse: atravesó el limbo negro de Yu y, todavía tosiendo, reapareció varios cientos de metros más allá del humo, cerca de Liu Kang. El luchador de White Lotus había comenzado a correr hacia él cuando apareció el humo por primera vez.

"¿Estás bien?" Dijo Liu Kang, poniendo un brazo alrededor de Scorpion. hombro y mirándolo a los ojos.

Scorpion asintió vigorosamente mientras sus ojos recorrieron el aire sucio y oscuro sobre el campo. "¿Viste... viste a dónde fue?"

"No se movió hasta que se levantó la cortina de humo", dijo Liu Kang. "Típico truco de Lin Kuei. Esa fue una bomba de humo ninja: aceite y gas lacrimógeno. Son pequeños, están bajo alta presión y se activan pinchándolos con un clavo. No tienen honor, esos demonios. No lucharán cuando puedan". correr."

"Mi padre tenía honor," dijo Scorpion. Todavía estaba mirando hacia adelante, tratando de ver a su enemigo. "Por eso dejó el Lin Kuei. Por eso lo mataron".

"Lo siento, amigo. Sé cómo te sientes". Liu Kang presionó el botón en el costado de su reloj. Ninguno de los números se encendió, lo que significaba que Sonya estaba más allá del rango de cien millas de la señal en el mango de su cuchillo.

"Sub-Zero asesinó a dos de mis camaradas en la oscuridad y temo por la seguridad de un tercero".

"Goro y Reptile pueden ser grandes y fuertes, pero no son estúpidos", dijo Liu Kang. "Huyeron con Sub-Zero. Tres contra dos no son probabilidades que favorezcan".

"¿Pero cómo se escaparon tan rápido?"

"Quizás Sub-Zero no lo hizo", dijo Liu Kang. "Un ninja con su experiencia puede cavar una zanja en segundos y tirar la tierra sobre él. Podrías buscar durante horas y nunca ver el tubo de respiración. En cuanto a los otros dos, ¿sentiste el suelo retumbar? Ese tenía que ser Goro pisoteando esas piernas de brontosaurio que tiene. Probablemente tenía a Reptile debajo de uno de sus brazos". Liu Kang observó cómo el humo comenzaba a disiparse. "O tal vez el estruendo fue parte del rayo rojo de Shang Tsung, enviado para recoger a sus lacayos. Se dice que el mago puede verlo todo".

Scorpion respiró hondo y se quitó el brazo de Liu Kang. "Tengo que ir tras ellos".

"¡No!"

La voz retumbó directamente detrás de él, y Scorpion se giró para ver Rayden parado allí, sus ojos de un dorado mate, su expresión sombría.

"Los conseguiremos más tarde. En este momento, tenemos otra tarea".

"Tienes otra tarea," dijo Scorpion. "No dejaré que Sub-Zero escape"

"Ya ha escapado", dijo Rayden. "Acabo de estar en la isla de Shang Tsung".

"Se mueve", dijo Liu Kang a Scorpion, "algo así como tú".

"Liu Kang tenía razón", continuó Rayden. "Sub-Zero y los Outworlders huyeron, y Shang Tsung los recogió con su rayo rojo". Miró a Liu Kang. "Sonya Blade está con ellos y Kano está en camino".

"¿Está completo otra vez?"

"Sí."

"¿Consiguió el amuleto?"

Rayden asintió.

Liu Kang dijo: "Entonces no te atrevas a ir allí, Rayden. Todo lo que tienen que hacer es tocarte con él y publicaremos anuncios para un nuevo Dios del Trueno".

Scorpion dijo: "¿Cuál fue la otra tarea de la que hablaste, Rayden?"

El Dios del Trueno respondió: "Debemos ir a mi templo en los picos del monte. Angilas y encuentras a Kung Lao. Solo el sacerdote puede aprovechar el poder del amuleto, y lo necesitaremos si queremos derrotar a Shang Tsung y sus asesinos".

Liu Kang dijo: "Rayden no se emociona con las cosas que nos molestan a los humanos, Scorp, viene con ser un dios. Pero por mucho que quiera llegar a la isla ahora, tiene razón. Vamos a El territorio de casa de Shang Tsung: si no vamos preparados, nos arruinarán".

Scorpion miró de Liu Kang a sus manos abiertas. "Todo esto poder, y ¿qué he podido hacer con él? Dejé escapar a mi presa".

"¿Qué has podido hacer?" preguntó Liu Kang. "Amigo, si no nos hubieras llevado a un lugar seguro, Rayden y yo estaríamos disfrazados de protoplasma básico. Tus poderes y coraje se han ganado un amigo y un aliado de por vida".

Liu Kang dijo: "y si hay un mundo más allá de este, también puedes contar conmigo allí".

Scorpion miró a Liu Kang y sus ojos se humedecieron. "Existe tal vida", dijo. "Una parte de mí lo ha visto". Miró a Rayden. "Muéstranos el camino, Dios del Trueno. Es un espectáculo que quiero que mis enemigos, nuestros enemigos, vean".

Magullado, sucio y un poco harapiento, el trío partió hacia el templo, Liu Kang se disculpó por retener a sus compañeros, murmurando que se abriría camino si querían teletransportarse adelante, quejándose de que ya era bastante difícil retener a sus compañeros. la suya entre los dioses y los muertos y los monstruos del Outworld....

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Cuando el barco impulsado por dragones se acercó a la niebla que rodeaba la isla Shimura, Kano sintió un escalofrío. Hubo momentos en su vida en los que se había sentido como si estuviera en la niebla, pero solo unas horas antes, se veía así.

Levantó el brazo y dejó que el amuleto colgara ante él. Todo este alboroto y molestia por una piedra elegante en un extraño engaste de oro líquido y una correa de cuero quebradizo. Podría haber comprado uno con esmeraldas y diamantes que valían el doble en cualquier joyería.

Por supuesto, no habría tenido poderes mágicos. Y este parecía hacerlo, aunque Kano no estaba seguro. Después de recogerlo, empezó a sentir un hormigueo incómodo, como aquella vez que nunca olvidaría cuando era niño y metió un pez dorado mojado en un tomacorriente para tratar de cocinarlo. El jugo atravesó el pez que luchaba y llegó a su mano.

Mientras flotaba por la ladera de la montaña, todo su cuerpo sintió un hormigueo doloroso, al igual que su pierna cuando se despertó después de estar dormida. Luego le dolía tanto que no podía moverse en absoluto y, finalmente, sintió un dolor frío y punzante, como si lo estuvieran cortando en rebanadas del tamaño de un salami. Un momento después toda la agonía lo había dejado, aunque sintió como si alguien hubiera estacionado un Buick sobre sus hombros. El peso casi lo hizo caer de rodillas, y de repente se dio cuenta de que estaba completo de nuevo. Miró a la derecha, luego a la izquierda, y vio a Kung Lao tirado en el suelo, con el amuleto en la mano.

"Tratando de *romper* con los bienes", había dicho, arrebatándolo y pateando a Kung Lao en las costillas por si acaso. "Buen intento, pero entre los dos eres el hombre de Laos en el tótem".

Y luego Kano se había dirigido montaña abajo, aunque no había ido muy lejos cuando un destello rojo se estrelló contra él desde no tenía idea de dónde, causándole un fuerte dolor de cabeza y haciendo que cada vello de su cuerpo se erizara y bailara. de las hadas de Sugarplum. Un segundo después estaba en una playa con un barco con cabeza de dragón balanceándose a unos doscientos metros de distancia. Caminó y abordó, y aquí estaba, rodando hacia la niebla.

Kano pensó que Shang Tsung lo había estado observando en una bola de cristal o algo así y había enviado la luz roja después de que Kung Lao llevara a Kano al amuleto. Pero ahora, mientras miraba la pequeña baratija, se preguntó si otro triple millón sería suficiente para ello. Shang Tsung debe tener muchas ganas de haber pasado por todos estos problemas.

Y se le ocurrió algo más. ¿Por qué el mago enviaría un rayo láser hasta allí y luego lo dejaría caer en la playa? ¿Por qué no llevarlo directamente al palacio?

Kano se frotó la barba en la mejilla, sorprendido de lo pesado que aún se sentía su brazo. Tal vez, solo *tal vez*, pensó, Shang Tsung se estaba quedando sin energía. Y si lo era, tal vez esta chuchería fuera la clave para salvar su trasero. Y si lo era, valía mucho más que tres millones.

Mientras Kano miraba la hipnótica gema opalescente en el centro del amuleto, comenzó a preguntarse si debería dársela a Shang Tsung.

Tal vez debería guardarlo para él, pensó, hacer que me diga cómo funciona. O tal vez debería decirle algunas cosas. Como si quisiera compartir lo que tiene, cincuenta y cincuenta.

Con las posibilidades comenzando a deleitar su imaginación, Kano vio que el juego de luces azul y rojo continuaba en el centro del amuleto incluso cuando el bote entraba en la niebla. Y luego, con una sonrisa maliciosa en las comisuras de su boca, deslizó la correa de cuero sobre su cabeza, sintió el calor del marco dorado contra su pecho y decidió que cincuenta y cincuenta era demasiado generoso. Kano había hecho todo el trabajo pesado en esto, era el que había sido convertido en un hombre de niebla y cargado con algunos de los cómplices más perdedores en la historia de las travesuras, y noventa y diez estaba empezando a oler bastante bien para él.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cuando Rayden, Scorpion y Liu Kang llegaron al templo, encontraron a Kung Lao medio arrodillado, medio apoyado contra el altar. Se las había arreglado para arrastrarse desde la cornisa, encender un fuego en el brasero de carbón y rezarle a Rayden mientras intentaba reunir fuerzas.

Cuando el trío entró, pasando bajo el techo centelleante de relámpagos helados, Kung Lao trató de inclinarse hacia el Dios del Trueno.

"Lord Rayden", dijo, cayendo hacia adelante sobre el suelo de baldosas blancas.

Liu Kang y Scorpion corrieron hacia adelante mientras Rayden se detuvo en el centro del templo. Los dos mortales levantaron a Kung Lao y lo llevaron a una de las dos sillas doradas a ambos lados del templo.

"No", protestó Kung Lao, tratando de volver al suelo, "un sacerdote debe arrodillarse en presencia del Señor Rayden".

"Es verdad." Rayden caminó al lado de Kung Lao, puso sus fuertes manos sobre los brazos del sacerdote y lo puso de pie. "Pero sé lo que hay en tu corazón, Kung Lao. No necesitas arrodillarte para mostrarme tu devoción".

Había lágrimas en los ojos de Kung Lao. "Gracias, Señor, pero he fallado usted. El amuleto: no pude detenerme. Llevé a Kano directamente a eso".

"Nos ocuparemos de Kano y Shang Tsung en este momento". El dios se sentó Kung Lao en la silla, luego se enfrentó a Scorpion. "Siento la presencia de dos almas".

"Soy hijo y soy padre", dijo Escorpión. "Estamos bajo la protección del semidiós Yu".

"¿Conoces la ubicación de la isla Shimura en el Mar de China Oriental?"

Escorpión asintió.

Rayden se volvió hacia Liu Kang. "Necesito tu ayuda, guerrero del Loto Blanco".

"Cualquier cosa, Rayden", dijo Liu Kang con entusiasmo.

"Scorpion y yo debemos ir al palacio de Shang Tsung de inmediato. Tú me seguirás con Kung Lao".

La cara de Liu Kang se derrumbó. "¿Quieres que caminemos mientras te teletransportas allí?"

Rayden y Scorpion desaparecieron, el dios en un relámpago, Scorpion en una ola ennegrecida.

"Supongo que sí", dijo Liu Kang mientras miraba el espacio que las dos figuras había ocupado un momento antes. ¿Por qué no pudieron llevarnos con ellos?

"Porque nuestros cuerpos no sobrevivirían el viaje a través del limbo", dijo Kung Lao. "Es un lugar para los dioses y el alma inmortal, no para gente como nosotros".

Se levantó, agarrando el brazo de Liu Kang para estabilizarse. "Pero aunque Shimura

La isla está lejos, podemos llegar hoy, pronto".

"¿Cómo? ¿Hay magia que puedes usar?"

Kung Lao dijo: "La hay. Es un arma que Shang Tsung nos dio sin darnos cuenta". Dicho esto, el sacerdote cojeó hacia el altar y una vez más se arrodilló junto a él. "Únete a mí", le dijo a Liu Kang.

El guerrero se acercó y cayó de rodillas. Observó cómo el sacerdote cerraba los ojos, cruzaba las manos frente a su pecho, comenzaba a mecerse hacia adelante y hacia atrás lentamente y recitaba pasajes de los Pergaminos de Luz sagrados.

"Se dice que aquellos que creen en la divinidad de Rayden exhalan el aliento de siete colores, todos los humores de los que los humanos son capaces-"

"Perdóname, santo", dijo Liu Kang en voz baja, "pero ¿realmente crees que eso nos ayudará ahora?"

"Que mientras están sentados, pueden ver los ocho puntos del mundo e incluso las cosas debajo de la tierra. Que en una habitación oscura, o en la noche más oscura, son su propia luz".

Kung Lao inclinó la cabeza más abajo. Arrugando la boca con disgusto, Liu Kang hizo lo mismo.

"Todavía no entiendo esto", dijo. "Rayden se fue sin nosotros, para protegerte de cualquier daño. ¿Por qué te ayudaría ahora y cómo?"

Los cielos comenzaron a gruñir y los ojos de Liu Kang se movieron de un lado a otro.

"Viene", dijo Kung Lao.

"¿Qué hace?"

"La clave."

Liu Kang dijo con impaciencia: "¿La clave de qué?"

"La transformación", dijo Kung Lao mientras el altar y luego las paredes comenzaron a temblar, el piso comenzó a arrastrarse y, finalmente, el relámpago congelado del techo del templo comenzó a brillar y explotar antes de explotar, ahogando las palabras en Fengah pronunciadas por Kung Lao....

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Al llegar al palacio con Shang Tsung, Sonya se encontró fuertemente agarrada por innumerables pares de manos. Algunas de las manos eran pálidas, otras monstruosas, pero todas eran fuertes y la habían levantado del suelo antes de que pudiera defenderse. Aunque no emitió ningún sonido, ni gritó ni maldijo, le taparon la boca con las manos, amontonadas en cuatro, de modo que ni siquiera podía mover la cabeza.

Todos los propietarios de las manos llevaban capuchas, y se dio cuenta de que los que tenían las manos humanas de color blanco marfil tenían capas negras y parecían moverse en cámara lenta sin moverse lentamente, mientras que las manos con capas blancas se movían normalmente aunque su carne era ámbar y resquebrajado, como el suelo de la cuenca más seca en el desierto más caluroso. Fueran del tipo que fueran, las manos se apretaban con tanta fuerza que dolían, y el hedor de los cuerpos era insoportable: algunos olían a tierra húmeda, otros a leche en mal estado, ninguno de ellos bueno.

Escuchó a Shang Tsung decir: "Llévala al altar de Shao Kahn", y luego la multitud de seres misteriosos se apretujó tan cerca de ella que todo lo que pudo escuchar después de eso fue el susurro de sus capas y extremidades y el ruido sordo de su cuerpo. propio corazón

Pero Sonya no pudo escapar. Mientras la vil horda la transportaba a través del palacio hacia una amplia entrada en la parte trasera, aún estaba demasiado débil incluso para luchar, agotada y desorientada por su viaje a través del aura roja que separaba el Mundo Exterior del Reino Madre, la barrera que tenía que superar. romperse para pasar de un mundo a otro. Simplemente lanzando un hechizo y pasando dentro de él, uno podía cubrir grandes distancias en cualquiera de los dos reinos en un abrir y cerrar de ojos, aunque el viaje en sí era tan abrumador como un paseo rápido por una gran cascada.

Después de un rápido paso por el aire fresco de la mañana, que proporcionó un breve pero bienvenido respiro del hedor de las criaturas que la sujetaban, Sonya vio que la estaban llevando a una pagoda imponente. Una vez que atravesó sus puertas doradas, la llevaron a través de un arco que tenía la forma de lo que parecía una cabeza con cuernos, algo humana, la semejanza de Shao Kahn, imaginó.

Por el rabillo del ojo, Sonya vio una fila de seres encapuchados y encapuchados a cada lado, todos ellos sosteniendo linternas. Detrás de ellos, apenas iluminados por la luz, había murales delicadamente pintados, todos en rojo, que mostraban bosques de llamas y figuras frenéticas, algunas de ellas humanas, otras extrañas híbridas: hombres con cabezas de reptiles, mujeres con cabezas de zorro y

ciervos, niños con alas de murciélagos.

Y luego vio los cuerpos de sus antiguos compañeros de viaje, Michael Schneider y Jim Woo. Estaban acostados boca arriba y sin camisa sobre losas de piedra. Había agujeros irregulares en sus pechos, por encima de sus corazones; figuras encapuchadas estaban de pie junto a ellos, con palos clavados en las aberturas. Y mientras Sonya los observaba quitar los palos y pasar a un mural sin terminar, se asustó al darse cuenta de la verdad: los palos eran pinceles y los murales no estaban pintados con pintura roja. Fueron dibujados con sangre.

Sonya no tenía intención de morir por el arte de nadie, y cuando se acercó a una multitud de figuras reunidas alrededor de una losa de piedra vacía en el frente del santuario, comenzó a retorcerse y patear con un nuevo sentido de determinación. Pero las manos la sujetaban con demasiada fuerza y no podía hacer nada más que mirar mientras la llevaban hacia una figura con túnica roja.

La criatura no usaba capucha, y cuando se acercó y vio su rostro, no pudo evitar preguntarse por qué *no*. Era feo, esta cosa calva, con orejas puntiagudas, ojos blancos rasgados bajo cejas diabólicas, pequeñas hendiduras diagonales por fosas nasales y una boca que estaba llena de largas, afiladas y ampliamente espaciadas púas de metal por dientes. La boca comprendía toda la mitad inferior de la cara de la criatura y seguía la línea de la mandíbula de tal manera que la cosa parecía tener una sonrisa perpetua. Pero no había risa en esa boca repugnante ni en la maldada inclinación de los ojos.

La figura por lo demás humana miró hacia arriba y levantó los brazos. Cuando las mangas de su túnica se deslizaron hacia atrás a lo largo de sus brazos musculosos, Sonya notó que la carne de color ámbar de la criatura era como la de sus captores vestidos de blanco, aunque este ser tenía hojas de acero largas y delgadas que parecían crecer desde la parte posterior de sus antebrazos. . La figura cruzó las cuchillas, que tocaron con un delicado *ping*, y luego miró a Sonya.

"Tráelo adelante", dijo con una voz gorgoteante que sonaba como si viniera de un Walkman que ella había dejado caer una vez en una piscina.

"Sí, sacerdote Baraka", dijo otra voz gorgoteante con una capucha blanca.

¿ Traer a quién ? Sonya se preguntó cuando hubo movimiento entre los portalámparas a la derecha y rezó para que Liu Kang o alguno de los otros no hubieran sido capturados.

No supo qué pensar cuando vio lo que dos de las figuras encapuchadas blancas llevaban entre ellos. Era una jaula hecha de hueso delicadamente tallado, con bisagras de jade en la puerta y manija de jade. Había cepillos metidos en los cinturones de las figuras que llevaban la jaula.

"El maestro ha decretado un sacrificio", dijo Baraka, "y nosotros, que hemos venido desde el Mundo Exterior para preparar el camino para Shao Kahn en el Reino Madre, tenemos el honor de cumplir".

La jaula estaba cerca del pie de la losa y Sonya vio una hermosa paloma blanca adentro. Sonya se había ofrecido como voluntaria para tomar un entrenamiento intensivo en

cultos antiguos y modernos cuando se unió a las Fuerzas Especiales de EE. UU., y sabía que ciertos grupos de brujas de Nueva Inglaterra del siglo XVII y sacerdotes vudú de la actualidad sacrificaban palomas en sus ceremonias. Se preguntó si el antiguo culto de Shao Kahn era la fuente de estas otras formas de artes negras.

"¡Tráemela!" Baraka dijo.

Distraída momentáneamente por su ensoñación, Sonya se sobresaltó cuando de repente la arrojaron sobre la losa. Aterrizó con fuerza y se quedó sin aliento, y no pudo resistir cuando las oleadas de manos una vez más la inmovilizaron, sujetando sus brazos y empujando hacia abajo su cintura.

Baraka se acercó más. Miró a Sonya.

"Eres afortunado", dijo. "Muy pocas personas pueden ver sus propios corazones antes de morir, pero mis espadas funcionan rápidamente".

Mi propio corazón – pensó. ¿Qué pasó con el pájaro?

Baraka levantó los brazos para que las espadas apuntaran hacia arriba. "Oh, noble Hamachi", balbuceó mientras la jaula se elevaba más alto, "gran y devoto mensajero de nuestro amo. Hacemos este sacrificio para que tu imagen se dibuje en las paredes de este santuario. En tu nombre, noble pájaro, hazlo". sacamos sangre".

Lentamente, el sacerdote giró las muñecas y apuntó las hojas hacia el pecho de Sonya. Y luego, en un instante, se hundieron.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El lanzamiento de los hechizos de transporte fue una enorme carga para Shang. Tsung, y ahora no le quedaba energía para la magia... o mucho más. Al regresar al palacio desde los campos del Monte Angilas, estaba un poco más encorvado que antes, su piel colgaba más floja sobre su otrora poderoso cuerpo. Mientras se llevaban a Sonya, Shang Tsung había caminado con pasos vacilantes hacia su propio santuario personal para la deidad. Había aprendido en su larga asociación con Rayden y Kung Lao a no ser optimista, pero creía que después de varios errores de cálculo, las cosas finalmente saldrían como él quería. El enfurecido Shao Kahn había permitido que Reptile viniera a este plano, y el guardaespaldas y Goro habían acorralado a Rayden. Shang Tsung finalmente podría darle buenas noticias a Shao Kahn.

Cuando llegó a la habitación, Shang Tsung arrastró los pies a través de la ventana naranja. Tiñó la oscuridad hacia el resplandor del brasero dentro del círculo encantado.

"Ruthay", había dicho, "dime. ¿Ha encontrado Kano el amuleto?"
"¡Él tiene!"

¡Más buenas noticias! Shang Tsung había pensado.

Cerrando los ojos y proyectando lo poco que quedaba de su alma en el Aura, Shang Tsung vio a Kano y usó ese último fragmento de espíritu disecado para enviar un rayo rojo para llevarlo al palacio. Pero el alma del mago se había agotado y el rayo se había disipado poco antes de que llegara Kano. Y ahora Shang Tsung yacía en el suelo del santuario y esperaba la llegada de Kano, rezando para que el amuleto le permitiera terminar el trabajo que había comenzado hacía mucho, mucho tiempo.

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que escuchó fuertes pasos. en el corredor, luego en el santuario, y finalmente esa voz de bienvenida.

"¿Tomando una siesta reparadora, Shang?"
"Kano," dijo el mago, estirando la cabeza. "Tú, lo lograste".
"Sí", dijo Kano. "Y tengo tu collar. Justo aquí", señaló con ambos dedos índices, "alrededor de *mi* cuello".

"Buen... trabajo", dijo Shang Tsung, luchando por extender su mano. "¿Puedo tenerlo, por favor?"

"Claro", dijo Kano, arrodillándose y quitándoselo del cuello. Lo acercó a la mano del hechicero y luego, de repente, lo arrebató. "Uh... en un minuto, quiero decir. Despues de que hagamos una importante renegociación de mi contrato".

"No entiendo."

Kano se levantó de nuevo. "Déjame pintar un cuadro. Estás acostado boca abajo sin la fuerza para parpadear. Si te soplará pimienta por la nariz, estornudarías y te caerías".

aparte. Aquí estoy, apretado y firme como una billetera nueva, y sosteniendo este amuleto que realmente me gustaría aprender a usar. Y cuando aprendo, pienso que, en agradecimiento al tipo que me va a enseñar, que eres tú, te voy a dar diez... no, que sea el quince por ciento de todo lo que obtenga, dinero . , mujeres, países, otros mundos, lo que sea".

Shang Tsung cerró los ojos. "Tú... idiota," jadeó. "No sabes... lo que estás haciendo".

"¿No acabo de decir eso, Shang-a-lang? ¡Por eso te necesito! Seremos un equipo, como Nelson".

"Para usar cualquier talismán", dijo el mago, "uno debe tener fe. Uno debe... creer".

"Sí. Creo que seré un gran gobernante mundial". Se inclinó y agarró a Shang Tsung por debajo de los brazos. "Ahora, sentémonos en algún lugar, empecemos a hablar sobre el amuleto, y-"

De repente, la habitación se llenó de rojo brillante y, un momento después, Shang Tsung volvió a estar tendido en el suelo. Casi medio metro por encima de él, los pies de Kano pateaban salvajemente.

"¿Te atreves a tocar al maestro?" Goro gruñó, apretando los brazos de Kano con fuerza. antes de lanzarlo de espaldas contra un muro de piedra. "¡¿Te atreves?!"

"Una llegada muy oportuna y fortuita", dijo Shang Tsung mientras Reptile lo ayudaba a levantarse.

"Oportuno tal vez", dijo el forastero con forma de lagarto, "pero no fortuito. Fallamos, Shang Tsung".

"Falló... ¿cómo?"

"Rayden se unió a otros dos: un miembro de la Sociedad del Loto Blanco y una criatura que podía teletransportarse a través de un aura negra".

"¿A través del mundo de los muertos?" preguntó Shang Tsung.

"Sí. Aunque fuimos ayudados por el ninja que enviaste, Sub-Zero, no pudimos prevalecer".

"¿Dónde está Sub-Zero ahora?"

"No lo sabemos", dijo Goro mientras levantaba al aturdido Kano por la nuca, como un gato, le quitaba el amuleto y lo dejaba caer al suelo. "Huyó y se escondió".

Shang Tsung se aferró al brazo de Reptile. "Todavía puede atacar a los demás, pero no podemos contar con eso. Seguramente vendrán aquí".

Goro le entregó el amuleto a Shang Tsung. "Tenemos la ventaja de conociendo el campo de batalla... y ahí están las almas y Salinas".

"Eso es cierto, Goro. Y tenemos esto", dijo, sosteniendo el talismán delante de él y mirando el arco iris lechoso engastado en una almohada de oro que se movía.

"Ve y prepárate para defender el palacio mientras consulto con el Lord Master. Y Goro, asegúrate de que el cuerpo de Sonya Blade sea eliminado antes de que lleguen. Es posible que se dividan para buscarla, lo que facilita la búsqueda".

derrotarlos."

Con sus energías ligeramente renovadas por la llegada de sus ayudantes, incluso en retirada, Shang Tsung pudo ponerse de pie y caminar a paso vacilante y fúnebre hacia el círculo místico.

"¿Escuchaste... Ruthay?"

"¡Hice!" chilló el demonio. "Tu victoria... y mi libertad - oh, ¡dulce libertad! - puede estar a la mano!"

"Puede que no sea así", sonrió Shang Tsung mientras pasaba por encima del círculo y deslizaba el amuleto alrededor de su cuello. "Están a la mano. Rayden y sus compañeros pueden ayudarnos sin darnos cuenta, mi mascota. En solo unos minutos, usará el poder del amuleto para extraer las almas de los cuerpos vivos, enviarlas a través del Aura a Shao Kahn, y por fin, la barrera entre los reinos será lo suficientemente ancha como para que él la atraviese".

El corazón de Shang Tsung se llenó de esperanza y concentró el mal mientras permanecía junto al brasero, invocaba el nombre del Señor Oscuro y esperaba que quince siglos de espera llegaran a su fin.

Y luego escuchó un estruendo afuera.

"Shang Tsung", dijo Ruthay, "ellos vienen, ¡ellos vienen!"

El mago no le pidió a Ruthay que diera más detalles; no había necesidad.

Abandonando el círculo a regañadientes, llamó a Goro y Reptile, le ordenó a Kano que se recuperaba que lo acompañara si alguna vez esperaba salir de la isla, y se dirigió desde el santuario hasta la puerta del palacio.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Durante sus tres años de entrenamiento para convertirse en agente de las Fuerzas Especiales, a Sonya Blade le habían enseñado y dominado kárate, kung fu y tae kwon do. Era una experta en armas de artes marciales como nunchucks, sais y katanas, y dominaba todas las armas occidentales tradicionales, incluido el cuchillo, todas las formas de armas de fuego, el arco y la flecha y explosivos, desde sofisticados detectores de movimiento conectados a C-4 hasta granadas de mano improvisadas hechas con latas de café, clavitos y pólvora. Le habían enseñado japonés, alemán, ruso y español además del francés y el finlandés que ya sabía, y había estudiado los conceptos básicos de medicina para poder tratarse a sí misma o a cualquiera de sus camaradas si resultaban heridos en la batalla.

Pero aquí y ahora, ella estaba sola. Ninguno de esos genios de la Academia de Fuerzas Especiales le había dicho nunca qué hacer si estaba a punto de ser sacrificada a una paloma.

Tan pronto como Baraka levantó sus espadas, Sonya supo que solo tenía unos momentos para actuar, y tenía que hacerlo con precisión o la iban a aplastar sin haber tenido éxito en su misión.

Cuando los cuchillos apuntaron hacia abajo, Sonya luchó para que la atención de todos sus captores estuviera en sostener su torso firme para el corte. Mientras lo hacían, tensó los muslos, apuntó con los pies y, mientras los cuchillos descendían, hizo su movimiento. Enganchando los pies alrededor de la jaula en un agarre de tijera, levantó las piernas a la altura de la cintura. Su movimiento tomó a todos por sorpresa, sobre todo a las dos figuras que sostenían la jaula, mientras volaba de sus manos. Guiada de costado por los pies de Sonya, la jaula interceptó las espadas un latido antes de que golpearan su pecho. La paloma fue ensartada, rociando sangre y plumas en el cabello de Sonya, y la jaula continuó sobre su cabeza, arrastrando al sacerdote con ella.

Sonya echó las piernas hacia atrás para que quedaran directamente encima de ella, se separó y golpeó a las dos figuras encapuchadas que estaban debajo de ellas a cada lado de ella. Sobresaltados, los otros seres que la sostenían aflojaron su agarre lo suficiente como para que el agente de las Fuerzas Especiales pudiera liberarse.

Sonya saltó desde lo alto de la losa de piedra y aterrizó sobre Baraka, cerrándolo con una tijera alrededor del pecho, luego dobló los pulgares y clavó los nudillos en la suave carne de sus sienes. Aulló de dolor y luego se desmayó, Sonya había apretado su caja torácica con tanta fuerza que no podía respirar.

Cayó inconsciente justo cuando la horda enfurecida caía sobre ella. Levantando literalmente al sacerdote por la parte posterior de su túnica, deslizó su mano izquierda alrededor de su cintura, agarró su antebrazo derecho con la mano libre y usó su espada para cortar y abrirse camino a través de la multitud de asistentes encapuchados.

"Lamento interrumpirte de esta manera", se burló, "pero tengo una cita caliente". Pasó a través de una de las sombrías figuras encapuchadas de negro. "¿Entiendes mi punto, chico risueño?"

Al llegar a la puerta del templo, Sonya hizo girar al sacerdote hacia ellos, puso su pie en la parte baja de su espalda y lo empujó hacia adentro. Luego, arrancándose las plumas de su cabello, salió corriendo a buscar a Kano y darle sus postres largamente atrasados.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

El círculo de niebla fuera del palacio brilló con la luz reflejada del relámpago de Rayden cuando el dios se materializó en la playa. La forma de Scorpion oscureció el aire y tomó forma a su lado, y retrocediendo, los dos subieron la colina boscosa, a lo largo del camino de tierra, hacia el palacio.

"No hay nadie en los árboles", dijo Rayden después de barrer las ramas. *"O no nos esperan, o han reunido sus fuerzas adentro"*.

El camino se curvaba hacia el norte y el majestuoso palacio apareció a la vista, ubicado entre las pagodas gemelas. Detrás de ellos, Scorpion pudo ver el antiguo templo de Shaolin excavado en la roca de la montaña. Era una lástima, pensó, que un edificio tan magnífico se usara al servicio del mal.

Y luego, en un día que había estado lleno de sorpresas, Scorpion fue atrapado desprevenido cuando escuchó una voz dentro de su cabeza.

Ten cuidado, hijo mío, dijo la voz cálida y tranquilizadora de Yong Park. *Sí te esperan y hay maldad en cada rincón*.

Scorpion sonrió detrás de su máscara. *Tendré cuidado, padre*, le aseguró.

Las puertas de hierro estaban cerradas, los dragones dorados uno frente al otro desde ambos lados. Rayden lanzó un cerrojo a la cerradura del centro; las llamas parecieron salir disparadas de las bocas de los dragones cuando un lado de la puerta salió disparado hacia atrás y el otro voló fuera de sus goznes, rebotando de punta a punta hacia el patio. Dios y el hombre entraron sin perder un paso.

Cuando entraron, dos grupos de figuras encapuchadas corrieron hacia ellos desde ambos lados, obstruyendo la salida y el camino por delante. Rayden se detuvo y Scorpion se detuvo un paso después cuando las figuras se quedaron allí.

"Tomemos lo que es nuestro", dijo el dios, *"y no sufrirás ningún daño"*.

No hubo respuesta, salvo por las túnicas agitadas por el viento que barría el patio. Y entonces, detrás de la multitud, resonó una voz.

"Mientras me siento caritativo, pueden quitarse la vida desde aquí, pero eso es todo. Ah, y en el futuro, toca el gong. Esas puertas son costosas".

Varias de las figuras con túnicas se hicieron a un lado para revelar al mago, con el amuleto alrededor de su cuello, de pie tan alto como podía. Estaba flanqueado por Goro a la derecha y Reptile a la izquierda; detrás de él, apenas visible en la oscuridad, estaba Kano.

"El amuleto que usas fue robado de mi sien", dijo Rayden. *"Devolver y Sonya Blade, y nos iremos"*.

"El amuleto fue recuperado de la ladera de una montaña", Shang Tsung

respondido. "No tienes ningún derecho sobre él. En cuanto a la Sra. Blade, le he permitido reunirse con su prometido. Has perdido el tiempo viniendo aquí, Rayden.

No me hagas perder el tiempo quedándote".

"Te lo pediré una vez más, mago. Devuélvenos lo que es nuestro".

Shang Tsung parecía revitalizado por el desafío. Sus ojos tenían algo de su antiguo fuego cuando dijo: "Devuélvelo... ¿o qué? Tú eres dos y nosotros somos quinientos".

Scorpion gritó: "¡Lo que haces va en contra de las leyes de la naturaleza! Si fueras quinientas veces quinientas, no nos iríamos".

Shang Tsung puso las yemas de los dedos en la piedra central del amuleto y cerró los ojos. "Es una propuesta interesante, amigo mío. ¿Crees que puedes respaldarla?"

A su lado, Goro comenzó a reírse.

"Con este amuleto y solo un alma, puedo abrir el portal lo suficiente como para traer a veinticinco mil guerreros del Outworld".

Scorpion sintió un destello de debilidad hasta que su padre habló. *Él no puede lastimarte, Tsui. Confía en tu poder... y en su debilidad.* El guerrero disfrazado levantó las muñecas para que quedaran frente a Shang Tsung. "Hablas demasiado, hechicero. Veamos tu ejército".

Las mejillas pálidas de Shang Tsung se sonrojaron y sus dedos, que aún estaban en el amuleto, comenzaron a temblar. "¡Tú, pequeño dios arrogante, proporcionarás el alma que los trae aquí!"

Las manos del mago comenzaron a humear, y sus ojos se posaron expectantes en el amuleto. El espléndido talismán vibró y se estremeció contra su pecho, pero solo debido a su tembloroso toque y no porque hubiera aprovechado su poder. Los segundos tardaron una eternidad en pasar ya que todos los ojos estaban puestos en él y el prometido desgarramiento del alma no tuvo lugar.

Entonces cesaron los temblores, los dedos larguiruchos de Shang Tsung se quedaron quietos.

Las manos del mago dejaron de humear.

Sus arrugados rasgos perdieron la poca vida que les había devuelto.

Y bajo los ojos incomprensibles de Goro y Reptile, y las miradas inexpresivas de los devotos habitantes del palacio, Shang Tsung, Señor Oscuro de la Isla Shimura, Maestro de las Huestes Encapuchadas, Mago-Canciller de Shao Kahn, levantó sus ojos sin brillo de la amuleto.

"No funciona", le dijo Shang Tsung a Rayden.

Scorpion dijo: "Todos lo vimos".

"Dime por qué, Rayden", dijo Shang Tsung. "¡Exijo saber por qué!"

De repente, lo que parecía ser una nube pequeña, oscura e inusualmente espesa se separó de la niebla que rodeaba la isla y se arrastró colina arriba. Pasó sobre el patio, las cabezas giraron mientras se dirigía hacia la aguja final de la pagoda y se posaba en el techo inclinado de abajo. Allí, la masa brumosa

se separó en dos secciones, una de las cuales comenzó a tomar forma humana y permaneció en el techo, mientras que la otra se precipitó hacia el suelo.

La forma del techo se solidificó, los contornos grises abultados dieron paso a una carne suave y una túnica blanca.

"No funcionó porque eres un demonio que sirve a un demonio aún mayor". gritó Kung Lao, su túnica ondeando al viento.

"¡El cura!" Gritó Goro. "¿Como es posible?"

"Dualidades", dijo Kung Lao. Señaló a Shang Tsung. "Su magia me mostró cómo hacerlo. El misticismo Fengah proporcionó los ingredientes, y un rayo arrancado del techo del Templo de Rayden me dio los medios para mezclarlos".

Aterrizando en el suelo y reconformándose detrás de Shang Tsung, Liu Kang dijo: "Recreamos lo que hiciste, mago, aunque no para mal".

El guerrero del Loto Blanco saltó para dar un puñetazo al sorprendido hechicero, pero Goro se interpuso entre ellos. Bloqueó el golpe con uno de sus gruesos brazos y, balanceando su forma gigante en una patada giratoria, golpeó a Liu Kang en la pierna. El mortal se tiró al suelo, rodó y se puso de pie antes de que el gigante pudiera pisarlo.

Por encima de ellos, Kung Lao se agachó en el balcón debajo del techo y saltó con los pies por delante a través de una ventana abierta de la pagoda, mientras Scorpion corría por la brecha en las filas de las hordas encapuchadas de Shang Tsung. Mientras Scorpion ejecutaba un salto alto para evitarlo, luego continuó corriendo hacia su camarada.

Con un juramento, Shang Tsung ordenó a sus secuaces que atacaran a Rayden. Entonces el mago se volvió y, con otro juramento, arrastró a Kano con él y corrió hacia el santuario.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—¡Ruthay! Shang Tsung estaba gritando mientras cojeaba a través de la retorcida corredores al santuario de Shao Kahn.

Los monjes encapuchados del templo se arremolinaban sin rumbo fijo, y Baraka no estaba a la vista. Pero el mago no podía preocuparse por eso ahora. Sin duda, su leal sacerdote había sido atraído afuera por la commoción.

—¡Ruthay! gritó el hechicero, después de entonar el cántico para destrabar las puertas.
"¡Algo ha ido muy mal!"

"Lo diré", murmuró Kano mientras Shang Tsung lo agarraba del brazo para sostenerse. "Tengo el presentimiento de que tendré suerte si obtengo el resto de mi dinero, y mucho menos la oportunidad de destripar a ese gordo que me arrojó contra la pared".

El mago lo ignoró mientras se movía a través de la oscuridad con una prisa desesperada, llorando por el regente de Shao Kahn, esperando que el demonio pudiera ayudarlo donde, inexplicablemente, su propia magia había fallado.

Shang Tsung entró en la cámara. "Ruthay, necesito tu ayuda", dijo, apresurándose hacia el círculo para que el calor de su cuerpo menguante pudiera animar la llama y el demonio. "Soy demasiado débil, mi espíritu está agotado. Debes agregar tu poder al mío para que el amuleto pueda activarse".

El brasero se encendió apagadamente, chispas de polvo de carbón ardiendo llenaron el aire por encima de él. El resplandor anaranjado creció, y mientras lo hacía, el mago se detuvo. Aunque sus ojos aún no se habían acostumbrado a la tenue luz, sintió de inmediato que algo andaba mal. Había una extraña agitación proveniente del área alrededor del brasero, una inquietud que hizo que el aire mismo ondiera con una curiosa mezcla de calor y frío.

La mirada de Shang Tsung pasó de la llama en el plato de hierro al círculo de polvo en el suelo, y vio de inmediato lo que estaba mal.

Hubo una ruptura en el círculo, un corte no más ancho que un pie humano. Pero eso habría sido suficiente para poner en peligro el hechizo, no solo debilitando el contacto de Shang Tsung con el Outworlder, sino poniendo en peligro a todos los demás seres del reino en este plano. Si se destruía algo más... Los ojos de Shang Tsung vagaron por el círculo y se posaron en una

visión que hizo que le doliera el corazón. Ruthay ya no era un loco anillo de ámbar flotando sobre el círculo; la grieta en el círculo había causado que el demonio-regente, una vez corpulento y de piel de pergamo, se fusionara en una burla de su forma natural.

Yaciendo en la oscuridad al pie del brasero se encontraba una criatura de piel blanca con manchas marrones, estirada y deformada por haber pasado quince siglos como prisionera del ring. Ahora tenía un torso estrecho y alargado, un alargamiento parecido a un hocico donde había estado su rostro, y piernas

y brazos que tenían casi la misma longitud y terminaban en apéndices con forma de garra en lugar de manos y pies. Sus ojos, que alguna vez fueron blancos, eran una gota, de color marrón triste, y su túnica roja estaba hecha jirones y colgaba de él como una cola.

Shang Tsung se tambaleó hacia adelante. —¡Ruthay!

"Sh-Shang", ladró el demonio. "No pude hacer nada. Yo... traté de... llamar..."

"¿Quién ha hecho esto?" el hechicero jadeó, pasando por encima del círculo e inclinándose ante la extraña y lamentable vista. "¡Dígame!"

"Maestro... Shang", gimió el demonio mientras Shang Tsung acariciaba su frente inclinada, "eso... eso..."

"Fui yo", dijo una figura de pie en las sombras. "Yo y mi pie izquierdo".

Shang Tsung lanzó una mirada hacia la esquina y se esforzó por ver en la oscuridad. "Conozco esa voz", dijo entre dientes, su voz temblando de ira. "¡Sal y enfrente, bruja!"

Sonya Blade se pavoneó desde la oscuridad y sonrió. La iluminación subyacente acentuaba su expresión, haciéndola parecer casi demoníaca.

"¿Alteré su plan, muchachos?" ella preguntó.

"Solo los retrasé", dijo Shang Tsung desafiante.

"Tal vez", dijo Sonya, "pero una cosa es segura". Extendió el puño derecho, lo abrió con la palma hacia arriba y sopló. "Necesitas una nueva mascota", dijo mientras las plumas flotaban hasta el suelo.

"¡Hamachi!" Shang Tsung gritó. Con la boca y los ojos muy abiertos por el horror, siseó: "Sonya Blade: te veré destrozado por los salvajes Kuatanese Troopyns, y tus restos se alimentarán de mis otros pájaros".

"No, no lo harás", gruñó Kano. "Ella no va a vivir tanto tiempo".

Con las manos lanzando violentos golpes en el aire, Kano pateó la rodilla varias veces antes de abalanzarse sobre Sonya, con un grito de guerra en los labios torcidos y la muerte en los ojos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Kung Lao encontró la pagoda desierta, todos los sirvientes de la oscuridad habían sido convocados al patio o, según vio al salir de la torre, a lo que parecía una ceremonia interrumpida en el templo.

No es que importara. Habría luchado contra todos ellos para alcanzar su objetivo.

Pero las cosas encapuchadas y encapuchadas lo ignoraron mientras avanzaba, dirigiéndose a donde intuía que encontraría el amuleto de su antepasado. La multitud se adelgazó a medida que se abría paso por el serpenteante pasillo, donde las esquinas que desde la distancia parecían tener ángulos eran curvas suaves cuando llegó, y los pisos que parecían inclinarse hacia abajo en realidad se inclinaban hacia arriba.

Este lugar es como una pesadilla hecha realidad, pensó Kung Lao, la geometría enfermiza refleja la corrupción de su amo.

El corredor se volvió más y más oscuro, y luego Kung Lao vio una luz tenue a través de una puerta abierta más adelante. Se acercó lentamente, escuchando lo que sonaba como un jadeo bajo y desesperado entre los gruñidos y golpes del combate.

Asomándose, Kung Lao vio por primera vez al mago arrodillado mirando a un pequeño monstruo travieso cuya cabeza estaba en su regazo. Más allá de ellos, el sacerdote de la Orden de la Luz vio a Kano peleando con la mujer que había sido parte de su banda de asesinos. La joven estaba atacando con una ferocidad que sorprendió a Kung Lao, y aparentemente a Kano también: el criminal había sido empujado contra una pared y estaba a la defensiva mientras lo golpeaba con combinaciones de puñetazos altos, ganchos y rodillas saltando que lo mantenían completamente atrapado. fuera de balance. Kung Lao no podía imaginar qué la habría puesto en contra de su líder, pero la desesperación de Kano era evidente en la ausencia de la charla simplista que era característica del hombre.

La mirada de Kung Lao se volvió hacia Shang Tsung cuando entró en la puerta.

Shang Tsung miró por encima. "Ahora mi día está completo", dijo, arrugando la nariz, tono amargo. "Esperaba que tú, Kung Lao, vinieras y profanaras esta habitación con tu santidad. Apestas a eso".

"Solo quiero el amuleto, Shang Tsung", dijo.

"¿Eso es todo?"

"Has sido derrotado", dijo el sacerdote. "No tengo ningún deseo de destruirte".

"¿Ningún deseo?" Shang Tsung se rió. "Basura. Está enterrado bajo capas pegajosas de piedad. Bueno, no entregaré el amuleto, Kung Lao. Si lo quieres, tendrás que venir y tomarlo". La vida malvada todavía parpadeaba en sus ojos.

"Veamos si eres tan caritativo como pretendes ser".

"¡No te acerques a él!" gritó Sonya Blade. "La puerta entre los mundos

¡todavía está abierto y ese demonio todavía respira! ¡Shang aún no está fuera de eso!"

El sacerdote se acercó lentamente. "¿Qué le pasa a la criatura?"

"A pesar de la proclamación optimista de la Sra. Blade", dijo Shang Tsung, "el demonio se está muriendo. Esa mujer, esa estúpida agente estadounidense con sus grandes pies estadounidenses, rompió el círculo encantado y rompió la línea de vida entre Ruthay y Outworld. No he la fuerza para restaurarlo".

"Lo siento", dijo Kung Lao.

"Estamos tocados", respondió Shang Tsung.

"No me gusta ver el final de ninguna vida", dijo el sacerdote, "incluso una vida que se ha dedicado al mal. Siempre hay una oportunidad de redención".

Shang Tsung soltó una risita al ver a Kano intentar en vano recuperar la ofensiva. Pero después de que Sonya Blade detuviera dos desesperadas patadas altas de Kano, avanzó con un barrido que arrojó al criminal contra la pared. Lo siguió con una patada de aire en la mandíbula que hizo volar los dientes y la sangre.

"Si te duele tanto", dijo Shang Tsung, "¿por qué no ayudarlo? Usa el amuleto para reabrir la línea de vida".

Kung Lao se detuvo fuera del círculo. "Está bien", dijo.

"¡No!" Sonia lloró. Redobló sus esfuerzos para derrotar a Kano, lanzando una tijera alrededor de su cintura y derribándolo. Mientras colocaba el costado de su mano repetidamente contra su nariz, gritaba: "¡Si vuelves a abrir el portal, quién sabe qué saldrá!"

"Ella es una alarmista", dijo Shang Tsung, bajando las cejas. "No se burle de mí, sacerdote. Si puede ayudar, hágalo rápido. Ruthay no se aferrará a la vida por mucho más tiempo".

"¡No!" gritó Sonia. Dejó a Kano todavía consciente y corrió hacia el círculo. "¡No sabes lo que estás haciendo! Shao Kahn necesita solo un alma más—"

"Soy consciente de las necesidades de Shao Kahn", dijo el sacerdote. Levantó una mano hacia Sonya y extendió otra hacia el mago. "Dame el amuleto y enviaré al demonio de vuelta", le dijo Kung Lao a Shang Tsung. "Tienes mi palabra."

Sonya corrió hacia el círculo, rompiéndolo más y haciendo temblar a Ruthay.

"Massssterrrr..." El regente moribundo se estremeció.

Kung Lao miró a Sonya. "No sigas adelante", dijo. "Si estás en el lado del bien, no tienes nada que temer".

"¡Toro!" ella dijo. "Mi prometido estaba del lado del bien, y ahora está dentro de una caja de latón".

"Solo su cuerpo", dijo Kung Lao, "no su alma". Volvió a mirar a Shang Tsung. "¿El amuleto?"

El mago inclinó la cabeza hacia el sacerdote, aunque sus ojos nunca lo dejaron.

"Sacerdote", dijo Sonya, sacando sus cuchillos y acercándose, "es una cosa realmente idiota para-"

Una patada voladora la tiró al brasero, que traqueteó pero no cayó. Kano lo siguió con una patada en cucillas en su barbilla.

"Realmente odio el sonido de tu voz", dijo a través de los labios ensangrentados.

Cuando Sonya trató de levantarse, Kano metió los brazos y la cabeza en su pecho y saltó sobre ella, tirando de sus piernas para un salvaje golpe de bala de cañón. Los dos volaron por la habitación, donde forcejaron en la oscuridad.

Kung Lao volvió a mirar al mago y luego tomó la correa. Él

Quitó el amuleto del cuello de Shang Tsung y lo puso alrededor del suyo.

"Solo puedo alcanzar el Aura blanca de la Orden de la Luz", dijo Kung Lao. "El Aura negra de la Muerte y el Aura roja del Outworld no me son conocidas. ¿Cuáles son las palabras que usas?"

"Antes de que te lo diga, debes reparar el círculo", dijo Shang Tsung.

Caminando hacia los descansos, Kung Lao se inclinó junto a ellos a su vez. "Está hecho", dijo.

Shang Tsung ni siquiera se molestó en reprimir una sonrisa cuando dijo: "Las palabras que debes usar son:"

A la tierra más allá, más allá, deseo ir, Desde el mundo sombrío de este y ahora.

Al reino eterno donde el caos es orden, Donde la oscuridad es luz y moran los demonios.

Abre tus brazos, Señor de las profundidades Para abrazar a tu súbdito. Escucha mi oración".

Acostumbrado al estudio y la repetición, Kung Lao cerró los ojos, inclinó la cabeza, cruzó las manos sobre el amuleto e hizo su recitación silenciosa.

Cuando terminó, las llamas brotaron del brasero, elevándose alto y arrastrándose hacia afuera como la tapa de un hongo.

"¡El mar de fuego, Ruthay!" Shang Tsung gritó cuando el fuego se extendió por encima. "¡El tonto lo ha hecho! ¡Kano, acaba con la mujer! ¡Que sea suya el alma que da a luz a Shao Kahn!"

Pero cuando el mago dejó caer la cabeza de Ruthay al suelo y subió a sus pies, las llamas cambiaron... y también su expresión.

CAPÍTULO CUARENTA

En el patio, el caos floreció cuando un dios y los demonios del Mundo Exterior, los fantasmas, los caparazones de los muertos, Salinas (soldados de infantería de simios mutantes) y los mortales lucharon por el control del día.

Mientras Liu Kang y Scorpion se concentraban en Reptile y Goro, Rayden arrojó rayos a los innumerables sirvientes del palacio y el templo, criaturas que no tenían alma y tuvieron que ser reducidas a pedazos de carne muerta pero en movimiento que aún palpitan, o Salinas cuya capacidad para el castigo fue a la vez asombroso y brutal. Las criaturas vestidas de blanco y negro seguían atacando a Rayden, a pesar de la pérdida de extremidades y grandes trozos de tendones, y el Dios del Trueno se teletransportaba regularmente a un lugar diferente en el patio o en las pagodas para reanudar su asalto.

Y luego todos los monstruos del Outworld, así como los sirvientes muertos de Shang Tsung de este mundo, dejaron de luchar. Como uno, giraron en dirección al santuario.

"¿Lo que está sucediendo?" Liu Kang le preguntó a Scorpion cuando Goro y Reptile, aparentemente imparables, dejaron de pelear y miraron hacia el palacio.

"No lo sé", dijo Escorpión.

"Tal vez viene alguien...", sugirió Liu Kang. "-o yendo. ¿Sientes eso?"

Liu Kang se quedó quieto por un momento. "¿Quieres decir, como una sensación de *tirón*?"
"Sí", dijo Escorpión.

Un momento después, el más pequeño de los Salina comenzó a deslizarse hacia el palacio, como si el patio se hubiera inclinado y los estuvieran arrojando en esa dirección. Ellos aullaban mientras se aferraban desesperadamente a los árboles y a sus vecinos más grandes, sus largas uñas de los pies arañando frenéticamente el suelo.

Definitivamente algo los estaba jalando... y, unos momentos después, sus compañeros más grandes también comenzaron a correr hacia el palacio.

Incluso Reptile y Goro sintieron el tirón.

"Algo le ha pasado al portal", dijo Goro cuando un Salina se deslizó a su lado. La pobre criatura aceleró y se estrelló contra la pared del palacio, seguida por otras criaturas que aterrizaron encima de él o atravesaron las ventanas y fueron tragadas por la oscuridad del interior. Pronto, el propio muro cedió y los Outworlders amontonados sobre él navegaron hacia el interior.

Goro se giró para mirar hacia el palacio y luego se echó hacia atrás, clavó sus tacones de elefante en las baldosas del patio. A pesar de que su peso se inclinaba en la dirección opuesta y la fuerza de sus talones, él también se sintió atraído hacia la extraña fuerza que afectó a todos menos a Liu Kang, Scorpion y Rayden.

Mientras levantaban a Reptile y lo arrastraban hacia el enorme agujero en la pared del palacio, Liu Kang se protegió los ojos del sol y buscó a Rayden.

"¡Dios del Trueno!" gritó cuando vio a la deidad de pie junto a la puerta, criaturas volando lejos de él. "¿Qué está pasando?"

Los ojos del Dios del Trueno estaban cambiando de blanco a dorado. *"Algo ha puesto la magia de Shang Tsung en su contra"*, dijo. *"El portal se está cerrando y llevándose consigo a su maligno engendro"*.

"¿Qué pudo haber causado eso?" Liu Kang preguntó justo cuando una de las enormes manos de Goro se aferró a su pierna, lo volteó sobre su rostro y comenzó a arrastrarlo cada vez más rápido hacia la brecha en la pared.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Tan pronto como las llamas del brasero alcanzaron el techo, con sus decoraciones de constelaciones dementes vistas en los cielos del Outworld, la columna volvió sobre sí misma con un torrente ensordecedor, apagando el fuego.

Las brasas en el aire alrededor del brasero implosionaron cuando el aire mismo se vertió hacia adentro, como si lo hubieran arrastrado por la boca de un enorme embudo. Pronto todo el círculo estaba vivo con tumulto mientras el aire giraba y giraba.

Kung Lao salió del círculo y se detuvo junto a la puerta. Kano y Sonya Blade dejaron de pelear y Shang Tsung también abandonó el círculo, los cuatro observaron cómo Ruthay se movía, comenzaba a avanzar poco a poco por el suelo sobre su espalda, y finalmente fue succionado por el vórtice tan rápido que dejó un rastro marrón y blanco en el aire detrás de él.

Shang Tsung le preguntó al sacerdote: "¿Qué has hecho?" El mago escuchó los gritos del patio y el repugnante ruido sordo de los cuerpos chocando contra la pared. Entonces se dio cuenta de que Kung Lao no había reparado las roturas en el círculo, e incluso mientras observaba, las partículas de polvo ya se elevaban y luego giraban hacia abajo en un remolino brillante.

"¿Qué has hecho?" Shang Tsung gritó.

"No menos de lo que prometí", dijo Kung Lao. "Envié a Ruthay de regreso al Outworld, donde revivirá".

"¡Qué más!" exigió el hechicero.

"Como ya estaba abriendo la puerta, decidí enviar al resto de tus sirvientes también".

"¡Pero mentiste!" Shang Tsung gruñó. "Un sacerdote de la Orden de la Luz se retractó de su palabra!"

"Yo no hice tal cosa".

"¡Dijiste que no sabías las palabras para entrar en el aura roja!"

"Y no lo hice", dijo Kung Lao. "Pero estoy bien versado en el misticismo de Shaolin, Shang Tsung. Sabía que eres un ser engañoso y engañoso, y que la oración que me diste te permitiría enviar un alma a Shao Kahn y abrir la puerta a nuestro mundo. "

Hubo varios golpes fuertes contra la pared exterior del santuario. La pared comenzó a abultarse hacia adentro.

"Simplemente pronuncié la oración al revés", dijo Kung Lao, "que es la forma común de revertir un proceso oculto. Al mantener el círculo abierto, he permitido que *todos* sus invitados regresen a casa".

"¡No... no *todos*!" Shang Tsung dijo desesperadamente mientras miraba hacia el pared, que empezaba a resquebrajarse ahora. "¡Goro! ¡Reptil!"

Mientras observaba, pequeños pedazos de la pared cayeron, luego pedazos y luego bloques volaron en todas direcciones mientras un mar de Salinas se desplomaba, junto con la carne animada de los muertos que estaba a punto de reunirse con su multitud de almas y libéralos para viajar al reino negro de la muerte en lugar de la condenación.

"¡Shang Tsung!"

El rugido se escuchó incluso por encima del estruendo del vórtice, cuando la enorme forma de Goro apareció a la vista, su hombro atravesando paredes intermedias, volcando sillas y mesas, derribando columnas mientras intentaba detener su vuelo hacia adelante. Detrás de él venía el luchador Liu Kang, que todavía estaba en sus manos, y Reptile.

"¡Shang Tsung, ayúdanos!"

El mago se iluminó cuando vio al miembro cautivo de la Sociedad del Loto Blanco.

"¡Goro, estoy aquí!" gritó el mago. "¡Agárrate a Liu Kang! Si lo llevas ¡Shao Kahn tendrá su alma y regresará con todos ustedes!"

Cuando el gigante fue atraído hacia el santuario, Rayden y Scorpion se materializaron en la habitación, frente a Goro, con los lomos ceñidos.

"¡No!" Shang Tsung gritó. "¡No lo detendrás!"

Con lo último de sus fuerzas, el mago retrocedió hacia el torbellino que gritaba. Su cabello largo y blanco y su rica túnica estaban azotados a su alrededor mientras estaba allí.

"¡Lord Kahn! ¡Toma lo último de mi alma para enviar a estos dos a otra parte! Deja que mi el fracaso sea tu triunfo! Envía el rayo rojo a—"

De repente, Goro y Reptile dejaron de moverse.

El pelo y la túnica de Shang Tsung se colocaron a su alrededor en un desorden pacífico.

Los vientos cesaron y el polvo del círculo se depositó en el suelo como finas nieve.

Y Kung Lao quitó los dedos del amuleto, que brillaba con un fuego frío.

"Shang Tsung", dijo el sacerdote, "no se enviarán más almas a Shao Kahn... ni siquiera la tuya. La puerta al Mundo Exterior está cerrada".

Hubo un momento de espeso silencio. Se rompió cuando Kano se puso de pie.

"En ese caso, me voy de aquí", dijo, saltando a través de lo que solía ser un pared y desapareciendo en la luz del sol.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

A pesar de sus dolorosas heridas y su mandíbula ensangrentada, Sonya Blade se puso de pie y corrió tras él.

Rayden y Scorpion se enfrentaron a Goro y Reptile aturdidos, mientras que Liu Kang logró liberarse del agarre suelto del Outworlder y unirse a sus camaradas.

"Se acabó, mago", le dijo Kung Lao a Shang Tsung.

Shang Tsung logró poner una pequeña sonrisa en su cara larga y arrugada. "Por ahora."

"¡No!" dijo Kung Lao. "Has matado-"

"Esta es mi isla", dijo el mago. Mis leyes. No he quebrantado ninguna.

"Hay otras leyes", dijo Liu Kang. "Leyes de honor y decencia".

"He vivido durante más de mil quinientos años, mi ramita de Loto Blanco. No te atrevas a sermonearme sobre el honor y la decencia. Los he visto tomar muchas formas, ser interpretados de muchas maneras. Algunas personas dicen que los decentes son simplemente aquellos que han aceptado lo que es, mientras que los indecentes son aquellos que intentan cambiarlo". Shang Tsung miró a Rayden. "Otros dicen que la decencia es adorar a un dios, mientras que la indecencia es adorar a otro.

¿Quién puede decir lo que es correcto?"

"El ganador", dijo Scorpion. "Y desde donde estoy parado, eso se parece a nosotros".

"¿Lo hace?" preguntó Shang Tsung. "¿Has logrado lo que te propusiste hacer? ¿Has destruido a Sub-Zero? ¡Muéstrame su corazón!"

Escorpión no dijo nada.

"¿Sonya Blade ha capturado a Kano? ¿Shao Kahn todavía ejerce el poder supremo en el Outworld?" Shang Tsung sonrió. "No has ganado nada, hombrecito. Simplemente me has retrasado. Tengo tiempo y tengo recursos, y encontraré la manera de conseguir lo que quiero".

Liu Kang se acercó sigilosamente al Dios del Trueno. "¡Rayden! ¿Permitirás que este villano quede libre?"

La deidad dijo: "No tenemos elección".

Liu Kang dijo: "¡Pero son débiles! ¡Podemos vencerlos, a todos!"

"Si les quitamos la vida o violamos la ley de Shang Tsung", dijo Rayden, "no seríamos mejores que ellos".

"Puedo vivir con eso", dijo el guerrero del Loto Blanco, "¡siempre y cuando estén fuera de circulación!"

Rayden dijo a sabiendas: "No hemos llegado tan lejos, ni hemos luchado tanto, para rehacer el mundo a nuestro gusto, pero para evitar que ellos hagan lo mismo".

Liu Kang pateó un trozo de escombros en el suelo. "Pero el hombre está loco, Rayden! ¡Solo intentará esto de nuevo!"

"Te equivocas de nuevo, muchacho", dijo Shang Tsung. "No intentaré esto de nuevo". Sus ojos iban de un héroe a otro. "He aprendido mucho sobre mis enemigos, y definitivamente no volveré a intentarlo. La próxima vez que nos encontremos, todos nosotros, será de una manera más tradicional".

Liu Kang lanzó una serie de golpes altos y uppercuts al aire en frente de Shang Tsung, haciendo que el mago retroceda.

"Mortal Kombat", dijo el guerrero del Loto Blanco con una sonrisa de suficiencia. "Yo miro ¡Anímate a eso, brujo!"

"Yo también", dijo Shang Tsung.

Con gran esfuerzo, el mago exhausto sostuvo sus brazos hacia la brecha en la pared exterior.

"De acuerdo con este estimulante nuevo espíritu de distensión", dijo, "te ofrezco el uso de mi embarcación para regresar a la costa. En cuanto a mí, estoy cansado y me gustaría tomar un largo descanso. Goro, Reptil, atiéndeme".

Dándose la vuelta, Shang Tsung abandonó el maltrecho santuario, seguido por Goro y Reptile. Los Outworlders aún desorientados tropezaron entre los escombros, gruñendo y silbando al Dios del Trueno y su grupo cuando pasaban.

Cuando se fueron, Sonya Blade irrumpió a través de la pared destrozada.

"Lo he perdido", resopló ella, quemando parte de su ira superficial saltando y pateando ladrillos sueltos del enorme agujero. "Esta isla, es imposible encontrarle sentido".

"¿Esta isla?" dijo Liu Kang. "¡Diablos, en este momento incluso los buenos no tienen sentido para mí!"

"Vi a Kano dar la vuelta a la pagoda", dijo Sonya, "y lo perseguí hasta allí. Pero cuando llegué, él estaba detrás de mí. Y luego se fue, sin rastro."

"Este lugar es extraño", dijo Kung Lao, "y uno se ve obligado a preguntarse si fue el alma del hombre que deformó la isla, o si el mismo Shimura era malvado e infectó su alma".

"No me preocupo por cosas así", dijo Sonya, todavía furiosa pero bajo control. Observó a Shang Tsung y sus demonios doblar una esquina en el corredor extrañamente curvo. "Pero tengo la sensación de que Liu Kang tiene razón. Todos regresaremos a esta isla en poco tiempo".

Scorpion dijo: "No, a menos que Sub-Zero esté aquí. No descansaré hasta encontrarlo".

"Oye, puede que te encuentre", dijo Liu Kang. "Pertenece a un clan ninja malvado que no cree en esperar a que los enemigos se acerquen a ellos. Cada uno de esos asesinos es peor que el anterior".

Los ojos de Scorpion se humedecieron. "No todos ellos", dijo. "Había, una vez, un miembro noble de Lin Kuei. Un hombre que pagó por esa nobleza con

su vida."

"Pero quién vive todavía en su hijo", dijo Rayden, con una compasión inusual en los ojos dorados.

Sonya le dio una última patada giratoria a un ladrillo que colgaba de lo alto de la brecha en la pared, luego volvió a subir.

"En este momento", dijo Kung Lao, "por mucho que odie decirlo, estoy de acuerdo con Shang Tsung".

"¿Estás de acuerdo con el mago?" dijo Liu Kang.

"Sí", dijo el sacerdote con una sonrisa. "En un día, he sido sacerdote, guía, niebla viviente y guerrero. Definitivamente es hora de ir a casa y tomar una siesta".

Rayden miró al hombre santo. *"Ya habrá tiempo suficiente para descansar"*, dijo, *"el largo sueño al que eventualmente llegan todos los mortales. Antes de que cierres los ojos, hay una cosa que deseo que hagas"*.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El pueblo de Wuhu dio la bienvenida al regreso de su sacerdote con una celebración improvisada, los habitantes corrieron a las calles y, después de haber asaltado sus montones de compost, le arrojaron puñados de huesos de animales.

Sonya y Liu Kang caminaban detrás de él, con Scorpion siguiéndolos a ambos.

El agente de las Fuerzas Especiales parecía desconcertado por la efusión.

"En los Estados Unidos, tiramos confeti", dijo, empleando ingeniosamente un bloque alto para derribar un esternón de faisán que se dirigía hacia su dolorida mandíbula. "Hay menos posibilidades de salir lastimado".

"Tampoco tiene significado más allá del acto de lanzar", dijo Liu Kang. "Esta es la forma tradicional china de decir que la gente espera que se quede para siempre, que sus propios huesos sean enterrados en el suelo de Wuhu. Alégrate de que esa sea la costumbre en este pueblo", sonrió. "En algunos lugares tiran la piel y las vísceras".

"Delicioso", dijo Sonya.

Observó cómo jóvenes y viejos corrían y cojeaban desde las puertas de sus chozas, todos con grandes sonrisas, algunos llorando de felicidad, todos uniéndose a la multitud. Y al ver su alegría, sintió que aunque no había podido alcanzar a Kano, el día, toda la aventura, no había sido en vano.

Habían detenido a Shang Tsung, se dijo a sí misma, y *había* ayudado a devolver a Kung Lao al seno de las personas que lo necesitaban. De hecho, se sintió un poco celosa.

"La última vez que fui a casa en Austin, Texas", dijo, "dos personas vinieron a hablar conmigo cuando estaba llenando el tanque de gasolina. Una era un novio que esperaba evitar, y otra era una novia cuyo CD de George Strait tomé prestado".

"¿Cómo te habría hecho sentir la bienvenida de un héroe?" preguntó Liu Kang.

"Consciente de sí misma", admitió Sonya. "Aunque a una parte de mí probablemente le gustaría". Le dio una patada alta a una baqueta arrojada sobre su cabeza. "Sin embargo, supongo que solo puede suceder en lugares como este".

Liu Kang asintió. "Una aldea pequeña donde la sabiduría del sacerdote local es lo que se tiene en alta estima... no una aldea global donde nos aferramos a cada palabra de los comentaristas de radio y presentadores de programas de televisión".

Cuando el cuarteto llegó al Templo de la Orden de la Luz, Kung Lao se volvió y miró a su gente, Sonya, Liu Kang y Scorpion se alinearon detrás de él.

El sacerdote todavía estaba descalzo, todavía vistiendo solo la túnica en la que se había sentado.

aunque ahora también llevaba el amuleto del Dios del Trueno alrededor de su cuello.

Kung Lao sonrió ampliamente cuando vio que Chin Chin se dirigía al frente de la pequeña multitud, luego levantó los brazos y habló.

"El santo Chu-chi escribió una vez: 'Me sentí obligado a ir lejos y ascender una montaña famosa. Abandonando el pueblo de mi familia y dejando atrás el desinterés, me propuse cultivar matorrales y hacerme callos en las manos y los pies. Me consideran loco . El proceso divino, sin embargo, no florece en medio de lo familiar'".

Kung Lao sonrió.

"Amado pueblo de Wuhu, mis amigos y yo nos sentimos honrados por su bienvenida. Hemos visto lo desconocido y hemos cultivado matorrales de rectitud en un campo de abominación. Pero con fe, hemos triunfado".

Sonya esperaba que la gente vitoreara, pero solo hubo un silencio reverente. No se sintió extraña ni incómoda, aunque trató de imaginar a un político estadounidense pronunciando un eslogan como ese y siendo recibido con nada más que el afecto y la atención constante de la gente.

"Cuando nos enfrentamos a las fuerzas del Outworld", dijo Kung Lao, "fuimos bendecidos por tener a nuestro lado al Dios del Trueno más sagrado. Y antes de que nos dejara para regresar a su montaña sagrada, Rayden me encargó que hiciera una cosa por a él"

Kung Lao hizo una pausa, sus ojos sabios recorrieron los rostros ansiosos y amorosos de los aldeanos. Su mirada se posó en Chin Chin.

"El Dios del Trueno me pidió que seleccionara un acólito", dijo, "alguien a quien entrenaé personalmente para que se convierta en sacerdote de la Orden de la Luz. Una persona que, con el tiempo, enviaré para fundar un nuevo templo. Yo pido que tú, Chin Chin, seas ese nuevo discípulo".

El joven parecía como si acabara de ver a una de sus ovejas subirse a un árbol.

"M-maestro, ¿estás seguro de que me quieres?" preguntó Chin-Chin.

"Fue el propio Rayden quien preguntó por ti", dijo el sacerdote. "Él vio el coraje con el que te enfrentaste a los hombres de Kano y sabe que demostrarás ser digno de la tarea".

"Me sentiría honrado", dijo Chin Chin. "Pero soy huérfano, y sin hermanos. ¿Quién cuidará de mi rebaño?"

"¡Voy a!"

Kung Lao miró a la multitud mientras Chin Chin y varios otros aldeanos se volvían.

Todos los ojos se posaron en un joven parado en medio de ellos. Era esbelto pero musculoso y llevaba un palo largo al hombro; del extremo colgaba una tela negra abultada. El joven tenía rasgos extremadamente afilados y angulosos, cejas finas y negras, cabello negro recogido en un par de colas de caballo y ojos negros que cambiaban y brillaban como pequeños charcos de aceite.

Cuando Kung Lao se volvió hacia él, el joven levantó una mano, con la palma

fueras, para proteger sus ojos de la luz solar reflejada del amuleto.

"No lo conozco, señor", dijo Kung Lao.

"No, reverendo sacerdote. Mi nombre es Samo Heung. Acabo de llegar a Wuhu desde Qiqihar, en la Gran Cordillera de Khingan. Fui pastor allí hasta que mi aldea fue destruida por una avalancha. He venido al sur para hacer una nueva vida para mí, lejos de los tristes recuerdos del norte, y me gustaría poder hacer eso aquí, y también encontrar paz adorando en tu templo".

Kung Lao sonrió. "De nada, Samo Heung. Nos honraría que te hicieras cargo del rebaño de Chin Chin".

"Por un precio", dijo Chin Chin. "Uno razonable", agregó bajo la mirada de reproche de Kung Lao.

"Pero por supuesto." Samo Heung hizo una reverencia. Aunque tenía la cabeza inclinada, sus ojos negros atravesaron la multitud, encontraron a Scorpion y atraparon y sostuvieron los ojos del luchador.

Sonya notó simultáneamente la conexión entre ellos y sintió un extraño escalofrío.

"Escorpión, ¿conoces a ese hombre?" ella preguntó.

"No estoy seguro", dijo. "Pero siento como si lo hubiera conocido en alguna parte".

"Él también debe sentirlo", comentó Liu Kang, "la forma en que te está mirando".

El sacerdote les dijo a los aldeanos que regresaran a sus casas, y mientras calladamente desembolsado, Scorpion se apresuró entre ellos para hablar con el extraño de cabello oscuro.

Aunque había un corto paseo desde el templo hasta donde había estado parado el hombre del norte, se había ido cuando llegó Scorpion.

Además, nadie había visto adónde iba.

"Bastante extraño", dijo Liu Kang cuando llegó al lado de Scorpion. "Hubieras Pensé que quería hablar contigo.

Tal vez reconoció a Escorpión", dijo Sonya cuando llegó, "y no quería verlo". Miró a su compañero enmascarado. "¿Tienes enemigos?"

"Solo uno", dijo gravemente. "Un ninja con odio en los ojos, el poder de ir y venir sin ser visto... y el tipo de coraje que nunca permitiría una confrontación directa".

Sonya dijo: "Parece que Wuhu acaba de contratar a un ninja para que sea su nuevo pastor".

"Es muy posible que lo sea", dijo Scorpion. "Tal vez me quede un rato para averiguar más sobre él".

Después de despedirse de sus dos amigos, Scorpion se dirigió hacia el edificio de ladrillos. edificio que sirvió como posada y oficina de correos de Wuhu.

Cuando hubo entrado, Sonya se volvió hacia Liu Kang. "Y pensé que hablábamos en serio".

"Lo somos", dijo Liu Kang. "Estabas bastante serio en la isla,

pateando ladrillos y madera por todas partes. Y no esquivaste exactamente esos huesos de pájaro que se cruzaron en tu camino".

"Trato de dejar salir mi ira", dijo. "Si lo mantienes dentro, como Scorpion lo hace, puede enfermarse".

"¿Y crees que te has librado de tu ira?" preguntó Liu Kang. "O ¿Es como el veneno de Reptile: cuanto más escupes, más haces?"

Sonya parecía adolorida. "Pregúntale al sacerdote", dijo. "Él es quien ve en nuestras almas. Todo lo que sé es que Scorpion probablemente no dormirá bien hasta que Sub-Zero esté muerto. Al menos estaré bien descansado cuando encuentre a esa escoria de Kano".

"Tal vez tengas razón", dijo Liu Kang, "pero Rayden tenía razón: el gran sueño llega pronto. Tal vez Scorpion sepa lo que está haciendo".

"Hablando de hacer", dijo Sonya, "¿qué harás ahora? ¿Regresar a Hong Kong?"

Liu Kang asintió. "Tengo que encontrar nuevos reclutas para reemplazar a los dos hombres que perdí aquí. También quiero ver a algunas personas que lucharon en el último Mortal Kombat. Ver si alguno de ellos todavía está por aquí, si me pueden decir algo al respecto". Rayden puede pensar que ganamos este enfrentamiento, pero la próxima vez que me encuentre con Shang Tsung y su grupo, no quiero que puedan irse. ¿Y tú? preguntó. "¿Te quedarás aquí y buscarás a Kano?"

"No", dijo Sonya. "Tengo que regresar a los EE. UU. e informarle a mi jefe sobre lo que sucedió aquí. A Jackson Briggs no le gusta que lo mantengan en la oscuridad y, además, Kano es como un tronco podrido. Puede esconderse debajo de la superficie por un tiempo, pero eventualmente se levantaría de nuevo. Y cuando lo haga, estaré allí".

"Conmigo a tu lado", dijo Liu Kang. "¿Qué te parece si compramos McPheasant y papas fritas y comenzamos nuestra larga caminata hacia la estación de tren?"

Sonya le pasó un brazo por los hombros. "¿Tu trato?"

"Yo invito."

"Vamos", dijo, mientras se dirigían hacia la posada.

Detrás de ellos, Chin Chin estaba solo fuera del templo, observando desde un distancia cuando Kung Lao fue recibido por sus monjes.

Después de unos momentos, se dio cuenta de una figura alta de pie a su lado.

"¿Escuchaste?" dijo el joven al forastero, un mendigo que estaba vestido con una túnica de lana negra, su rostro oculto en la sombra de una capucha con flecos de cuero. "Voy a ser sacerdote".

"Escuché", dijo el extraño con una voz suave y meliflua.

"Felicidades."

"Gracias, señor", el rostro de Chin Chin estaba radiante. "¿Crees que mi entrenamiento incluirá?" Él dudó. "No. ¡Qué tonto! Ni siquiera me atrevo a pensar

eso."

Pero lo pensó.

"¿No sería maravilloso", dijo un momento después, "si Kung Lao me enseñara a usar su amuleto secreto? Piénselo, señor. Usaría su magia para ayudar a tanta gente necesitada".

El extraño preguntó: "¿Lo harías?"
"¡Sí! ¡Sí, de hecho!"

"Entonces presta atención a tu primera lección, Chin Chin".

El niño lo miró, "¿Primera lección? ¿En qué, señor?"

"En donde reside verdaderamente la fuerza".

La luz del sol golpeó la boca perfectamente formada del mendigo debajo del borde de cuero de la capucha. La carne de su mejilla y barbilla parecía anormalmente suave, como el cristal, casi radiante.

"Lo siento", dijo Chin Chin. "No entiendo."

El desconocido dio un paso hacia el chico. "El amuleto que codicias no *tiene* poder", dijo.

El entusiasmo de Chin Chin pareció colapsar. "¿Qué quiere decir, señor? ¡Por supuesto que tiene poder!"

"No", dijo el extraño, moviendo un fuerte dedo de un lado a otro. "El poder del amuleto es tan grande como el poder del usuario". El desconocido se acercó y golpeó con el dedo el pecho de Chin Chin. "El poder del amuleto viene de aquí".

"¿Desde dentro de mí?" preguntó el joven.

"El talismán simplemente ayuda al usuario a creer", dijo el extraño.

"¿Creer en qué? ¿En T'ien? ¿En la magia?"

"En sí mismo", dijo pacientemente el extraño. "Como la sonrisa de un niño o un glorioso amanecer, ayuda a su portador a suprimir el lado malo que todos tenemos. Como una lluvia refrescante, limpia y refresca el espíritu, saca a la superficie la fuerza y las nobles ambiciones que ya están dentro. "

Chin Chin no sabía si estar encantado o decepcionado por la revelación, o si creerlo en absoluto. Sin embargo, algo en el extraño lo hizo creer, y por lo que pudo haber sido un momento o una hora, se quedó mirando fijamente los ojos apremiantes del extraño.

"¿Sería de mala educación preguntar, señor, cómo sabe tanto sobre el amuleto de Kung Lao?" Dijo Chin-Chin. "¿Eres un sacerdote o peregrino de la Orden de la Luz?"

"No", dijo el extraño. "Yo tampoco lo soy. Soy un explorador, tanto como tú te convertirás".

"¿YO?" dijo el joven. "Pero se equivoca, señor. No me convertiré en un explorador. Me acaban de pedir que sirva en el templo".

"Y así lo harás", dijo el mendigo, tendiéndole la mano. Atrapado entre el pulgar y el índice había una tela blanca que ondeaba con la brisa. "¿Puedes leer esto?" preguntó.

Chin Chin tomó la tela y miró los caracteres negros pintados en un lado. "Él no puede morir, pero no vive, es verdad. Él es más que todos, y todo es P'an Ku". El pastor miró al extraño. "No entiendo. ¿Quién es P'an Ku?"

"Él es a quien busco... a quien tú buscarás. Comprender a P'an Ku es comprender la naturaleza de toda la creación. Comprenderlo es encontrar la fuente de los mortales y los inmortales, del bien y del mal. , para comprender la naturaleza dual del universo".

Chin Chin volvió a mirar el papel y luego fue a devolvérselo al desconocido.

"Es tuyo", dijo el mendigo, levantando una mano. "Guárdalo siempre para recordarte que la búsqueda nunca termina".

Con sus ojos dorados brillando bajo su capucha cuando se dio la vuelta, el extraño dejó a Chin Chin más confundido que antes, pero decidido a trabajar duro y encontrar respuestas a la miríada de preguntas que ahora corrían por su mente.

Mientras lo observaba irse, Chin Chin murmuró: "Me pregunto quién es ese..."

Y luego brilló un relámpago y el mendigo se fue, y mientras corría hacia el templo Chin Chin sabía con quién acababa de hablar....

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

"¿Otro?"

"No, Señor. No".

La oscuridad creció y luego retrocedió cuando Shao Kahn se movió en su trono.

"*Estos mortales me aburren con su arrogancia y sus peticiones mezquinas*".

"No lo culpo en absoluto, señor", dijo Ruthay. "No es otro mago o bruja, señor."

"*¿Entonces que es eso?*"

El corpulento Ruthay, de piel de pergamino, pateó el dobladillo de su túnica roja detrás de él e inclinándose profundamente, con la frente casi tocando los dedos de los pies, se acercó a la presencia casi invisible de Shao Kahn.

"Señor Shao", dijo el pequeño demonio, como siempre al mando de solo una fracción de la autoridad que quería o necesitaba, "He recibido un mensaje de... de su sirviente en el Reino Madre".

Ruthay se inclinó en un suspiro que sonó y se sintió como una explosión del hornos que incendiaban las fosas del palacio del Mundo Exterior.

"*¿Qué dice el patético mortal?*"

"Señor Maestro, Shang Tsung dice que tendrá la última alma restante que necesita muy pronto y podrá cruzar".

"*Me cansé de sus promesas*".

"*Él... él dice que está seguro de ello*".

Estaba seguro la última vez.

"Señor, él... admite que estaba distraído. Buscó el amuleto de Rayden para servirle, Majestad".

"*Ciega Ruthay*", dijo Shao Kahn. "*¡Buscó el amuleto para oponerse a mí, diablillo!*"

"*¡No!*" dijo Ruthay. "Shang Tsung... no se habría atrevido a oponerse a ti, ¡Muy buena! Sabe que si lo intentara, no podría tener éxito".

"*Es por eso que fracasó, pequeño. No puedo ser frustrado. Ni por él... ni por Rayden*".

—S-sí, Altísimo —dijo Ruthay aduladoramente. "Se lo comunicaré a su vil engaño".

"*Hazlo*", gruñó Shao Kahn. "*Y dile una cosa más, flamelet*".

"Cualquier cosa, Resplandor".

"*Dile a Shang Tsung que si me vuelve a fallar, si no logra obtener un alma para mí en el próximo Mortal Kombat, encontraré la manera de participar en el concurso y tomar el alma que necesito, quizás la suya, pequeño regente. O si te demoras otro momento, tal vez lo que queda del tuyo*".

Ruthay se alejó del trono, sin dejar de inclinarse. "Un curso de acción muy... razonable y cuerdo, Su Dios", dijo. "Aunque debo confesar, Poderoso Gobernante del Outworld, esperaría con ansias tal competencia".

Los feroces dientes de Shao Kahn eran visibles cuando su boca se tradujo en una sonrisa. "Ruthay" , dijo, *"espero con ansias un Mortal Kombat... también".*